Cosmópolis



Madrid, Mayo 1928

Precio: 1,75 ptas.

CUANDO majestuosamente se desliza el La Salle por las calles de la ciudad o por la carretera, todas las miradas son para este coche, que lleva en sí un sello de distinción y elegancia difícil de igualar.

El La Salle posee todos los adelantos que la experiencia ha demostrado ser prácticos para la vida moderna. De un extremo a otro de España o a las capitales del Extranjero puede hoy trasladarse con mayor rapidez, confort y seguridad que en el tren de más lujo.

Su motor ocho cilindros, tipo V 90°, está montado sobre un chasis manejable, como el del coche más pequeño. La aceleración de que se le ha dotado permite alcanzar en pocos segundos desde la velocidad del paso de una persona a la de 125 kilómetros por hora, sin cambio alguno de marcha.

El La Salle tiene la distinción que sólo los ingenieros de Cadillac pueden darle. Sus líneas, largas y bajas, y la belleza insuperable de colores de su acabado en las carrocerías Fisher, causan la admiración de todo el que lo ve



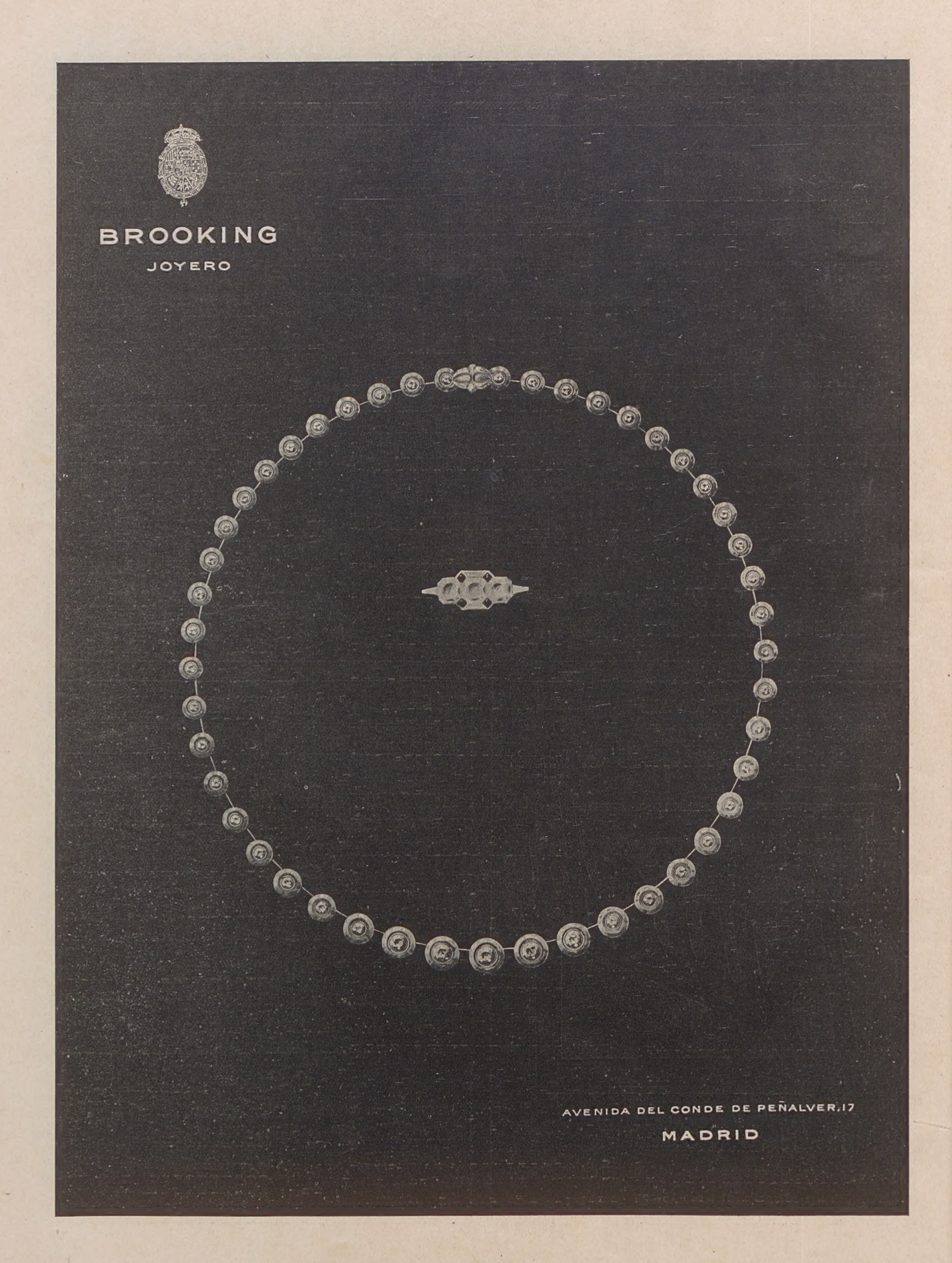
Precios desde Ptas. 23.700 a 29.700

LA SALLE

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A. MADRID

PED-125773

LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO EN JAÉN


BROOKING
JOYERO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 17
MADRID

Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) Madrid.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:

España:	un año	19 pesetas
	un semestre	10 pesetas
Extranjero:	un año.	25 pesetas

SUMARIO

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada **Cosmópolis** AÑO 2 MAYO 1928 NUM. 6
Fundador y Director: Enrique Meneses



Reciente retrato de S. M. el Rey de España (q. D. g.), que el día 17 de los corrientes cumple cuarenta y dos años de edad.

(Foto Calvache.)

MANSIONES NOBILIARIAS

LA SOBERBIA COLECCIÓN ZOOLÓGICA DEL PALACIO DE LOS DUQUES DE MEDINACELI



Cuantos madrileños desfilan, en las soleadas mañanas invernales, camino del paseo de la Castellana —punto de cita y reunión comparable al Bois parisino—, al cruzar la amplia plaza de Colón, con la natural premura para evitar ser víctimas de alardes automovilísticos, apenas si paran mientes en el noble caserón que ocupa todo un cuadrante de aquel círculo, fachada señorial y severa, guarnecida de amplios jardines que, a la usanza mora, ocultan altos tapiales a indiscretas miradas.

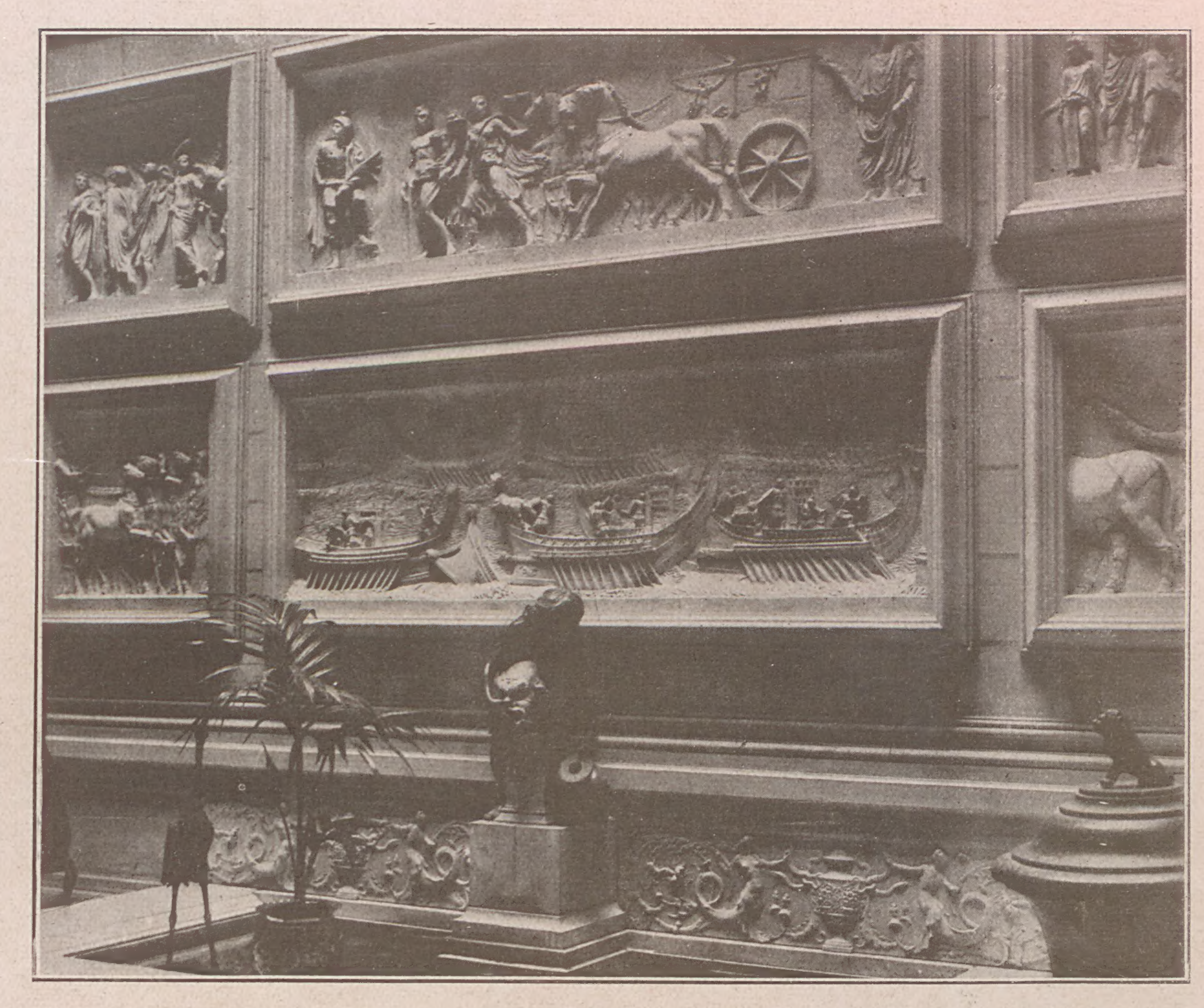
La casa de Medinaceli, como la llama el pueblo familiarmente, es el palacio albergue de los duques, y apenas si alguno de los que ante él cruzan sabe o adivina que sus muros encierran—a más de gloriosos pergaminos y nobles ejecutorias—la más curiosa y rica colección zoológica que un particular puede poseer y que hasta algunos museos envidiarían.

Es la caza la pasión dominante, el entretenimiento favorito del



La escalera principal del palacio.

actual duque de Medinaceli, que ha saboreado el placer de la lucha a campo abierto con todas las variedades que la Fortuna ofrece en el globo terráqueo. Desde las regiones polares hasta los trópicos, con arma blanca o de fuego, el duque ha dado muerte a cuantas especies animales andan, saltan, corren, nadan y vuelan.



Un detalle de la escalera.

Hábilmente disecadas por las manos de los más expertos taxidermistas, en grandes vitrinas, que ocupan extensas salas, se ofrece a los ojos admirados del visitante las vastísimas series de los más extraños ejemplares que el dueño de la casa hizo caer sin vida a sus pies. Reproducen los seres inanimados, gracias a la maestría de los que así les dispusieron, escenas y grupos de la existencia real que tuvieron, y sorprende—tal es su naturalidad—que al acercarnos a ella no levante el vuelo la bandada de aves que descansan tranquilas, y se apodera viva emoción del ánimo, esperando el resultado previsto de la acometida feroz del oso blanco, insaciable, a la foca.

Conoce bien el duque de Medinaceli los usos y costumbres de los animales, y no es extraña su dirección al buen y natural modo en que fueron colocadas las figuras. Cuidadosa y perfectamente clasificadas las especies con arreglo a la clasificación que diera Linneo, al tiempo que de grato recreo es de una indudable eficacia instructiva un paseo entre las paredes de cristal que encierran los valiosos ejemplares.



El curiosísimo cuarto de baño del duque de Medinaceli.

No es, como dice modestamente en uno de sus libros, un cazador que dirige a cuantos comparten sus gustos, un sencillo aficionado al campo, no; antes al contrario, es un experto tratadista, zoólogo eminente, clasificador perfecto. Sorprenden y admiran sus obras, pues auna en ellas la profundidad científica con la amenidad literaria, y atraen, subyugan las anécdotas, los relatos y aventuras, las descripciones de ambientes y paisajes.

Su tratado *Aves de rapiña y su caza* puede ser considerado como uno de los más notables publicados hasta la fecha, y sirve para desfigurar por sí solo las dotes a que antes hacíamos referencia. La cetrería, su historia y modo de analizarla se refieren en él de modo amplio y clarísimo, dando perfecta idea de su

belleza e importancia. Luego de relatar cómo proceden para dar caza a las piezas neblíes y halcones, da instrucciones para cazar a los pájaros cazadores y cuenta cómo al reclamo de un gran duque —vivo o disecado—acuden a picotearlos y cuáles variedades de cebos y cepos pueden emplearse.

La permanencia en África (1908-1909), donde pasaron inclusive una Nochebuena, le sirvió para escribir las sugestivas páginas de *Notas sobre la cacería en el África Oriental inglesa*, libro que aun los no aficionados al deporte cinegético leen con interés, como si se tratase de la más emocionante novela de aventuras. Cambian en él totalmente escenario y figura y son las selvas espesas —propicias a la traición y al asalto—el marco de las arriesgadas batidas en que leones y tigres son víctimas de su propia ferocidad nativa.

Cambia luego—por última vez—el lugar de acción en el otro volumen de que es autor: *Expedición ártica en el verano de 1910*. Las horas vividas en las regiones de los hielos eternos por los arriesgados exploradores — uno de los que más adelante consiguieron llegar en su propósito—tienen el vigor y la fuerza descriptiva que sólo se logra al describir lo vivido. Sorprenden las formas diversas que hay que emplear para dar caza a osos, focas y morsas, y las dificultades con que lucharon los expedicionarios en aquellos lugares inhóspitos dicen mucho y muy bien de sus bien templados ánimos.



Dos aspectos de la colección zoológica.

Como dato curioso consignemos que, al regresar, traían consigo los cadáveres de veinticinco hermosos osos blancos.

Así, personalmente, ha ido enriqueciendo con riesgo incluso de su propia vida la colección de que hoy puede enorgullecerse de modo legítimo. Y a tanto llega su afición por la caza, que en una de sus habitaciones más íntimas, para tener siempre el recuerdo de sus horas felices de cazador y que responda a las aficiones de su propietario, ha decorado las paredes con reducciones escultóricas de las piezas cazadas por su mano, consignando el lugar y la fecha.

***

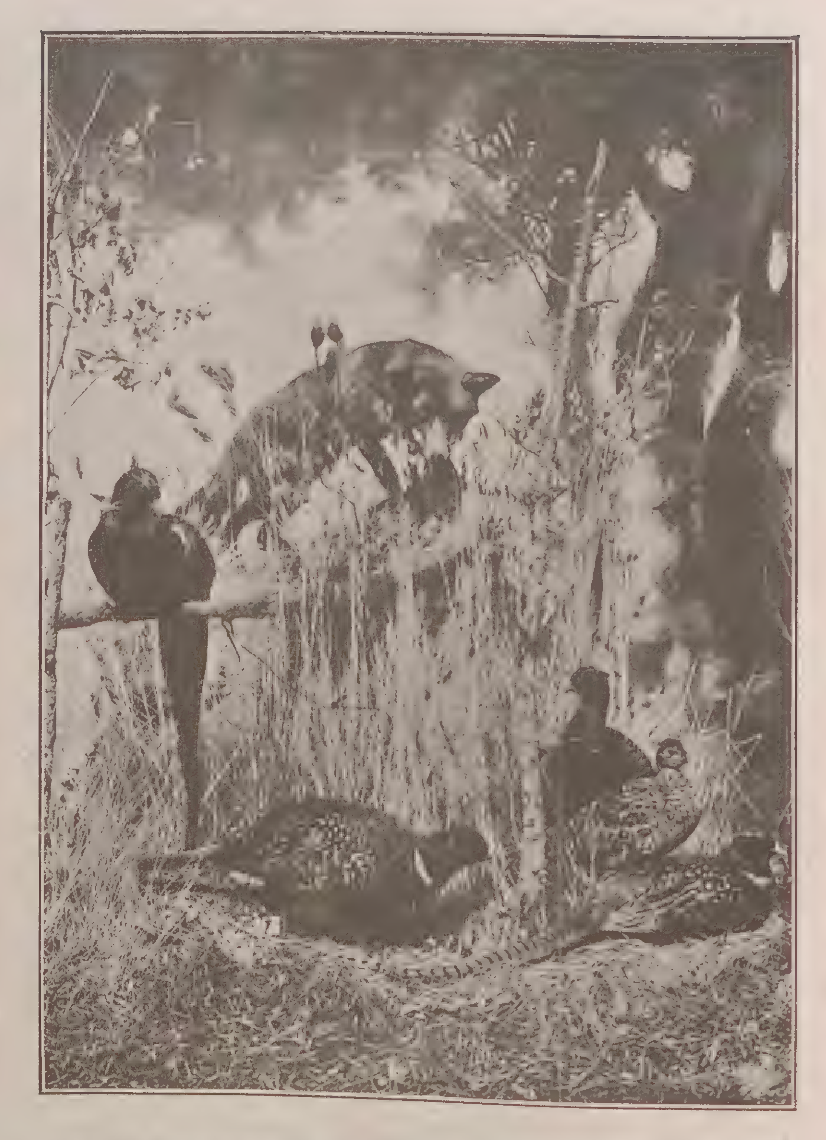
También es gala del palacio de Medinaceli su soberbia armería, enorme pieza en que se contiene gran cantidad de riquísimas armaduras y trofeos guerreros, entre los que destaca la que perteneciera al duque de Feria y un facsímil de un antiguo galeón español.



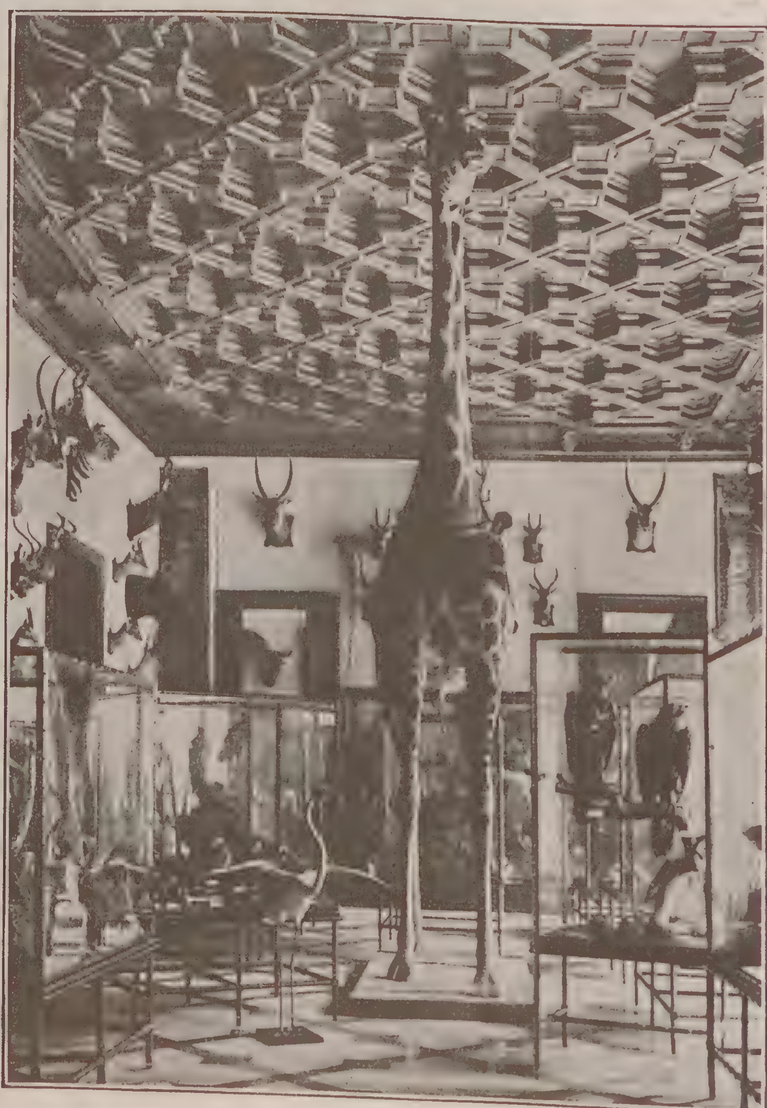
Otros grupos de aves disecadas.

Proceden estas joyas arqueológicas de las grandes casas históricas que en la de Medinaceli han ido fusionándose en el transcurso de los siglos hasta llegar al actual duque, que es el décimosexto de los que ostentaron tal título en España—a causa de la Ley Sálica—; se ha dado esta particularidad que no pudo ocurrir ni en Francia ni en Inglaterra. Es, por tanto, el de Medinaceli representante de la rama mayor de la Casa Real de Castilla, como descendiente del infante don Fernando, primogénito y heredero de Alfonso









Aspecto parcial de una de las salas y varios detalles de las soberbias colecciones.



Soberbia composición taxidérmica.

el Sabio, y cuenta entre sus gloriosos antepasados a doña Blanca de Francia, tercera hija de San Luis.

También fué ascendiente suyo el duque de Alcalá, virrey de Nápoles y Sicilia, que—siguiendo la moda de la época—coleccionó enorme cantidad de antigüedades romanas de gran mérito, que reunió en su palacio de Sevilla, conocido mundialmente por la Casa de Pilatos. Actualmente, parte de esta colección se encuentra en la casa de Madrid, como el friso ornamental de la escalera que reproducimos páginas atrás.

Por último, posee el duque de Medinaceli un admirable cuadro del Greco, y entre su colección de tapices—aparte de varios gobelinos de incalculable valor—figuran algunos firmados por Rubens y Teniers.

***

Tales tesoros encierra el palacio de los duques de Medinaceli, la mansión severa y señorial, ante la que desfilan, en ignorante indiferencia, los madrileños que van camino del paseo de la Castellana durante las soleadas mañanas invernales.

GALAOR



Dos ejemplares de una de las expediciones árticas.

La magnífica armería del palacio; vista parcial. En primer término izquierda, la armadura del duque de Feria.



Grupo que reproduce una escena del natural.



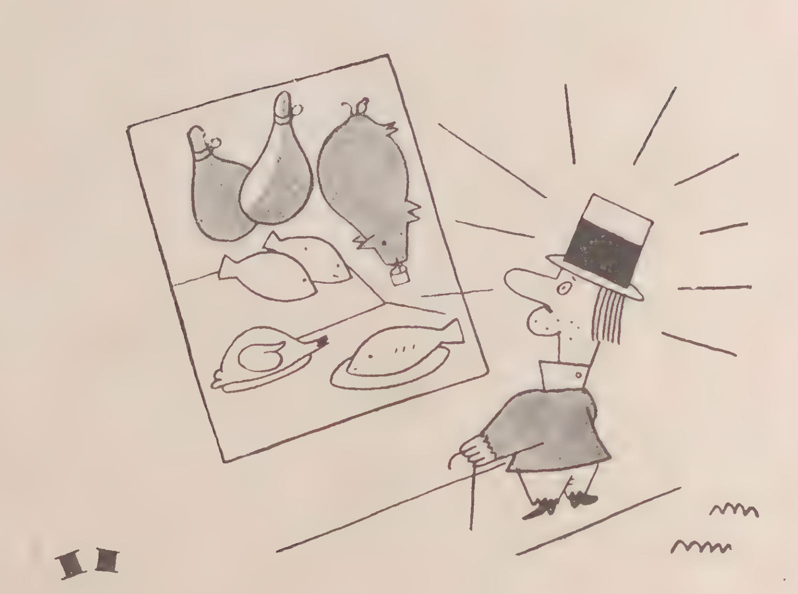
Cartier
13, rue de la Paix,
PARIS
ROBERTO DOMINGO

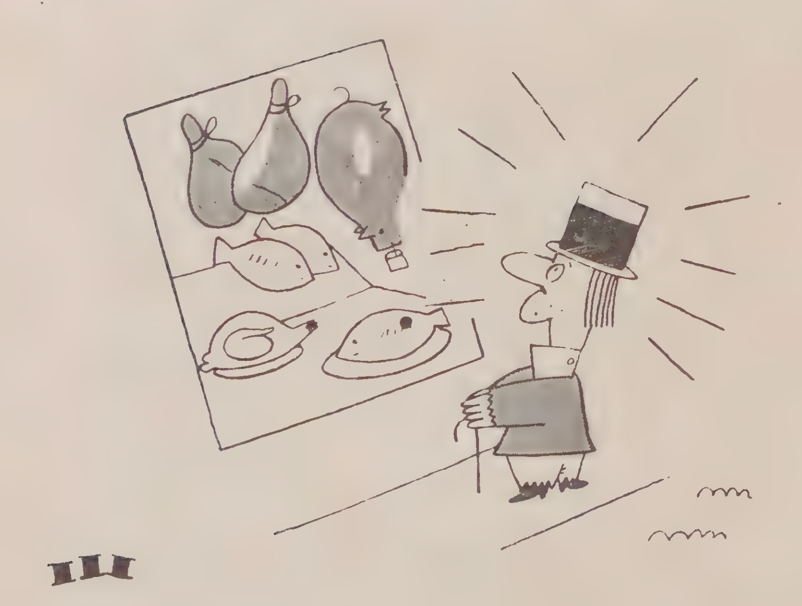
Historieta cómica

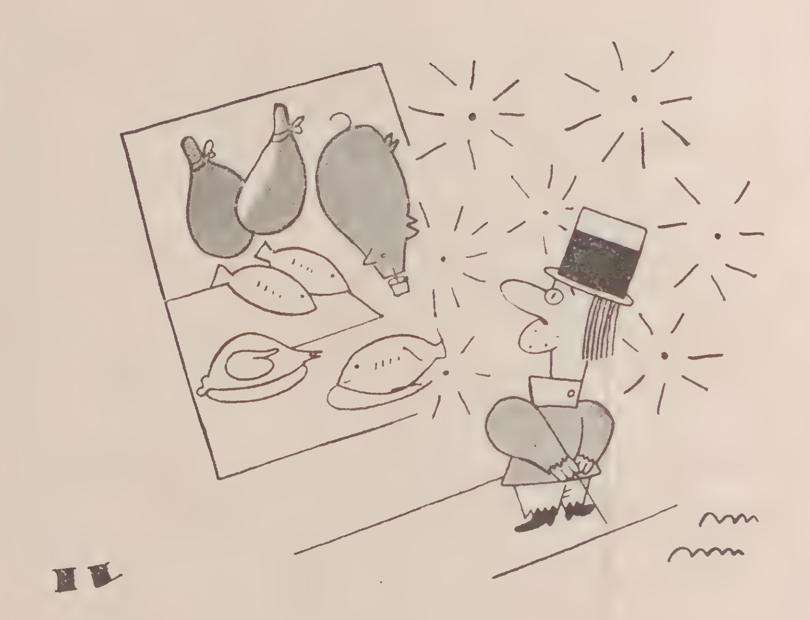
El poder de la imaginación

por Miguel Mihura











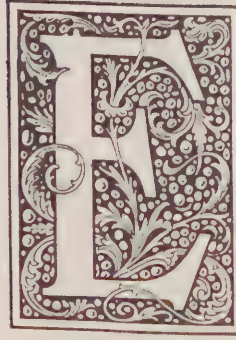


La barrera infranqueable



Ilustraciones de Baldrich.

Novela corta original de Enrique Meneses



ES el drama de Charlot grotesco, de Arlequín, de Cyrano de Bergerac... Es el drama del hombre oriental enamorado de una encantadora silueta femenina de Occidente. Es la historia de amor del padre, que se repite en el hijo con centelleos y llamaradas trágicas. Es el drama del que deserta espiritualmente de la clase en que vive, de su ambiente o religión. Es el drama de dos razas opuestas, enemigas, antagónicas.

Lector: Posee tan firmes raigambres y semejanzas tu sentir y pensar con este lejano drama de un hombre del Oriente, que estoy cierto que a tu imaginación le será bien fácil transportar acción y personajes a tu proximidad más cierta y habitual, enmarcando el conjunto en los lindes del vivir real o imaginativo.

* * *

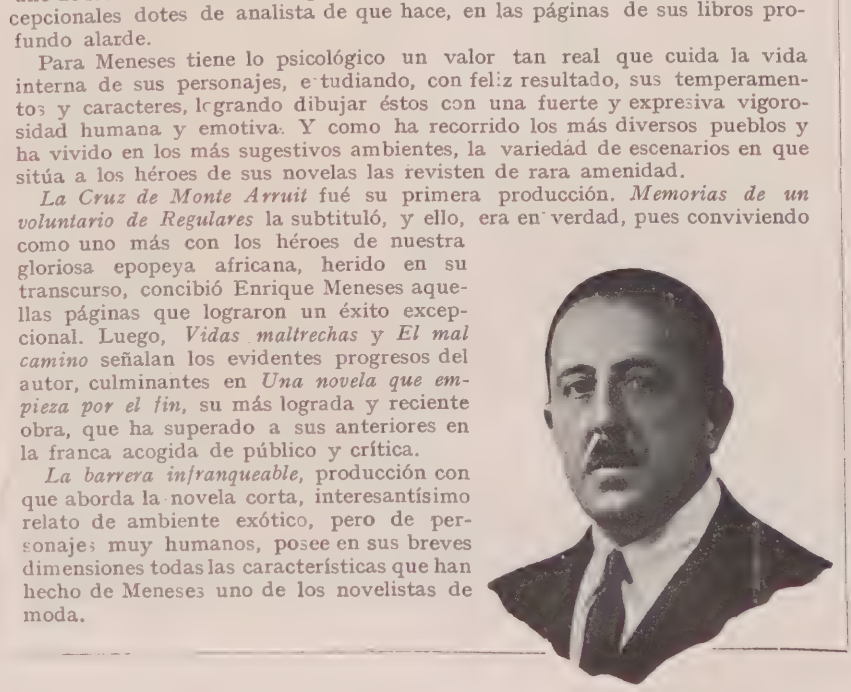
San Petersburgo, la mágica ciudad del Neva, en el año 1907, en que da principio esta historia, era la corte europea de mayor fausto y brillo. Los grandes duques, príncipes, generales y terratenientes de inmensas propiedades derrochaban el oro a manos llenas, entregados a los placeres más excitantes y al lujo más desenfrenado y pródigo. En el palacio imperial, en las embajadas y residencias de

Entre los escritores jóvenes, cuya pluma les ha valido ya un envidiable presente, garantizándoles a la par un porvenir brillante, es Enrique Meneses uno de los más destacados, por la gallardía y agilidad de su estilo y las excepcionales dotes de analista de que hace, en las páginas de sus libros profundo alarde.

Para Meneses tiene lo psicológico un valor tan real que cuida la vida interna de sus personajes, estudiando, con feliz resultado, sus temperamentos y caracteres, logrando dibujar éstos con una fuerte y expresiva vigorosidad humana y emotiva. Y como ha recorrido los más diversos pueblos y ha vivido en los más sugestivos ambientes, la variedad de escenarios en que sitúa a los héroes de sus novelas las revisten de rara amenidad.

La Cruz de Monte Arruit fué su primera producción. *Memorias de un voluntario de Regulares* la subtituló, y ello, era en verdad, pues conviviendo como uno más con los héroes de nuestra gloriosa epopeya africana, herido en su transcurso, concibió Enrique Meneses aquellas páginas que lograron un éxito excepcional. Luego, *Vidas maltrechas* y *El mal camino* señalan los evidentes progresos del autor, culminantes en *Una novela que empieza por el fin*, su más lograda y reciente obra, que ha superado a sus anteriores en la franca acogida de público y crítica.

La barrera infranqueable, producción con que aborda la novela corta, interesantísimo relato de ambiente exótico, pero de personajes muy humanos, posee en sus breves dimensiones todas las características que han hecho de Meneses uno de los novelistas de moda.



La barrera infranqueable

grandes señores, se celebraban fiestas que rivalizaban en esplendor. Las mujeres, cubiertas de pedrería y envueltas en pieles de armiño y chinchilla, parecían soberanas llevando sobre sí todos los tesoros fabulosos de su reino. Orquestas de zínganos vieneses y del país marcaban el ritmo del paso de ellas y de las frases galanas, atrevidas, que los hombres suspiraban a sus oídos. Por lograr el favor de una bella, los hombres se arruinaban o caían, ensangrentados, sobre la arena, de una estocada certera o atravesados por una bala del rival. Corría el vino de champaña en las copas de fino cristal, y las manos febriles las llevaban a los labios para apagar una sed irresistible de locura.

En las mascaradas, bajo el amparo del antifaz, las risas sonaban más alto y el desenfreno alcanzaba mayor intensidad. Los palacios de San Petersburgo en invierno, enmarcados por la nieve, parecían inmensos sepulcros de seres locos que danzaban, entre llamaradas trágicas, funambulescas, y el vino rojo, derramándose por la nieve, semejaba un reguero de sangre.

Los miserables, la plebe, los siervos, tiritando de frío, contemplaban de lejos todo aquel ambiente cálido y embriagador que llegaba hasta ellos, y veían pasar por entre las cortinas de los cristales de los balcones las siluetas felices de hombres y mujeres que danzaban al son de los violines...

Y en estas noches marchaban hombres, hostigados por siniestros polizontes, que eran conducidos a muchas leguas de distancia, a la deportación, a la muerte, a la Siberia.

* * *

Eichi Kabayoshi, un pobre poeta japonés, era uno de los míseros que se acercaban a los palacios encendidos. Pero la mirada de Eichi Kabayoshi no envolvía odio y rencor contra ese mundo inaccesible de los poderosos de la tierra, sino envidia, deseo de poder penetrar en ese mundo que se le antojaba revestido de todos los coloridos exóticos y brillantes que su mente de poeta podía sugerirle. Sobre todo, lo que le llevaba hasta allí era el atractivo de aquellas mujeres «blancas y espirituales», como él decía, de aquellas siluetas femeninas tan suaves y ligeras que le parecían hadas encantadas que apenas pisasen la tierra. ¡Ah, aquellas mujeres blancas y esbeltas, de formas alargadas y graciosas!... Las adoraba con locura, con frenesí inexplicable. Ante ellas se hubiese prosternado con místico afán y hubiese besado como santa reliquia sus piececillos, el vuelo de sus faldas.

Sin embargo, Eichi Kabayoshi sabía que esas mujeres nunca podrían ser para él; sabía que aunque lograse conquistar la entrada en ese mundo, que aunque su talento y el genio de sus libros fuese descubierto y admirado por el mundo entero, sería en vano. Ellas seguirían tan inaccesibles para él como ahora que las veía envueltas en el misterio de la lejanía.

Eichi Kabayoshi era de estatura más bien alta, delgado y de graciosa apostura. Poseía gran distinción en sus gestos y ademanes. El rostro, ligeramente amarillento, casi blanco; los ojos, negrísimos, poseían una penetración extraña, y, sin embargo, al mismo tiempo parecían dormir como lagunas muertas: tenían la mirada del hombre de acción mezclada a la del soñador. La nariz, vista de perfil, podía confundirse con la de un hombre occidental. Aquel abombamiento era la desgracia, el drama íntimo de Eichi Kabayoshi; y, al recordarlo, cerraba el puño y lo levantaba en alto, amenazador y vengativo.

¡Ah, sí! Unirse a sus compañeros de infortunio y de miseria, a los harapientos y andrajosos y marchar con ellos hacia los palacios y destrozar, arañar, destruir los rostros de aquellos enfatuados capitanes de la Guardia imperial, de aquellos aristócratas de nariz aguileña y arrogante prestancia... Eichi sabía que llegaría un día, cada vez más cercano, en que cayesen por tierra los poderosos; pero la revolución que él añoraba, la oleada vengativa que él anhelaba ver surgir, ésa nunca llegaría. ¿Y qué importaban todas las revoluciones, si sólo eran en realidad cambiar unos nombres por otros para seguir soportando las mismas desigualdades y opresiones?

Sí. Había que ir más allá, a la revolución del rostro, a que todas las caras fuesen iguales o, cuando menos, se hallasen en relación con el alma que vibrase dentro de ellas. Aquel que supiese embellecer cada día su rostro espiritual que pudiese tener una probabilidad de mostrarlo, que no tuviese siempre delante de sí una eterna careta, esa barrera infranqueable de su fealdad o deformación que le imposibilitaba para ser comprendido y admirado en su verdadero valer.

* * *

Y Eichi, además de este drama que llevaba oculto dentro de sí, se hallaba en contacto con todas las cruentas realidades de la vida. La mañana en que lo vemos por vez primera sólo guarda en sus bolsillos unos míseros *kopecs*. El día anterior apenas comió. Su vestido es andrajoso. La pequeña guardilla en que habita hace meses que no puede pagarla, y dentro de unas horas lo arrojarán a la calle.

Lleva tres años en San Petersburgo. Vino directamente de Tokio, donde transcurrió casi entera su mocedad. De niño sospecha haber recorrido estos países. En su mente existe un vago recordar de mujeres blancas de formas alargadas y ágiles, que él mira extasiado, interrumpiendo sus juegos infantiles. Recuerda que en Tokio, en



La barrera infranqueable

los jardines públicos, su mayor encanto era acercarse a las blancas institutrices inglesas o alemanas y que le diesen besos en las mejillas. Recuerda que su padre, que averiguó esta extraña atracción del niño por las mujeres que no eran de su patria, le reprendía duramente, tratando de inculcar en su mente infantil el temor hacia las hembras de la raza blanca.

A su madre nunca la conoció; pero en lugar de figurársela semejante a una «musmé» de allí, la veía rubia, blanca y de ojos muy azules. Su padre murió también. En su lecho de muerte intentó revelarle algo como un gran secreto; pero sólo tuvo fuerzas para decir:

—Júrame, hijo mío, que te casarás con tu prima Ume y huirás de las mujeres de fuera de tu país.

Eichi tenía entonces catorce años, y, fija la mirada en el rostro del moribundo, permaneció unos minutos silencioso. Murió su padre sin que él jurase nada.

* * *

Aquel secreto que jamás le fué revelado a Eichi no era otro sino que Taki Kabayoshi, su padre, había estado locamente enamorado de una bailarina de origen austriaco que conoció en el teatro Imperial de San Petersburgo cuando estuvo allí destinado de cónsul general de su país. Estaba casado, pero no había tenido hijos de su matrimonio; con esta otra mujer tuvo uno: Eichi. Al enterarse de su color, la madre abandonó al padre y al recién nacido.

La esposa de Taki, Tsen San, al saber la infidelidad de su marido, murió de tristeza. Eichi fué llevado a vivir con su padre y reconocido hijo legítimo. Unos años después, borradas las huellas de aquella tragedia conyugal, Eichi y su padre regresaron al Japón.

A los veintidós años, Eichi reembarcó para Europa y se instaló en San Petersburgo. Durante aquellos tres años que habían transcurrido, un momento creyó que la fortuna le sonreía abiertamente. En varias revistas importantes consiguió publicar artículos y poesías que fueron muy del agrado del público. De repente, sus trabajos comenzaron a ser rechazados, quizás por su origen japonés, y el pobre Eichi se vió envuelto en la más negra miseria. Para ocultar su condición de oriental firmaba desde entonces sus escritos con el seudónimo de *Dimitri Danieleff*.

* * *

Eichi se levantó trabajosamente de su asiento, y después de echar una triste mirada a las paredes de su cuarto, cubiertas de fotos de mujeres bellísimas y recortes de periódicos ilustrados, salió de su guardilla. Sentía frío y hambre. Para remediar lo primero y olvidar lo segundo penetró en una taberna y bebió *vodka* con los últimos *kopecs* que poseía. Aquella bebida le reconfortó momentáneamente. Vacío el estómago, el *vodka* le embriagó por completo. Tambaleándose, marchó por las calles; en su ánimo, debilitado por la abstinencia, cruzaban ideas absurdas y confusas. Se hallaba cerca del puente de Kazanski, cuando, atraído por la placidez transparente de las aguas del Neva, al ir a atravesar la calle, una elegante *victoria* arrastrada por un tronco de soberbios caballos tropezó con él, arrojándole a la acera. El cochero, no contento con atropellarle y creyéndolo un deber subsidiario de su obligación, intentó castigar con el látigo la distracción del mísero transeúnte; pero la voz, a la par autoritaria y dulce, de la ocupante del vehículo paralizó sus intenciones.

El poeta, medio caído sobre el suelo, escuchó la voz y vió la belleza extraordinaria de una dama que le miraba compasiva. El carruaje desapareció por las verjas doradas de un palacio que se hallaba situado en la misma calle.

Eichi permaneció mucho tiempo contemplando el palacio por donde había desaparecido aquella hada, aquella mujer blanca que le había mirado con lástima y había intercedido por él. Cuando regresó a su casa, se arrojó sobre el lecho para poder seguir soñando con su divina aparición.

Pero él no sabía que aquella mujer era la princesa de Yakalowsky.

* * *



Transcurrieron cinco años. Eichi Kabayoshi, con el seudónimo de *Dimitri Danieleff*, ha alcanzado celebridad mundial. Su libro *Los mejores capitanes*, publicado en ruso y japonés al mismo tiempo, le ha abierto las puertas de la fama en el Japón y le ha dado gran celebridad en Rusia y el resto del mundo.

Su prima Ume, hija del ministro del Interior del Japón, era su prometida oficial. Ella, desde niña, había sentido por Eichi una atracción irresistible, que con el tiempo acabó por convertirse en un verdadero amor. Él no estaba enamorado de ella. Sin embargo, Ume era la mujer de su país, de su misma raza, que más le gustaba. Ella era feliz viendo la notoriedad mundial que alcanzaba Eichi y por la fidelidad que parecía demostrarla constantemente. Pero su novio, cuando estaba a su lado, pensaba con nostalgia en las mujeres blancas y rubias de Occidente, en la visión fascinadora de aquella mujer cuyo carruaje le arrojó por tierra y cuya voz le reanimó e inspiró ansias tan vehementes y profundas de triunfar, de elevarse sobre su mísera condición social.

¡Cuántas noches soñó con aquella aparición sublime, radiante! ¡Cuántas veces, cuando sus labios se apoyaban en los de Ume, los retiraba prontamente con cierto malestar y repulsión que le entristecía durante horas y horas y le imposibilitaba permanecer a su lado! La pobre Ume ignoraba que no solamente tenía una rival, sino ciento, mil, millones de rivales, de mujeres que sólo por el mero hecho de su exotismo tenían que triunfar necesariamente sobre ella; desconocía el suplicio que padecía el alma de Eichi con furia y denuedo trágico.

Eichi planteó un día la cuestión a su prometida. Había decidido realizar un largo viaje por Europa y América antes de casarse, para consolidar su cultura y estrechar sus relaciones literarias con las personalidades más salientes de otros países. Pretextaba que, casado, no podría tener la libertad necesaria para hacerlo. Ume tuvo que conformarse con los deseos de su prometido, y éste partió del Japón para realizar sus planes; pero a Eichi la ciudad que le atraía con fuerza magnética era San Petersburgo. Allí, donde había sufrido miserias, abandono, humillaciones, sed de triunfar; donde, sobre todo, tuvo lugar la aparición de aquella mujer que, a pesar de los años transcurridos, aun recordaba con toda la fuerza y precisión del primer día. En París consiguió que le nombrasen agregado honorario a la Embajada japonesa en San



Petersburgo. Cuando se instaló en esta ciudad corría a su fin el año 1915. Rusia vencía en todos sus frentes. Los japoneses eran bien recibidos en todas partes, y Eichi fué muy agasajado. Saboreó el placer intenso de recorrer aquellos mismos lugares que fueron testigos de su infortunio y desesperación. Visitó la mísera guardilla de donde fué arrojado por no pagar, y con gran estupefacción de la portera entregó a ésta diez veces el importe de lo que adeudaba. Al salir de la casa, instintivamente, se dirigió hacia el puente de Kazanski, en dirección del Neva. De repente se detuvo en el mismo lugar en que le atropelló el carruaje de la bella desconocida. Un banco, en el que recordaba haber descansado unos segundos después de ocurrido el incidente, le sirvió de punto de referencia para reconstruir el pasado.

Eichi siguió caminando hasta llegar a las verjas doradas del palacio por donde desapareció el carruaje. Una vez allí, se informó fácilmente de quién lo habitaba: Pertenecía éste a la viuda del general príncipe Vladimir Yakalowsky, héroe de la guerra de Crimea, cuya dama lo habitaba.

—¿Es joven?—interrogó Eichi a su interlocutor.

—Joven y muy hermosa—replicó éste.

Marchó de allí, sintiendo una extraña sensación de dicha y de tristeza. Se hallaba delante de la realidad de sus sueños, de estos sueños que lo fueron durante tantos años y le guiaron por la senda del éxito, de la realización de sus quimeras. ¿Cómo no había de sentir un ligero escalofrío, si todo aquello lo iba a palpar de un momento a otro y quizás al quererlo aprisionar entre sus manos se rompería, se disolvería para siempre, dejándolo privado de esa vida imaginativa, de esa savia ideal que nutrió su vida real y su arte durante tantos años? Huir, sacrificar su curiosidad de querer saber, de querer realizar; y ese caudal de ilusión, ese tesoro innegable que poseía para recreo de su espíritu, aun podría seguir disfrutándolo. Aun estaba a tiempo para no romper el enigma, para no palpar materialmente aquellos ricos incentivos espirituales de su alma.

Pero ¿qué hombre es capaz de desoír la tentación y renunciar a realizar la renta del pequeño caudal de felicidad que posee?

* * *

Su amigo Inazo, secretario de la Embajada, le puso al corriente de que Sonia, princesa de Yakalowsky, era una de las mujeres más bellas y más ricas de Rusia. Su marido había muerto hacía dos años, dejándola en posesión de una gran fortuna. Inazo le prometió que la semana próxima buscaría una ocasión propicia para presentársela.

En efecto, una tarde fueron los dos amigos a tomar el te a la casa del conde Wiste, situada en la plaza de Dvortzovaya, cerca del palacio imperial de invierno, adonde Inazo sabía que la princesa no podría faltar. Y pocos instantes después apareció la princesa Sonia de Yakalowsky. Su paso producía un suave revuelo de admiración.

Eichi quedó absorto, hipnotizado. Sus sienes ardían y su corazón palpitaba desordenado. Oyó de nuevo su voz y también triunfó la realidad a lo que sus sueños se habían forjado. Inazo se acercó a él.

—¿Quieres que te la presente?

—No, no—contestó Eichi, asustado—. Otro día... otra vez...

No, no podía ser. Tenía que esperar, esperar a... no sabía qué; pero en aquel momento hubiese sido mortal acercarse a ella. Y sintió una oleada de rabia y de impotencia que le llegaba al alma y la laceraba bárbaramente. Era fuerte, valiente, noble, admirado, y, sin embargo, sabía que no podía tener ninguna probabilidad de triunfo contra aquellos cretinos, necios monigotes vestidos de coloridos brillantes que revoloteaban alrededor de las damas como abejas en la colmena. Sentía el peso de su enorme superioridad sobre ellos y, sin embargo, se notaba empequeñecido, hecho un guiñapo, un paria. Sólo el ligero abombamiento de su nariz, su tez amarilla, bastaban para colocarlo en tal plano de inferioridad con respecto a los otros. ¡Nada era posible! ¡Era la barrera infranqueable!

Pero entonces, ¿por qué sentía dentro del alma aquella intensidad vidente, aquella sensibilidad extrema que hacía gemir todo un mundo de armonías y de fuerzas ciclópeas de mitológicos ardores? Contuvo su emoción y escuchó las conversaciones de su alrededor. La mayoría de la concurrencia hablaba del próximo baile de máscaras que se celebraría dentro de unos días en la Embajada de Francia.

—¿Entonces usted cree, barón Strojeff, que será capaz de reconocerme bajo cualquier disfraz? —exclamó la princesa de Yakalowsky.

—Sí—contestó el interpelado—, si me advierte de antemano de qué se va a disfrazar.

—Eso no tiene excesivo mérito... Pero se lo voy a decir y, aun así, apuesto a que no me reconoce.

—No. Porque no la creeré.

—Iré vestida de «Maja de Goya» y mi corpiño será rojo.

—Entonces yo iré vestido de Goya en persona—replicó, galante, el barón Strojeff, uno de los más asiduos cortejadores de Sonia y de su enorme fortuna, que tan necesaria podría serle para deshipotecar los restos de sus bienes.

Eichi, de repente, tuvo una idea que le inundó de esperanza y de dicha. Él también estaba invitado al baile de la Embajada de Francia. Eligiría el disfraz que le fuese mejor, y por lo menos una noche podría ser el rival venturoso de todos aquellos hombres. Decidió vestirse de caballero de la Corte de Luis XIV. Así, con la peluca, los polvos y el bigote, ocultaría por completo toda huella de su origen vergonzoso. ¡Ah! Aquella noche sería él igual a todos ellos; mejor dicho, mil veces superior, porque su alma y su inteligencia eran infinitamente superiores.

* * *

Y llegó el día del baile. Eichi e Inazo fueron de los primeros en entrar en la Embajada, colocándose cerca de la entrada para que no se les pasasen desapercibidos ninguno de los invitados. Eichi se hallaba nerviosísimo. Muchas veces creyó reconocerla bajo el antifaz de una desconocida. Por fin llegó. La reconoció, a pesar de que su corpiño no era rojo, sino amarillo. Tenía grabada su imagen tan firmemente en su imaginación, que la hubiese reconocido entre un millar de máscaras.

—*Madame*, a pesar de que su corpiño es amarillo en lugar de rojo, sé que es usted la princesa Sonia de Yakalowsky, la mujer más bella de Rusia.

—Caballero, comete usted un innegable error. No soy quien usted cree—replicó la dama, disimulando su voz.

—Estoy seguro, princesa. Sólo hay en San Petersburgo una voz como la suya.

—Puesto que insiste en su creencia, no he de hacer más por convencerle; pero recuerde que le he prevenido de su error. ¿Es usted quizá amigo del barón Strojeff?

—Desgraciadamente, no. Soy tan desconocido para él como para usted. Soy el desconocido, y por esta noche, al menos, quiero seguir siéndolo. Y si nunca volvemos a encontrarnos, cosa muy posible, deseo que me recuerde así: «El Desconocido».

—Tanto misterio me intriga. ¿No podría adivinar quién es?



—¡Ah! Me llama usted por mi...

—Sí, por su nombre.

—Y yo, ¿cómo he de llamarle?

—Dimitri.

—Dimitri—murmuró ella, agradada. Y agregó—: Hace tiempo conocí a un Dimitri; pero usted no es, ¿verdad?

—No. Yo soy en todas partes el «Extranjero».

Se habían sentado en un banco rústico, en el espléndido jardín del palacio. La mano de Eichi apretaba suavemente la de Sonia; la llevó a sus labios, y ella, un segundo, inclinó su cabeza sobre el hombro de aquel extranjero que con tal intensidad impresionaba sus sentidos.

Eichi recitó en ruso unos versos de un gran poeta japonés. Y de repente, una risa estalló detrás de ellos, haciéndoles volver a la realidad. Era el barón Strojeff, que reía porque al fin había encontrado a Sonia después de haberla buscado en vano durante más de una hora, abordando a cuantas máscaras lucían el corpiño rojo.

Quedó roto el misterio, el encanto de aquella noche en que un hombre y una mujer, libres de todo convencionalismo social, fueron el uno hacia el otro atraídos por el poder mágico de la palabra, del alma desnuda, de la inteligencia de un hombre que conquistó el alma de la mujer más hermosa de toda la corte imperial de los Zares.

El barón insistió para que le concediera un baile, deseando a toda costa arrastrarla lejos de aquel lugar, donde adivinaba un peligro para su triunfo, para lograr sus propósitos de seducción. Sonia se dejó arrastrar con pena, medio embriagada aún por aquel ambiente envenenado de excesiva dicha y placer.

—¡Hasta ahora, mi amigo el desconocido!—murmuró ella, dejando caer una flor.

Él no contestó. Permaneció allí con la cabeza inclinada y los brazos caídos como un polichinela que de repente la mano hábil del comediante hubiese cesado de mover.

* * *

Sin que nadie le viera, salió del palacio. Regresó a su casa. Antes de quitarse la careta se contempló delante del espejo de su cuarto. Indudablemente era imposible descubrir su origen japonés a través de su disfraz.

—No acertará usted.

Sonia murmuró varios nombres de los más ilustres y apuestos personajes de Rusia entera. Inconscientemente deseaba revestir a aquel desconocido de todos los más bellos atributos y cualidades que un hombre puede poseer. Para Eichi era cada nombre que ella murmuraba como una honda punzada en el corazón. Pensaba en la distancia, en la barrera infranqueable que le separaba de ella.

* * *

Una orquesta húngara inició un vals triste y ligero. Eichi enlazó el talle de Sonia y se deslizó por el entarimado del enorme salón, llevando en sus brazos a la quimera, al ensueño de tantos años, mágicamente convertido en realidad asombrosa. Y los ojos del enamorado, a través de los huecos del antifaz, miraban fijamente a Sonia, impresionándola hondamente. La música, las palabras y la mirada de Eichi habían narcotizado por completo su voluntad. Se sentía dominada por aquel hombre que de súbito y tan intensamente había hecho vibrar en ella sentimientos y emociones desconocidas.

—Durante siete años he llevado a todas partes su imagen grabada en el alma.

—¿Y dónde nos encontramos hace siete años?

—Eso, princesa, es mi secreto. La suplico, Sonia, que me lo permita guardar.

Le gustó a ella que él la llamase por su nombre.

Su natural elegancia resaltaba con mayor fuerza vestido de aquella manera. Sus ojos poseían una luz y vigor que, sin duda, debían cautivar. Así vestido tenía tantas probabilidades como el más apuesto rival. Súbitamente se arrancó el antifaz del rostro. El rostro amarillo, el abombamiento de la nariz, surgió como una pesadilla macabra, como horrible estigma leproso. Rápido, cogió una polvera y se llenó el rostro de polvos blancos. Una risa sarcástica entreabrió sus labios pintados de rojo, y, una carcajada estridente estalló en su pecho. Parecía un payaso, un bufón grotesco. Y entonces, en un arrebato de cólera, se arrancó con las manos, con los dedos, con las uñas, todo lo que disimulaba la fealdad de su cara. De sus mejillas surgieron varias gotas de sangre, y las uñas dejaron en ellas un surco rojo. Eichi se arrojó en el lecho y lloró con rabia, con desesperación, con una pena muy honda que le destrozaba el corazón y le nublaba la inteligencia y le inspiraba negros impulsos de odio y de rencor. Entonces decidió que nunca Sonia descubriría su verdadera personalidad. Lo ocurrido aquella noche sería como un sueño feliz, ideal, cuya renovación no era posible.

A la mañana siguiente, el teléfono de su cuarto le despertó. Era su amigo Inazo, que le preguntaba por el resultado de la noche anterior. Eichi, de repente, tuvo la idea de que por el teléfono po-

La barrera infranqueable

dría aún gozar de oír la voz de ella. Por el teléfono seguía encubierto con el antifaz de la víspera. Por el teléfono podía hablarla, seguir ejerciendo la presión dominante de su inteligencia y de su genio. Iría poco a poco aumentando la dosis de su seducción. Desenterraría de dentro de su alma las palabras más bellas y seductoras que seguramente dormían en espera del momento propicio. Seguiría siendo para ella «el desconocido». Podría ser, al mismo tiempo, Cyrano y Cristián. Robaría besos para Cristián ganándolos como Cyrano, y cuando al fin descubriese ella la verdad, quizás fuese ya demasiado tarde para volverse atrás y cesar de amarle.

Vaciló mil veces antes de decidirse a telefonear. Por fin lo hizo. Sonia, al reconocer su voz, exclamó gozosa: «¡Dimitri!»,

—Sí. Soy yo.

—Después de bailar una sola vez le busqué por todas partes. ¿Dónde se metió usted?—interrogó con voz velada por suave emoción.

—Me fuí del baile. No quería que otras palabras pudiesen profanar la música que mis oídos escucharon antes.

—Yo esperé para el desenlace final de la dulce aventura. ¿Qué hizo de mi flor?

—La tengo en la mano. Mis besos la han reducido a una sombra de sí misma, a un sueño.

Y siguieron hablando, atraídos ambos, como la víspera, por una fuerza irresistible que les empujaba el uno hacia el otro.

Ella le invitó para que aquella misma tarde fuese a su palacio a tomar el te. Eichi pretextó que debía ausentarse unos días de San Petersburgo; pero que la telefonearía desde los sitios en donde se encontrase.

Durante una semana fué posible continuar telefoneándose. Eichi inventaba mil pretextos para excusarse de no correr a su lado; pero al fin, comprendiendo que era imposible prolongar por más tiempo aquella situación anormal, y por otro lado, seguro de que Sonia sentía por él un vivísimo interés, decidió que al día siguiente se verían. Sonia, cuando recibió la noticia, sintió una felicidad inusitada. Se sentía enamorada de aquel hombre al que, sin embargo, jamás había visto el rostro.

—¿Y si fuese feo, horrible?—pensaba—. Pero no, no era posible. Las palabras, el porte, los ademanes eran los de un ser superior, de un espíritu saturado de refinamiento. Y aunque fuese feo, después de todo, ¿qué importaba? Sin duda, ella se sentía atraída por la belleza de los hombres como Strojeff; pero a la larga ninguno había sido capaz de interesarla como «el desconocido», que sólo en una noche la conquistó y dominó profundamente.

* * *

Eichi recorrió en compañía de su amigo Inazo todos los restaurantes de San Petersburgo. Al fin descubrió un restaurante, el Pushkinskaya, que poseía varias mesas en el jardín, encerradas en pequeños cenadores muy tupidos.

Mediante una buena propina, el *maître d'hôtel* dispuso las luces de tal forma que se disimulaban extraordinariamente las imperfecciones de su rostro. Todas las tardes, Eichi acudía a un Instituto de Belleza donde había un especialista que mediante un buen precio le aseguró que nadie podría reconocer su origen.

Pretextó a aquel hombre que quería dar una broma a sus amigos, y con habilidad extraordinaria consiguieron casi borrar su tez amarilla. La nariz, abierta por su parte media, fué rellenada con una sustancia especial y cosida de tal forma, que cambiaba por completo su presencia. Un pequeño tafetán disimulaba las huellas de la sabia operación. Eichi pretextaría haber tenido un leve accidente de automóvil.

En fin, después de mil menjurjes y ungüentos, Eichi salió de allí transformado en un hombre distinto. Con poca luz se disimulaba aún más su físico, que podía confundirse muy bien con el de un europeo; pero su fealdad resaltaba con mayor fuerza.

A las ocho en punto, Eichi llegó al restaurante y aguardó en el cenador la llegada de Sonia. Un criado, previamente advertido, esperaba en la puerta de la calle para conducir a la princesa hasta donde él estaba. Temblaba como el reo sentenciado a muerte que espera con ansiedad su indulto o el momento atroz de cumplir su condena.

Llegó ella. Venía envuelta en un abrigo de armiño que realzaba aún más su soberana belleza. A él le pareció más hermosa que nunca. Los dos se miraban fijamente. Ella, para ver cómo era aquel hombre misterioso que había ganado su corazón en la sombra, en la noche, casi como un ladrón. Él, para ver en su rostro la impresión que su fealdad inspiraba.

Sonia no pudo contener un gesto instintivo de repulsión, de desagrado.

—La advertí que sentiría una desilusión—murmuró él con voz triste.

—Pues no crea. Sus descripciones de usted mismo eran tales, que esperaba fuese usted casi un ogro.

Y poco a poco, entre la música, el champaña y el mágico hablar de aquel hombre, Sonia se fué sintiendo más a su gusto. Eichi, que la espiaba atentamente, viendo esta impresión favorable, redoblaba sus esfuerzos para ganar la voluntad, la admiración de aquella mujer. Por primera vez vislumbraba una posible esperanza de triunfo que le enervaba locamente.

Cerca ya de la una salieron de aquel lugar. Eichi la llevó en su coche hasta su misma casa.

Durante el trayecto, la rodeó el talle con su brazo y acarició su mano sin que ella opusiese ninguna resistencia. Antes de despedirse prometieron verse de nuevo en aquel lugar a la noche siguiente.

Concluirá en el próximo número

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«ROQUE SIX», *novela original de José López Rubio.*—Estamos ante una verdadera novela de imaginación. ¡Congratulémosnos de ello! El prosaísmo, el sentido práctico de la época actual, predomina en la literatura contemporánea; era forzosa la reacción y nos llega por los escritores jóvenes, en cuya vanguardia figura José López Rubio. Moderna de forma y fondo—¿vamos a traer a colación, otra vez, a los tan manoseados Pirandello, Freud, Lenormand y demás *compañeros mártires?*—, su relación rebosa un humorismo claro, radiante, fresco, humano, que hace la lectura fácil y atractiva. La fábula—las varias fábulas—se aprovechan con notable maestría para describir varios ambientes cosmopolitas observados con certero instinto. *Roque Six* puede y debe ser leída por todos y confirma el prestigio que su autor disfruta en el mundo de las letras.

«MARTÍN ALEGRET, EL ORGANERO», *novela original de Ignacio Olague.*—Otra obra de pura fantasía, una leyenda de brujas, atormentada por el amor y el dolor. No conocíamos nada de su autor, al que suponemos novicio en disciplinas literarias. *Martín Alegret, el organero,* da fe de vida de un escritor fuerte, de bien definida personalidad, que auna lo objetivo con lo subjetivo en estilo propio, característico. La cultura, las dotes psicológicas, la amenidad de Ignacio Olagüe hacen augurarle un principal papel en la literatura patria.

«LAS ESFINGES DE TALÍA», *reportajes de Federico Navas.*—La vida teatral gira, desde hace tiempo, en torno a una palabra: crisis. Se afirma o niega su existencia; se discuten las causas; actores, autores, empresas y público se lanzan mutuamente la pelota de la responsabilidad, y, en resumen, la crisis sigue siendo un enigma. Como lo seguirá siendo después de este grueso volumen, en el que Federico Navas plasma la síntesis de sus entrevistas con cuantos viven de explotar a Talía. No resuelve nada ni nada explica, en fin de cuentas, su extenso reportaje; pero sí sirve para presentarnos a un reportero inquieto y sagaz.

«TELESTENOGRAFÍA», *tratado, por Federico Martín Eztala.*—El reputado taquigrafo Federico Martín Eztala ha publicado con este título un interesante folleto sobre transmisión y recepción telegráficas abreviadas.

(En esta sección daremos cuenta de todos los libros de los que se nos remitan dos ejemplares.)



Isabelita Ruiz es una «estrella que no tiene nunca nada que decir en las interviús que celebra

MODERNA, ultramoderna la silueta ágil—sedas y oros, en muy poquita cantidad, como la perfecta «revue» reclama—, es la actualidad madrileña. Estos espectáculos frívolos, alocados, juveniles, simpáticos, que predominan en los escenarios cortesanos—la vida moderna tiene compás de «charleston»—, están encarnados en ella. Isabelita Ruiz, desde el escenario de Price, atrae la atención de todo el público. Es la dueña y señora de la actualidad, y la actualidad me lleva a ella.

—¿Unos retratos?... Casi no tengo ninguno. En fin, yo les enviaré a ustedes algunos para que elijan, a ver si sirven.



Huye a toda prisa, dejando un discreto perfume flotando en el aire. Jacinto Guerrero, testigo de la escena, me mira sonriente. Y le digo:

—No creas que he fracasado... Así como así tengo lo más interesante: los retratos. Lo demás es sólo un pretexto para publicarlos. En las revistas ilustradas sucede lo mismo que en las de espectáculos: la letra no tiene importancia.

SAM



Es entre cuadro y cuadro de «La orgía dorada». Ante la puerta del saloncito en que hablamos cruzan las figuras—sucintamente «decoradas»—de las «segundas tiples».

—Bien, sí, Isabelita—concedo—. Pero querría, además, una impresión suya sobre las variedades, la revista, el baile: su Arte, en suma.

Ríe la «estrella». Su ceceo andaluz responde graciosamente:

—Pero, hijo de mi alma, si yo no tengo nunca nada que contar en las interviús. Por eso nunca me han hecho ninguna en serio. Yo digo a todos los que ahora a usted: escriba lo que le parezca, diga que le he dicho lo que quiera. ¡Yo no me enfado nunca, porque confío en que los periodistas no son tan indiscretos como la gente cree!

—Gracias, pero no es eso lo que necesito. Vamos a ver: ¿cree que las revistas han matado a las variedades?...

—Hombre, no sé... ¿A usted qué le parece?... ¿Qué género le gusta más?... ¿He hecho bien en «cambiarme»?...

—Isabelita, ¡que el que tiene que preguntar soy yo!

—Pues respóndase usted mismo. Yo apenas si tengo tiempo de transformarme. ¡Digo, si ya están en el «rampersten»!...





María Antonieta de Orozco y Moreno, sobrina de la marquesa viuda de Cúllar.

Gran Mundo



La marquesa de Fuentehermosa.

Gran Mundo



Foto Celedonio

La señorita María Antonia de Orozco
y
el conde de Glimes de Brabante,
que han contraído matrimonio
recientemente.





La señorita Mercedes Castellanos y el marqués de Estella, cuya próxima boda ha sido anunciada oficialmente.

Gran Mundo *extranjero*









DEL MONTE (California)

Un momento de un match. *El marqués de Portago, en el momento de caerse al intentar realizar una brillante jugada. Los famosos jugadores Forrester y Walsh, del «team» contrario.*

«Los Piratas», equipo del marqués de Portago, ganador del campeonato de la Costa del Pacífico (California). De izquierda a derecha: Capitán S. Mereeny, «H. East», capitán H. Forrester, marqués de Portago.



Grupo de espectadores antes de un match. *De izquierda a derecha: marqués de Portago, marquesa de Portago, y mistress Hunt, El Rins, Howard y Saint Cyr.*

Los Ángeles. De izquierda a derecha: marquesa de Portago, miss Lilliam Tashman, mistress El Rins y mister Howard.

Gran Mundo extranjero



Final del campeonato. Portago en jaca pía y Herrman detrás.

Grupo de distinguidos espectadores presenciando un importante partido de polo



Figuras representativas

Los aristócratas españoles en la fiesta de toros

FIESTA popular la de los toros, se ha dicho, bien que aun en su más plebeya aglomeración conserva un aire de señorío... Señorío que nace de su abolengo, que es como un perfume de su historia; dejos de nobleza, de bravura gallarda, de generoso desprendimiento, de aristocrática afición...

Desde aquellos monarcas y nobles de antaño que alanceaban fieros toros jarameños en las fiestas solemnes, para probar ante las damas el temple de sus corazones y el empuje de su brazo, que luego había de guerrear para mayor gloria de la fe, el arte de los toros ha conservado cierto empaque señorial, que le hace gustoso a poderosos y nobles.

En las fiestas regias de otrora emulábanse los más apuestos caballeros, ponderando sus destrezas entre retos dignos del mote y ofrendas de madrigal... Luego, al descender a los circos y ser afición y fortuna de plebeyos, espectáculo de negocio y precio, los nobles lo desdeñaron, dejando el culto de las arriesgadas suertes a los mozos rudos que, enamorados de la gloria y esclavos de la ambición, van a arriesgar ambas en ese albur dramático de la lidia...

Pero no obstante, persiste en nuestras clases elevadas esa afición a contender con las reses bravas... Es el toro español—se dice—el único animal de su especie dotado de fiereza...

Son también los españoles los únicos capaces de hacer de la burla de esa fiereza un espectáculo, un arte y una devoción.

Al igual que los mocitos cortijeros, y los chavales del Potro y de Triana, y los pirantes de la Macarena, y los campesinos de las marismas gaditanas, y los mozos de la alta Castilla, sienten señoritos de Jerez y de Córdoba, de Sevilla y de Salamanca, esa comezón de la fiesta taurina...

El muchacho rico, en cuya raza late castizo abolengo español, ya que no debe ser torero para los públicos, logra emular a los favoritos de la fama circense en las faenas camperas, en tentaderos y acosos y en ocasiones en las mismas plazas donde triunfan los ídolos de seda y oro...

El amor al campo, amor aborigen de una raza guerrera y labradora, trae de la mano en nuestros aristócratas la afición a los caballos y a los toros... Modas exóticas, deportes que ya parecen haberse connaturalizado españoles, no hacen olvidar a nuestro señorío ese amor a las fiestas camperas, esa afición gallarda y arriesgada al toro bravo.

Y unas veces en las cortijadas andaluzas o en las haciendas castellanas; en campo abierto o en las plazas con motivo de benéficos festivales, nuestros aristócratas dan escape a su afición, que por lo que tiene siempre de riesgo burlado con arte, de peligro vencido con gallardía, de temeridad engarzada de estoicismo, adquiere un aire viril y caballeresco...



Las infantas doña Isabel Alfonsa y doña Dolores toreando un becerro.

Una señorita [...] yándose bajo la [...]gilancia de Cañ[...] Algabeño.

Los Urquijo y los Guadalets, los Santa Coloma y los Veragua, los Pickman y los Vázquez Lastra, Julián Cañedo y Antonio Cañero, Sotomayor y cien más, son en nuestros medios sociales selectos ejemplos vivos de esa afición tauromaca tan enraizada...



Grupo de aristócratas presenciando una fiesta en un cortijo.

En los tentaderos, ante las bellezas más ilustres, a veces bajo la curiosa mirada de ojos augustos, todos ellos han realizado proezas táuricas, a semejanza de aquellos caballeros de antaño que hacían rodar a golpes de sus lanzas fieras del Jarama...

Afición secular que nada desvanece... Punto en que se tocan los extremos de nuestra sociedad. De un lado, los mozos plebeyos y hambrientos que, codiciosos de hacerse un sitio en el banquete de la vida, se lanzan a las plazas, enamorados de esa Gloria desmelenada y ruidosa que brinda sus caricias sobre la arena de los circos y le ofrendan a cambio de sus besos, más preciados que joyas, la joya roja y viva de sus corazones, los rubíes de su sangre joven y ambiciosa...

Del otro, los señores, juguetes en caballos de raza, arriesgándose en las gallardías del acoso por un aplauso o por una sonrisa.

¿No será todo uno y lo mismo? Sí. Es idéntica emoción ávida de peligros, la misma sed de belleza dramática, la misma sensación de arte... Y es, sobre todo, en nobles y en plebeyos el mismo espíritu racial enamorado del peligro, el mismo ímpetu aventurero, el sedimento del genio eterno de la estirpe, temple heroico y emprendedor que nos llevó siempre con la misma codicia de gloria, unas veces a las gestas de la reconquista, otras a los éxodos del descubrimiento, otras a los campos de muerte y de batalla y otras a los trágicos, bizarros, únicos espectáculos de los circos taurinos.

* * *



La condesa de la Maza y Cañero lidiando «al alimón» un torete.

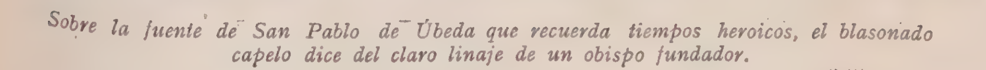

STUTZ



UN ENCIERRO EN TABLADA.—El lápiz de Marín, el eterno maestro, ha trazado bellamente uno de los momentos más emocionantes de la fiesta de los toros. Este encierro en Tablada es la vigorosa nota cálida y sugestiva, sinfonía de color, poema de luz, de aquella bendita tierra.

NUEVAS RUTAS DE LA VIEJA ESPAÑA

ESTAMPAS LÍRICAS PARA UN ITINERARIO ROMÁNTICO



Sobre la fuente de San Pablo de Úbeda que recuerda tiempos heroicos, el blasonado capelo dice del claro linaje de un obispo fundador.



La juvenil COSMÓPOLIS engalana sus columnas con estas lindas fotografías de arte, ganosa de mostrar a todos los vientos el itinerario romántico de una nueva corriente de turismo español. Y desea destacar en sus informaciones los bellos lugares de algunas provincias, preteridas injustamente, cuyo acervo histórico y artístico puede competir con el de muchas otras, seguro de su ventaja.

He aquí el caso de la provincia de Jaén.

Afortunado puedo sentirme yo, tan devoto de las glorias de mi tierra nativa, si al verme honrado con la tarea de avivar estos recuerdos logro comunicaros idénticas emociones que las que a mí me producen los ecos dormidos de glorias ancestrales, vivientes aún en estas rutas nuevas, merecedoras de la más alta estimación.

Pero falta la guía espiritual que nos encamine por los senderos viejos del Jaén histórico. La hidalga pluma de «Don Lope de Sosa» y las de los galeotes que pelean a su lado trabajan de firme para conseguirlo. Aun no es bastante. Jaén sigue siendo la rica hembra olvidada, cuyas virtudes hay que descubrir poco a poco. Su manantial de bellezas será venero de íntimas emociones para los deseosos de buscarlas por caminos desconocidos. Poetas y pintores, y todos los hombres de gustos refinados, se quedarán absortos ante la gloria secular — oro viejo de piedras antañonas labradas por egregios cinceles — sorprendida en esas ciudades ocultas en los campos del Santo Reino, cuyos nombres evocan una epopeya o una oración. Jaén, Úbeda, Cazorla, Baeza, Iznatoraf, Andújar, Martos, Quesada y otros nombres igualmente sugestivos, se os ofrecen como afiligranados relicarios, guardadores del perfume de las cosas antiguas que son nobles y bellas.

Los pinceles de Cristóbal Ruiz y los versos de Antonio Machado dieron ya la traza lumínica y el ritmo brillante más propios para recoger la soledad melancólica de estos campos y el silencio evocador de sus pueblos. ¡Tierras del reino de Jaén, del uno al otro confín; desde los picos del Muradal a los montes de Mágina; desde Sierra Morena la de Andújar a la sierra de Cazorla!...

Por todos los caminos de la ubérrima campiña o de las agrias montañas, maridaje fecundo de Gea y Atlante triunfadores, prodigio de color de la naturaleza viviente, sorprenderán al peregrino emocionado los bellos fantasmas de una estrofa heroica. Y al clamor de la bélica trompetería de los mesnaderos que van con Alfonso VIII y don Rodrigo a las Navas, o con Reding y Castaños a Bailén, uniránse

los salmos devotos de los rezadores que imploran a las Vírgenes milagreras en las romerías populares, con tanto entusiasmo celebradas en Andújar o en Tiscar, en la Nubla cazorleña o en la ubetense Guadalupe.

Invitatorio.

Si queréis gozar de tan atrayentes panoramas, el motor de vuestro coche puede conduciros a la puerta misma donde se custodian los tesoros de la emoción que urge descubrir para contrarrestar la ola del utilitarismo diario.

¡Peregrinos del siglo XX, sin báculo ni calabaza, venid conmigo! No pretendo daros una lección de Historia. Cada uno debe buscarla en su lugar y tiempo convenientes. Sólo quiero trazar al margen de estas fotografías un comentario lírico, que os anime a emprender la peregrinación deseada para contemplar frente a frente tantas bellezas. Con nuestras inquietudes y con nuestros ensueños, con la nostalgia del pasado en nuestro espíritu y con el afán de vencer al porvenir en nuestras luchas del presente, podemos recorrer este itinerario romántico, de cara a todas las sugestiones.

Venid, venid conmigo, exigentes aquilatadores del arte, finos enamorados de la Historia; surquemos los amplios olivares grises que trepan sobre los cerros aureolados de sol, a cuyo cobijo Rus y Canena, próvidos lugares que fueron del antiguo señorío de los marqueses de Camarasa, esconden la rústica monotonía de su vivir, a la sombra del castillo señorial y adusto.

Sigamos adelante. Rico vergel de complacencia campesina y devota puede ofrecernos el santuario del Santo Cristo de la Yedra. Un romance fronterizo le dió vida.

Prosigamos de nuevo. La carretera sigue festoneada de olivares y tierras de pan llevar. El sol borda la campiña



Y estas piedras nobles del antiguo Pósito de Jaén, labradas en la décimosexta centuria, servirán de portada en el Museo de la Provincia.



A la puerta de la Magdalena de Jaén colocó sus blasones, entre las zarzas del gótico encaje, un obispo cardenal, consejero de reyes, don Esteban Gabriel Merino.



Los moriscos que en el siglo XV vivían en Jaén decoraron con sus filigranas estas habitaciones, alojamiento del gran condestable de Castilla Lucas de Iranzo.

de reflejos dorados, entre la sombra negra y plata de los olivos.

Y allá lejos, enhiesta sobre la loma de su nombre, derramándose como la fimbria de un manto triunfal, se nos aparece la primera estampa de nuestro itinerario evocador. Vedla.

Orfebrería renacentista.

Esta es Úbeda, la leal, la generosa y aguerrida; cuna de Renacimiento andaluz, cuyas reliquias de arte merecen lugar único y destacado en estas páginas.

Semillero de antigua nobleza, de la que el caballeroso don Gonzalo Argote de Molina supo aquilatar los valores, cumplidamente probados en limpias ejecutorias. Mis palabras no pueden ser más que un rosario de iniciaciones fugaces, como puertas entreabiertas a la curiosidad de las almas exquisitas.

La estampa vive como tapiz glorioso en nobles arquitecturas, labradas finamente por los maestros que supieron acompasar el ritmo grave de la materia y del espíritu a las exigencias que al imperio de la época convenía para ostentación de sus gustos renovadores. Y en Úbeda es Andrés de Vandaelvira el más rico florón de la pléyade que impuso en España las gracias del Renacimiento.



La catedral de Jaén, relicario del Santo Rostro, cuya fachada enriquecieron principalmente López de Rojas y el famoso escultor Roldán; el genio de Vandaelvira también florece magnífico en otras piedras de este templo.

La Sacra Capilla del Salvador; el Palacio Municipal, que fué de los Vázquez de Molina; la prestancia herreriana del Hospital de Santiago y la regia mansión de los Vela de los Cobos, nos dicen del genio audaz de Vandaelvira.

Pero en Úbeda quedan aún otras reliquias no menos valiosas: los atrevidos paramentos que se levantan sobre el solar del condestable Dávalos y las místicas piedras del claustro de Santa María de los Reales Alcázares y el dinámico esplendor floreciente del arte gótico que triunfa en otras iglesias, San Nicolás, San Pablo, San Isidoro, Santo Domingo. La gracia barroca del antiguo convento de la Trinidad; y el perfume de glorias antiguas que guardan las piedras de los murallones y las portaladas de los palacios venerables. Todo en esta ciudad siéntese impregnado de recónditos anhelos, a cuyo conjuro surgen las resonancias de invencibles espadas mohosas y las gallardías de antiguos penachos sobre las cimeras de los caballeros Porceles, Molinas y Cuevas, Dávalos, Toledos y Cobos...

Ya lo véis, nos ciega la gloria de unos siglos áureos, cuyos deslumbramientos señoriales aun viven triunfadores en este palacio de la Rambla, solar de muy encumbradas hidalguías, templo tradicional de las elegancias suntuosas por obra y milagro de un espíritu joven, que consolidó, en un aire muy antiguo y muy moderno, la soñada realidad de un verso de Rubén...

La marquesa de la Rambla es la musa inspiradora de las más bellas iniciativas de arte. Úbeda le debe mucha de la atención que el mundo ilustrado siente por esta ciudad. El Palacio de la Rambla se destaca señero sobre los aristocraticismos de la historia ubetense, y en él se ha perpetuado la solera castiza de un culto heroico, digno de albergar a su rey, como pudo haberlo hecho en tiempo de los Carlos o de los Felipes.

El relicario del Santo Rostro.

En Jaén, donde residó,
vive donde Lope de Sosa.

. . . .

La grácil pluma del chambergo de Baltasar del Alcázar pasearía, de seguro, su gentileza por esta gran plaza de Santa María, donde el soberbio estuche de la catedral de Jaén sirve para guardar con la debida veneración el lienzo en que se halla estampado el santo Rostro de Jesús.

Estas piedras del Arco y Casa del Pópulo, en el nido real de gavilanes que fué Baeza, rememoran las hazañas del emperador Carlos V.

Un aire de sugestivas leyendas piadosas, enfervorizadas de medievales gallardías, baja del Castillo y cubre a la ciudad con las galas de sus evocaciones. Las leyendas dicen de un dragón valeroso que es el lagarto castizo de los *chirris* populares. Pero la historia de la ciudad no sólo vive de leyendas. Sus claros varones han esmaltado con sangre propia los heráldicos timbres del escudo jaenés. Leones y castillos; fortaleza y valor acreditados. Ved estas callecicas de la Magdalena o de San Ildefonso, que fueron holladas por los pies regios de los Fernandos o de los Enriques; de los servidores de aquel condestable don Miguel Lucas de Iranzo, y por tantos caballeros como supieron acrecer la valía de sus nombres limpios en las tierras de España o en las doradas tierras del otro lado del mar.

Y en todas las calles de la ciudad antigua os hallaréis con preciadas joyas triunfantes del olvido. Y sobre todo, frente al palacio de los obispos de Jaén, veréis erguirse con orgullo de hoguera encendida por la fe de todo un pueblo esa custodia gigante de la catedral, cuya portada labraron a mediados del siglo XVII López de Rojas y Blas Antonio Delgado, contribuyendo el escultor Pedro Roldán con sus hermosas estatuas a la mayor armonía del conjunto arquitectónico. Trunfal apología de la piedra que sabe decir su oración perseverante. La catedral, la ciudad toda, con su historia pasada y con su vivir de hoy, no es más que el gran relicario guardador de la Cara Divina. Y aunque Jaén pueda enorgullecerse con las altas ejecutorias del poeta viril que cantó como ninguno el heroísmo del Dos de Mayo, y con otras fulguraciones de su historia particular, todo se ha de rendir a la devota magnificencia de la reliquia donde el Hijo de Dios puso los rasgos de su Faz divinizada.



La fuente de la plaza de Santa María de Baeza, en cuyas aguas bañaron sus ensueños muchos enamorados de la historia y del arte.

Nido real de gavilanes.

Baeza. Fulgura el recuerdo también con vivos centelleos. Mas los colores de la realidad se apagan un poco, la estampa tiene la melancolía de las grandezas marchitas. El nido real de los gavilanes guerrilleros está vacío. No distinguiríamos apenas, entre la tan hacendosa burguesía de la ciudad,

Y el maestro de los canteros andaluces, Vandaelvira, dejó en esta fachada de la cárcel de Baeza, hoy Ayuntamiento, el gusto y la virilidad del inconfundible siglo XVI.



Las estrofas magníficas del Renacimiento andaluz tienen sus sonoridades más amplias en estas piedras de la Sacra Capilla del Salvador de Úbeda.



Y este alabastro, dádiva regia de los Camarasa del siglo XVI a su capilla del Salvador de Úbeda, bien pudiera firmarlo el cincel de Donatello.



Las gracias de Italia se han hecho realidad en este palacio de Vela de los Cobos, hoy de los Montilla y Sabater, también por el impulso del gran Vandaelvira.

los claros linajes del arco de San Andrés. Pero las piedras viven por el embrujamiento del arte. Ved esta fuente monumental en la plaza de Santa María, enfrontada con vetustos edificios, que ha escuchado el caer de las horas canónicas desde los buenos tiempos del Rey Felipe II.

Y este es el arco que canta el triunfo de Villalar. Y esa es la casa y balcón del Pópulo, donde añejos romances fueron realidad vivida. Ese palacio de la cárcel vieja, hoy albergue del Municipio baezano, es la joya más alquitarada del Renacimiento andaluz. Andrés de Vandaelvira logró esculpir en sus pétreos adornos las luces del clasicismo renovador, y hubo de mejorarlas sin duda, porque hay aquí más claridad de motivos ornamentales, más riqueza de trabajo finamente esculpido. Es un refinamiento de la piedra domada por el espíritu gigante del maestro famoso, que ha cantado aquí la oración materializada de un poeta renacentista. Y así en otras construcciones baezanas. Os sentiréis sorprendidos por estas áureas esplendideces de paramentos y cornisas, canecillos, dovelas y tejaroces.



El Seminario Conciliar; las viejas escuelas que albergaron al beato Juan de Ávila. Esas mansiones hidalgas de los Gil Baile de Cabrera, de los Montemar, de los Carvajales o de los Benavides; callecicas en reposo, vestidas de silencio solitario, como dormidos canales que conducen a los rincones propicios de la devoción enfervorizada; el convento de Santa Catalina o la Magdalena, la Encarnación o San Antonio, Jesús de los Descalzos o San Francisco de Asís.

. . . .

Y ahora os asomaréis a este balcón espléndido que vuelca sus miradas sobre las tierras labrantías. El lírico ruiseñor de Antonio Machado dijo sus mejores trinos embebiendo la mirada en estas amplitudes luminosas. ¡Murallas las de Baeza! Baluarte de inspiración feliz

Y este canto triunfal de piedra, fundida con rayos del genio vandaelviriano, que fué la mansión del conde de Guadiana, es hoy refugio de unas dulces monjitas educadoras.



Y este farol, que a la puerta del palacio de los Rambla, ilumina las piedras nobles de sus escudos, podría decirnos de los resplandores nuevos que hoy fulguran en el aristocrático solar de los Orozco.

para un enamorado de los paisajes varoniles. Olivares y barbechos, huertas y caseríos; las sierras grises y azules al fondo, y en la cuna misma de estas vertientes, con solemnidad de padre y de señor, Guadalquivir retrata en su cristal majestuoso el azul magnífico delos cielos que cubren tanta riqueza como aquí volcaron las diosas paganas de la Agricultura.

Pero sigue vacío el nido real de gavilanes que antaño fué Baeza. Sus resonancias heroicas se han fundido en el oro de las piedras, divinizadas por la inspiración de los alarifes, cinceladores del espíritu juvenil de la España tradicional, que ha nutrido al mundo.

La pastora de Sierra Morena.

Andújar es una ciudad de tan rica prosapia que asegúrasele un lugar destacado entre las ciudades antiguas de más abolengo. La Illiturgis de los romanos, que vió nacer a San Eufrasio y presenció su martirio, es hoy la gran señora, cuya devoción por su Virgencica de Sierra Morena constituye uno de los timbres de su orgullo racial predominante, conservado de día en día y extendido por toda la provincia con eficacia consoladora.

Tiene la Virgencica de Andújar su palacio en lo más alto de la sierra brava. Visitarla en él es sentirse en íntima comunión con la tierra y el cielo. Subid, subid a esta cumbre. Y en los días en que a la Pastora celestial rinden homenaje fervoroso las multitudes sencillas, veréis a los ciudadanos de Andújar cómo son ellos los que más desbordan en leales demostraciones de piedad. Ciega la luz. Reverbera la fe de todos los corazones, y el camino del santuario se nos aparece como una escala para llegar a Dios.



Las severidades platerescas de la escuela de Vandaelvira, tan arraigada en Úbeda, se han dormido en este rincón solariego de los Rambla.



Una galería del palacio de los marqueses de la Rambla y San Juan de Buenavista.

La cuna del Guadalquivir.

Y esta es Cazorla. Castellana y andaluza. Reína de la Serranía. La mejor perla en la frente del padre Guadalquivir.

Paraíso deleitoso donde se han remansado las alas del tiempo y han tejido sus epitalamios felices la tradición y la leyenda. Sobre el castillo de su escudo, los báculos arzobispales y la estrella refulgente, nos han dicho lo encumbrado de su alcurnia.

Sabed, peregrinos, que si la historia de la ciudad es atrayente, como escrita por lanzas heroicas en los tiempos en que fué cabeza del Adelantamiento de su nombre, fulgiendo como el más valioso rubí en el ya valioso pectoral de los arzobispos toledanos, sus bellezas naturales sobrepasan en mérito a las hazañas de su historia.

Es Cazorla un amable refugio donde la naturaleza se ha vestido sus mejores galas. Y las piedras, el agua, los árboles, las flores y los

Y éste que fué solar del condestable Ruy López Dávalos ha florecido con la nueva sonrisa del Renacimiento.



Fotografía del Santísimo Cristo de la Caída, atribuído a Montañes, hermandad que preside el marqués de San Juan de Buenavista, y cuya imagen sale con gran magnificencia en la procesión del Viernes Santo.
(Foto Ventura.)



frutos, son como los versos de un poema panteísta, pregoneros de las excelencias múltiples de la ciudad.

¡La Sierra de Cazorla! En ella nace sugeridor y humilde, rico después en magnificencias no igualadas, el cauce fecundo del «olivífero Betis». Rindámosle nuestra devoción a tan altiva cuna. Cazorla os aguarda, recogida en la promesa de sus bellos paisajes.

Y otros muchos senderos de devoción y de belleza, se ofrecen al



Y he aquí el camino que conduce hasta el santuario de la Virgen de la Cabeza, la Pastora morenita que guarda las almas de los andujareños creyentes.



Y se perpetúa la buena tradición de los rejeros andaluces con esta reja nombrada del Deán en la iglesia de San Nicolás de Úbeda.



Y como nidos de águilas caudales, las viejas torres, vencedoras del tiempo, enamoradas del sol, se yerguen sobre el vivir campesino de estas gentes sencillas que viven en Cazorla y en Iruela.

peregrino ilusionado, por estas nuevas rutas del Santo Reino de Jaén, donde el espíritu racial de la vieja España conserva sus leales gallardías y donde las artes de la naturaleza y de los hombres se manifiestan triunfadoras en espléndidos cuadros de luz y de color, dignos de ser más conocidos por todo el mundo, para que al rendírseles la devoción debida, nos la devuelvan ellos en grata moneda de líricas sugestiones.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ

Comunicaciones para el turista

En la estción de Baeza-Empalme, encontrarán los turistas que quieran admirar las monumentales bellezas arquitectónicas de Úbeda y Baeza un ferrocarril eléctrico, que enlaza con todos los trenes correos y rápidos, ascendentes y descendestes, haciendo el recorrido a los citados pueblos en una hora y quince minutcs, ferrocarril en el que se están realizando en la actualidad grandes reformas.





Altivos torreones del Castillo de la Iruela, en el que fué Adelantamiento de Cazorla, dicen todavía el empuje guerrero de los arzobispos toledanos.

HIDROELECTRICA DE LA LOMA

Se ha constituído en Úbeda una Sociedad Anónima, titulada HIDROELÉCTRICA DE LA LOMA, para la explotación del flúido eléctrico procedente del salto de los Pelones.

En Úbeda ha sido acogida con gran simpatía la nueva Sociedad, que en breve empezará el montaje de la red aérea, en condiciones de completa seguridad y con arreglo al proyecto presentado por el muy culto y notable ingeniero D. Gaudencio Lappetti, que en unión del consejero-delegado de la HIDROELÉCTRICA, D. José Miñones, de D. José Cantó López y del abogado asesor D. Manuel Raer Quesada, constituyen el Consejo de Administración.

Las tarifas máximas presentadas al excelentísimo Ayuntamiento acusan un excelente deseo de abaratar el flúido, ya que son mucho más económicas que las que la empresa SADE, suministradora única que en la actualidad existe, tiene en vigor, obteniendo con esto una gran ventaja todo el vecindario y especialmente los que utilizan fuerza para usos industriales.

Está montando la HIDROELÉCTRICA DE LA LOMA una central térmica con los motores Diessel para, en caso de averías en el salto, poder dar el flúido, evitando los perjuicios que a los abonados se les ocasionan con las constantes interrupciones y anormalidades en el servicio.

El culto abogado e importante hombre de negocios D. José Miñones, consejero-delegado de la HIDROELÉCTRICA, ha proporcionado a Úbeda un gran beneficio, no solamente con el negocio de suministro del flúido, sino con la constitución de empresas financieras para la explotación de fábricas de harinas, imprentas y otros asuntos industriales que darán nueva vida al progreso mercantil de la ciudad.

Compre usted el próximo número de

Cosmópolis

que aventajará en interés y artística presentación al que hoy le ofrecemos.

Se inserta *ÍNTEGRA* en él una maravillosa novela corta del eminente escritor hispano-americano ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ e ilustrada profusamente por MÁXIMO RAMOS. La apasionante historia de un velero abandonado, clásica en los anales de la marinería, ha servido para trazar una sorprendente narración con el título de

«EL MISTERIO DEL "MARÍA CELESTE"»

También concluye en dicho número la interesante novela de ENRIQUE MENESES, en que las dotes de analista y psicólogo profundo de su autor se atestiguan una vez más. Las últimas páginas de *«LA BARRERA INFRANQUEABLE»* se avaloran con los mejores dibujos de BALDRICH.

Prosiguen las sorprendentes incidencias de la narración policíaca *«TRES PUNTOS ROJOS»* y las plácidas aventuras de *«LOS AMORES DE ELENA»*, demostando en ellas sus dotes inventivas SEE ADCOME y M. HUNGERFORD, ilustradas respectivamente poı RIBAS y ORMACHEA.

En el amplio espacio que, según costumbre, consagrará COSMÓPOLIS a sus secciones de *Literatura, Modas, Teatros, Gran Mundo, Cinematografía, Deportes, Infantil, Turismo, Pasatiempos,* etc., figurarán trabajos de nuestros habituales colaboradores, iniciándose interesantes reportajes exclusivos de los representantes y enviados especiales en París, Londres, Nueva York y Buenos Aires.

AYUNTAMIENTOS DE LA PROVINCIA DE JAEN

ÚBEDA

Preside el excelentísimo Ayuntamiento de Úbeda D. Baltasar Lara Navarrete, persona prestigiosa que cuenta con grandes simpatías y popularidad en todas las clases sociales, y a quien respeta y admira el vecindario. Hombre de iniciativas, ha realizado una buena gestión en la Alcaldía, y unas veces solo y otras efizcamente ayudado por la Comisión permanente, de la que forman parte D. José Anguis Díaz, D. Sebastián Hurtado, D. Emilio Lamoneda, D. Antonio Medina y D. Luis Blanca, laboró por el buen nombre de su pueblo, mejorando y saneando la Hacienda municipal y realizando obras y reformas de interés para la ciudad. Entre éstas pueden citarse: el arreglo del hermoso edificio de la Santísima Trinidad, el del cementerio, la compra de una casa para cuartel de la Guardia civil, la adquisición de los solares y materiales para los grupos escolares y nueva cárcel del partido, cuartel de doma, escuela de capataces de regadío, escuela de artes y oficios artísticos y otras que no recordamos en este momento.

El Ayuntamiento de Úbeda merece elogios por su gestión. Ahora proyecta contratar un empréstito de dos millones de pesetas para la construcción de una plaza de abastos, de un matadero, alcantarillado y traída de aguas, estando este asunto en estudio de la Comisión nombrada al efecto.

CAZORLA

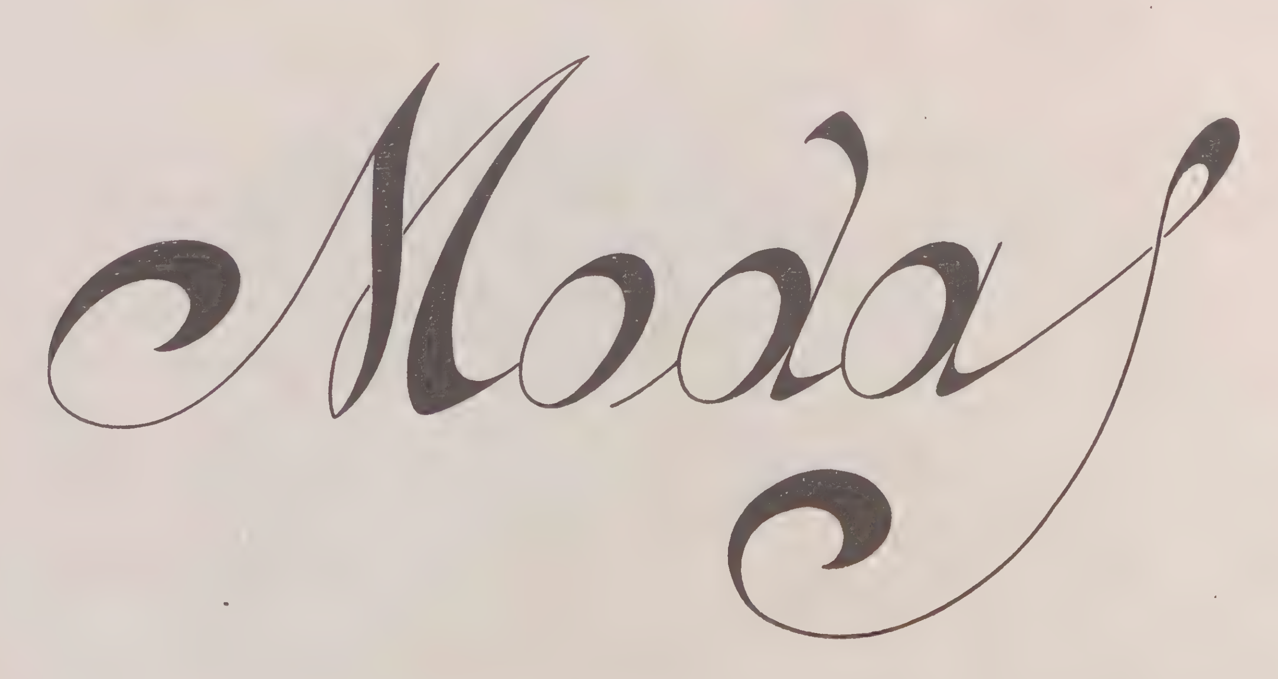
Ciudad que ha de ser visitadísima por el turista, por la extraordinaria belleza de sus paisajes y de su sierra, en la que nace el Guadalquivir. Cazorla se prepara para recibir dignamente a los viajeros, y el Ayuntamiento, que preside con singular acierto D. Rafael Montesinos, persona honorable y de grandes prestigios, tiene en proyecto varias obras y reformas que han de transformar la población, convirtiéndola en una de las mejores urbanizadas de la región andaluza. Para atender a esos gastos proyecta también un empréstito con el Banco de Crédito Local.

Un cazorlense ilustre, hombre generoso, espléndido, ayuda a la labor de las autoridades, y queriendo dar pruebas de amor a su pueblo, ha construído un gran hotel con arreglo a las mayores comodidades y exigencias, en el que el turista encontrará hospedaje apropiado a sus deseos. Este hombre altruísta, por el que sienten veneración los cazorlenses, llámase Gabriel García Ortega y es conocidísimo y estimado en toda la provincia. Fué alcalde de Cazorla, y acaba de ser nombrado hijo predilecto y de dársele su nombre a una de las calles de la bella ciudad de Cazorla.

EL ÚLTIMO MANTÓN



La moda — las extravagancias de la moda — viene de Hollywod. Una de las «estrellas» más significadas, la especialista en ingenuas, Clara Bow, acaba de lanzar el «último grito»: un mantón con el retrato de la propietaria dibujado en el tejido. El capricho puede ser muy caro, pero no es demasiado bonito. ¡Váyase lo uno por el otro!...



Entre nosotras

por Cil.

MAYO

ESTAMOS en mayo, el mes más bonito del año... el más bonito de nuestro Madrid... El de las carreras de caballos, tiros de pichón, campeonatos de *tennis*, de *golf* y de polo... de las grandes corridas y los lunes del Ritz... El mes delicioso en el que ya no queda ni rastro de los rigores del invierno y en el que aun no sentimos el calor del estío... El mes que cuaja de flores la Rosaleda... El que nos obliga a lucir todas nuestras galas primaverales, desde los sencillos trajes de hilo, de jersey o de vuela que nos pondremos para ir a sentarnos en alegres grupos por la mañana en la Castellana, hasta las grandes capelinas de pajas exóticas que velarán con sus sombras suaves y favorecedoras nuestras miradas cuando vuelen curiosas entre la interminable hilera de los coches del paseo... ¡Ha llegado mayo, mujer! Ponte tú también tu traje de crespón florido, tu sombrerito de bangkok, y ve a embellecer el cuadro radiante de nuestra primavera con la nota luminosa de tus ojos rasgados y del «rouge» de tu boca...

SOMBREROS

Los modistos parisienses han lanzado una numerosa colección de sombreros grandes. ¿Tendrán aceptación? Yo creo que sí... Vemos enormes sombreros de playa de bangkok natural sencillamente adornados con cinta «ciré»... grandes pamelas de «para», de «bakou», de paja «Borneo», con lazos de cintas de terciopelo, de grosgrain, de raso... Molineux nos muestra verdaderas preciosidades. Una de ellas es este modelo de bengalia natural adornado con terciopelo verde «agua» y gran hebilla de brillantes. Otro son este gorrito de fieltro azul fuerte que encuadra graciosamente el rostro, y el sombrero de bengalia «verde Veronés» adornado con «crosses» verdes beige.

El paillasson vuelve a estar de moda. Véase la toca de esta paja en negro adornada con cinta de terciopelo turquesa, creación de Laure André.



Abrigo de lana beige; fieltro beige

Un lindo sombrerito para trajes sencillos es «Fanfan», de bakou natural, y otro muy elegante «Capricho», de bengalia natural y fieltro negro.

EQUIPOS DE PRIMAVERA Y VERANO

CONTESTACIÓN A UNA CARTA

Me escriben unas jóvenes lectoras pidiéndome consejo respecto a su equipo de primavera y verano. Para nosotras, en España, ya que casi no gozamos de primavera, es el mismo.

Telas que se llevan: crespón de china, georgette, marroquí, crespones y gasas estampadas, jersey; para trajes sastre y abrigos sport, lanas inglesas. Colores: todos los pastel, con preferencia varios tonos de verde, amarillo y gris; telas multicolor.

Hechuras: sigue la línea recta, los cuerpos con jaretitas o vainicas, las faldas con pliegues aplastados o con pliegues «abanico». El vuelo delante. En algunos trajes de noche lo vemos también en forma «coup de vent», o sea todo hacia atrás. La falda envolvente de dos volantes lisos, cuyos extremos caen a un lado, es de una línea muy airosa. Imperan los «ensembles». Recuerdo unos cuantos modelos de grandes firmas:

1.—De Vionnet: traje de foulard estampado beige y rojo; recto, con pliegues huecos de los lados, cinturón de cuero rojo; abrigo de lana rojo, adornado con «nervures».

2.—De Vionnet: traje de crespón de china grueso y brillante azul-gris. El cuerpo está adornado con calados haciendo figuras geométricas, la falda con pliegues «abanico». Abrigo de lana inglesa trama azul y beige, cinturón de cuero azul.

3.—De Vionnet: traje envolvente de crespón de china estampado blanco y negro. Abrigo recto, de crespón de china negro, adornado con «nervures» y forrado del crespón del traje.

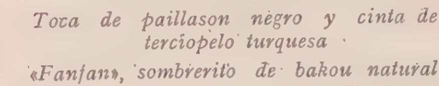
4.—De Worth: traje de crespón romano azul pastel, con adornos de

Traje de tarde, de crespón de china con vainicas



Ensemble de jersey amarillo y azul marino





«Capricho». Copa de bengalia natural y borde de fieltro negro

Toca de paillason negro y cinta de terciopelo turquesa

«Fanfan», sombrerito de bakou natural

Modelos Laure André.



«Ensemble», traje de crespón de china blanco. Chaleco sin mangas de paño rojo. Abrigo de paño rojo

jaretitas y pliegues aplastados. Abrigo recto de lo mismo.

5.—De Beer: falda plisada de crespón rosa pastel. La falda—como todas las de esta casa—está montada en un canesú muy ancho que se ve como cuatro dedos debajo del pull-over. Éste es de jersey muy delgado rosa con cuatro rayas «degradées» en colores más fuertes. El abrigo de crespón rosa está forrado de jersey. Una nota preciosa que vemos en varios modelos de esta casa son tres o cuatro rayas «degradées» en el forro del abrigo que coinciden con las del pull-over.

6.—De Beer: «Parme violet»: falda de marroquí lila en forma de capa, montada en ondas en un canesú ancho, pull-over de jersey delgado lila con rayas «degradées» moradas. Abrigo de marroquí lila. El forro es del mismo crespón y tiene unas rayas de crespón «degradé» morado haciendo juego con las del pull-over. Este modelo resulta precioso en azul porcelana combinado con azul marino.

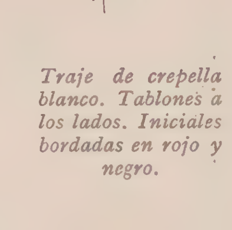
Muy bonito también es el de gasa estampada que véis en estas páginas. Sin la chaquetita, sirve de traje de casino y de «petit diner»; con ella, de traje de tarde vestido. La capa de terciopelo *chiffon* verde agua tiene un movimiento muy original.

De noche se siguen llevando los trajes bordados con perlas, strass, cuentas de colores y lentejuelas brillantes. Algunos modistos como Worth, Lanvin y Molineux emplean también glasés, muarés y rasos, y confeccionan con ellos amplios trajes de ajustados cuerpos, verdaderas maravillas de arte y elegancia. Recuerdo una creación



Falda tableada de crespón blanco con chaqueta de lana jaspeada rojo y blanco.

Traje de crepella blanco. Tablones a los lados. Iniciales bordadas en rojo y negro.



Capa de terciopelo chiffon verde agua.



Traje crespón de lana blanco con bordados azul marino y rojo, fieltro blanco con cintas de gros grain azul marino y rojo.



Abrigo de lana blanco, bordados azul marino y rojo.



Para el campo: faldita y pantalón de hilo azul, blusones de hilo azul con rayas blancas. Camisetas de batista blanca, cinturones de cuero azul.



Traje sastre de paño gris, cuello de topo. Abrigo amplio de la misma tela.

Traje sastre gris con bieses azul acero. Blusa de crespón azul acero, forro del abrigo y fieltro igual. Guarnición de topo.

de Worth de muaré azul pavo con grandes lazos de terciopelo rubí que lucía como adorno un deslumbrante collar de rubíes; recuerdo una colección de vaporosos trajes de encaje de colores —azul marino, gris, beige, marrón, negro —que nos mostró Beer, y una serie de trajes bordados con strass que hizo desfilar Vionnet ante nuestros ojos. La moda actual tiene de bueno que no es exclusivista: admite todo. Así es que, lectoras amigas, no tenéis más que elegir lo que os favorezca.

Gorro de fieltro azul fuerte, adornado con una rosa y pétalos saliendo de los cortes hechos en el mismo fieltro.

Sombrero grande de bengalia natural, adornado con terciopelo verde claro y hebilla de brillantes.

Sombrero de bengalia verde «Veronés» adornado con tres «crosses» verdes y beige.

Modelos Molineux.

Para el verano completaremos nuestro equipo de Madrid con unos cuantos trajes prácticos de hilo, de jersey... con unas falditas plisadas y una colección de pull-over. He visto una serie de éstos, muy originales y muy buenos, en «Power» (Fuentes, 9). Entre otros, uno de jersey beige con incrustaciones de cuero marrón y falda plisada de crespón marrón, y uno de jersey «palo de rosa», adornado con gamuza azul eléctrico y falda plisada rosa. Unos abrigos del mismo punto

Abrigo de lana verde claro, fieltro del mismo color.

Traje sastre de tweed ligero beige-gris. Renard gris.

Traje sastre de lana inglesa beige. Cuello de renard rojo, fieltro del mismo tono.

Abrigo de lana jaspeada, blanco y rojo, sombrero de paja rojo.

Traje sastre marrón, blusa de crespón paja, corbata negra, fieltro marrón.

Faldita tableada de crepella azul pastel, chaqueta de punto azul pastel y marino.

guarnecidos de piel de lince completan los «ensembles». Además, vi allí una preciosa colección de trajes de crespón estampado a precios muy económicos.

Aquí tenéis también tres lindos modelos de trajes de playa. El de crepella blanco luce como único adorno las iniciales bordadas en rojo y negro. El de hilo verde pálido está adornado con hilo blanco, y sobre la faldita de crespón blanco del tercero vemos una chaqueta de lana jaspeada rojo y blanco. Como no hay que olvidarse de las brisas del mar o de los vientos de la sierra, os recomiendo un abrigo confortable de lana blanca gruesa. Resulta también muy práctico para las excursiones en automóvil, y, contra lo que se cree, coge mucho menos el polvo que las prendas oscuras.

Pijamas.

Para lo último he dejado el traje sastre, sin el cual no hay equipo completo. Pero lo mismo que con un poco de maña y de habilidad cualquiera puede confeccionarse un trajecito a la moda, en tocante al traje sastre tiene que estar cortado por mano maestra. De «Henry», el famoso sastre inglés establecido en Biarritz, son los modelos que reproducimos hoy. Él también me ha confirmado la noticia de que vuelve con furor la moda del «tailleur». Las mujeres inglesas, que saben unir lo práctico a lo *chic*, nunca lo han abandonado. Ved estos modelos de «tweed» ligero beige, gris o marrón, y decidme si para viajes y deportes hay nada más elegante. «Henry» los completa con unos bonitos abrigos de la misma tela.

En cuanto a zapatos, nos seguiremos poniendo los de ante blanco con adornos de cuero marrón o charol negro, y los de tafilete o ante beige del mismo color que nuestras medias. En zapatos de noche hay muchas variedades. Vemos sandalias de tisúes de todos los colores combinados con piel de plata, y zapatos de raso negro con la nota luminosa de sus tacones de strass.



PIJAMAS

Traje de noche de gasa estampada. Con la chaqueta de la misma gasa sirve de traje de tarde.
Modelo Dobb's

No soy partidaria de ellos, porque, por más que digan, los encuentro poco femeninos. ¡No hay nada como una bonita camisa de dormir de crespón rosa o un vaporoso «deshabillé»! Pero como los pijamas tienen sus admiradoras, y yo quiero dar gusto a todas mis lectoras, van aquí tres modelos muy originales.

1.º Pantalón de crespón marroquí azul marino con vueltas del crespón estampado del blusón. Éste es de marroquí azul pastel estampado de azul marino.

2.º Pantalón plisado menudo de crespón de china verde pálido. El blusón está adornado con terciopelo negro.

3.º Pijama de crespón estampado blanco y rojo, cuello y vueltas de crespón rojo.





NUESTRAS LABORES

Una guirnalda ligera y bonita puede servirnos de adorno para mil labores distintas. Debemos bordarla con algodones brillantes de tonos pastel muy suaves.

Ved este trajecito de crespón rosa pálido con borde doble de tul de algodón rosa pálido. Jaretas muy menudas forman el canesú, un bies estrecho el escote. La guirnalda es en varios tonos de rosa.

La camisa de dormir, la camisa de día y el pantalón son de crespón rosa y tul «ocre». Las dos camisas llevan delante un plisado muy fino. La guirnalda es rosa y verde pálido.

El delantal de niña es de hilo azul pálido con guirnalda rosa y verde pálido. El mantel y las servilletas son de hilo azul porcelana con borde de hilo azul marino; la guirnalda de flores en varios tonos de azul y hojas verdes.

LA BELLEZA DE LAS MANOS

«Enséñame tus manos y te diré quién eres». Si no existe este proverbio, debiera existir. ¡Cuántos héroes de novela, cuántos personajes históricos han dejado su corazón entre dos bellas manos de mujer! ¿No se desvió Tristán de Iseo «la de los cabellos de oro», por Iseo «la de las blancas manos»? ¿No soñó el valiente y galante Buckingham con colocar todas las joyas de Inglaterra entre las manos perfectas de la Reina Ana de Austria? Nunca se ponderará bastante el poder de seducción de una mano fina, de piel delicada y uñas pulidas. Las que no las tienen así deben procurar adquirirlas. He visto transformarse muchas veces manos toscas y feas en manos blancas y bonitas. Es cuestión de cuidados... y de tenacidad. La enorme mayoría de las mujeres no posee una gran fortuna, no dispone de legiones de criados que cumplan sus órdenes; muchas ni siquiera tienen una doncella exclusivamente para su servicio, y, por lo tanto, necesitan dedicarse ellas mismas a los quehaceres domésticos, tan perjudiciales a la belleza de las manos. Otras estropean sus dedos con el piano... con la máquina de escribir... con mil labores y oficios... A todas ellas les digo: ¡Cuidad de vuestras manos! ¡No las abandonéis! Una mujer fea puede resultar atractiva si se la ve cuidada y pulida; una mujer abandonada, por muy hermosa que sea, no puede tener encanto alguno.

Traje recto de hilo verde claro con bieses blancos.

Las manos, lo mismo que el cuello y la cara, deben lavarse siempre con agua muy caliente. Una gota de glicerina mezclada con un poco de agua de rosas conservará la epidermis suave y fresca y evitará esos pellejitos tan feos y molestos que se forman en torno de las uñas. Para que la punta de los dedos no pierda su forma afilada es conveniente ponerse algunos ratos al día unos dediles de piel especiales para este objeto. Ejercen una presión ligera y no interrumpen la circu-

Nuestras labores.





Delantal y trajecito de hilo rosa y azul natties.

lación de la sangre. Las mujeres del Extremo Oriente cuidan de sus uñas como si fueran piedras preciosas y encierran las puntas de sus dedos en estuches de oro y de marfil que los protegen contra todo roce perjudicial. Esto ya resulta muy exagerado: en el justo término está la virtud.

El color de las uñas es casi más importante que el de las manos. La uña perfecta ha de ser sonrosada como el pétalo de una rosa y brillante como un ágata. Para conservarles este brillo y este color hay que dedicarles un rato diario. Con una pasta y unos polvos buenos y un *polissoir* grande, cubierto por fina gamuza, adquieren el brillo necesario y no hace falta acudir a esos barnices de mal gusto que tanto afean las uñas con sus colores chillones y que a la larga suelen resultar hasta perjudiciales. Las uñas débiles se fortifican frotándolas con limón o con un poco de agua oxigenada. Nunca se deben cortar, sino limarlas suavemente, corrigiendo a diario su forma.

NUESTROS NIÑOS

Si la sencillez es actualmente la nota *chic* de la moda, en tratándose de niños es lógico acentuarla. ¡Debemos pensar ante todo en la comodidad de nuestros pequeñuelos y nunca vestirlos de manera que no puedan correr, jugar y retozar a sus anchas. Hace pocos días estuve en una linda fiesta infantil y recuerdo con verdadera conmiseración a un pobre niño maravillosamente bien vestido que no se atrevió en toda la tarde ni a moverse, recordando, sin duda, las recomendaciones que le hiciera su mamá antes de salir de casa. ¿Qué necesidad hay de vestir a un niño con terciopelo y raso habiendo tanta pana y tanto crespón lavable en el mundo?

Los trajecitos de punto resultan muy prácticos y bonitos. Los niños pueden llevar los pantalones con blusas de seda lavable blanca y una chaqueta del mismo punto. Las niñas, ya sea unos trajes rectos completados por abrigos iguales o unas falditas tableadas de alguna lana fina con un pull-over haciendo juego. Una mamá que sepa tejer puede confeccionar ella misma preciosos y originales modelitos.

Los hilos de colores son también, ahora que llega el verano, un bonito material para delantales y trajes ligeros.

Uno de los modelos que reproducimos aquí es de crespón de lana blanco. Esta tela resulta muy poco práctica si no se tiene la precaución de lavarla con gasolina antes de hacer el traje. Así encoge lo que tenga que encoger y se puede limpiar después siempre con este mismo procedimiento, sin necesidad de mandarlo al tinte. Los bordados que lo adornan son azul marino y rojo. Un abriguito haciendo juego y un fieltro muy suave blanco con cintas azul marino y rojo, completan este monísimo indumento.

En cuanto a abrigos, los más elegantes son los de hechura sastre. Aquí tenéis tres modelos para distintas edades. De dos a siete años: abrigo de lana jaspeada blanco y rojo. Se puede hacer en lana azul pastel. De siete a doce años: abrigo de lana verde claro con trabilla. Fieltro igual. De doce a quince años: Abrigo recto de lana beige. Llevado con el adjunto traje de crespón, resulta un bonito «ensemble».

Desde el proximo número irá dedicada una parte de este sección a Su Majestad el Bebé, tirano alegre y sonrosado de nuestros hogares.



CONSEJOS ÚTILES

UN BUEN PELUQUERO

Fernando L. Gamboa, diplomado en París, 1927, en permanente. Ondulación Marcel. Aplicación de tintes. Conde de Aranda, 5, bajo. Teléfono 52.933.

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc.,, y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid. Casa de gran confianza. Teléfono 646.



Sencillo traje de crespón o de seda lavable blanco.

CADA DÍA ES MAYOR

la demanda de los comprimidos Dakin-Sotih, que tan brillantes resultados ofrecen para lavados de heridas, supuraciones, higiene, etc. Diríjanse por correo o personalmente al Laboratorio Hitos, Serrano, 44, y refiriéndose a este consejos obtendrán una muestra gratis.

RECOMENDAMOS A NUESTROS LECTORES

hagan siempre sus compras en la gran perfumería de Alvarez Gómez, Sevilla, 2. Su agua de Colonia concentrada goza de fama mundial.

NUESTRA CASA

PARA TENER HOY DÍA UNA CASA BIEN PUESTA no se necesita mucho. La gran tendencia de la moda a simplificarlo y facilitarlo todo impera también en este terreno. Lo mismo que un traje es más *chic* cuanto más sencillo y más *sport*, los muebles verdaderamente elegantes son los más sobrios en sus líneas y más cómodos en sus formas. Los alemanes y los americanos nos dan el ejemplo: no les basta con que un sillón sea bonito, tiene también «que invitar a sentarse»; no es suficiente el que un estante «adorne una pared» si no cumple con su verdadero objeto: el dar cabida a buen número de volúmenes... Y así han combinado la estética con la forma y nos presentan modelos de casas tan confortables y bonitos como los que hoy ilustran estas páginas.

EL VERDADERO ARTE de una buena ama de casa es el del aprovechamiento. Todo sirve; de todo se puede sacar partido. Y así veremos convertidos los tisúes y terciopelos de nuestros trajes de baile en artísticos cojines y tapetes, los retales de crespón y de encajes de oro y plata en lindas pantallas, y nuestros fieltros viejos nos servirán para originales incrustaciones en rasos y crespones. El próximo número de COSMÓPOLIS traerá varias labores de este estilo. Los detalles son el todo. Ellos ponen su sello de esmero y elegancia en el interior más sencillo.

PARA AHORRARSE EL TINTE. Todos o casi todos nuestros trajes quedan como nuevos con el lavado en gasolina. En una palangana con un litro de gasolina, aproximadamente, se lava bien la prenda, teniendo cuidado de frotar suavemente hasta que desaparezcan las manchas. Después se tiende y se plancha antes de que esté seca del todo. Para teñir en casa en caliente o en frío son las pastillas «Sax» lo mejor.



Despacho. Proyecto del profesor Paul Griesser.

UNAS CUANTAS BUENAS RECETAS DE COCINA

HUEVOS SÉSAME

Se unta con manteca un plato de huevos al plato; se forra el fondo con pedazos muy finos de queso Gruyère, sal y pimienta; encima se rompen huevos en crudo y se cubren con un poco de leche. Espolvoréanse de queso de Gruyère rallado y se cuecen en el horno.

LANGOSTA A LA AMERICANA

Una langosta viva se corta en pedazos regulares y se recoge toda la sangre que suelta. En un plato de saltear con aceite frito y un trozo de manteca de vaca, se rehoga una cebolla grande picada, con una zanahoria y un ramito atado de hierbas aromáticas. Saltéese ligeramente la langosta en crudo y sazónese de sal, pimienta Cayena, un poco de nuez moscada y un ajo triturado.

Cuando comience a colorearse un poco, se rocía con buen coñac, el que se enciende a fin de evaporar el alcohol y que quede solamente la esencia; ya quemado se le aumenta salsa de tomate, se tapa la cacerola y se cuece a horno fuerte, durante unos veinte o veinticinco minutos; pasado este tiempo se retira y se procede a refinar la salsa del modo siguiente:

Trozo por trozo de langosta se traslada a otra cacerola limpia y se pasa la salsa por el tamiz. Se hace cocer ésta y si resultase demasiado espesa se le echa algo de caldo, se espuma bien, se le añade un poco de pimienta Cayena, para que tenga gusto a picante, y manteca de vaca. Se vierte la salsa en la cacerola a la que hemos trasladado la langosta, se tapa y se deja cocer durante cinco minutos más.

Sírvase siempre muy caliente, y adórnese con costrones de pan frito y perejil picado.

SOUFFLÉ DE «FOIE-GRAS»

Se machaca un buen trozo de *foie-gras*, trufas, salsa bechamela y dos o tres yemas. Se pasa por tamiz, añadiendo nata y dos o tres claras montadas.

Colóquense en una fuente honda untada, o en moldecitos, o en cajitas de papel, y se meten en el horno en el baño de María. Cuando han aumentado el doble de su volumen, se sirven en el acto muy calientes.

BIFTECS SALTEADOS AL JEREZ

El biftec bien hecho y servido requiere que sea hecho al mismo tiempo que se ha de servir, pues de lo contrario ya no es un verdadero biftec, tanto en la tardanza de comerlo, como en el tiempo que se esté pasando en el fuego.

Se corta el biftec de esa parte del solomillo, en pedazos de unos cuatro dedos de ancho, y se aplastan con la espalmadera hasta dejarlos sólo del grueso de un dedo y medio de espesor.

Sazónense de sal, pásense por manteca derretida y ásense a la parrilla o fríanse con manteca en la sartén a fuego vivo.

El punto de su cocimiento es a gusto de cada cual. En Inglaterra lo comen sangriento, porque es de mucha más nutrición. Colóquense en una fuente con manteca a la mayordoma.



MANTECA A LA MAYORDOMA

Se toma un buen trozo de manteca de vaca y se le añade perejil picado muy fino, sal, pimienta blanca en polvo y bastante zumo de limón y se aplastan bien estos ingredientes.

ESPÁRRAGOS A LA GITANILLA

Los espárragos son cocidos con agua y sal y servidos en fuente con servilleta; se guarnece la fuente con un huevo escalfado por cada comensal, la clara recortada, y otros tantos costrones de pan frito en forma redonda y cubiertos con yema de huevo duro, al que se le habrán mezclado algo de mostaza y mayonesa. Salsa a la vinagreta, aparte.

TARTA DE NUECES

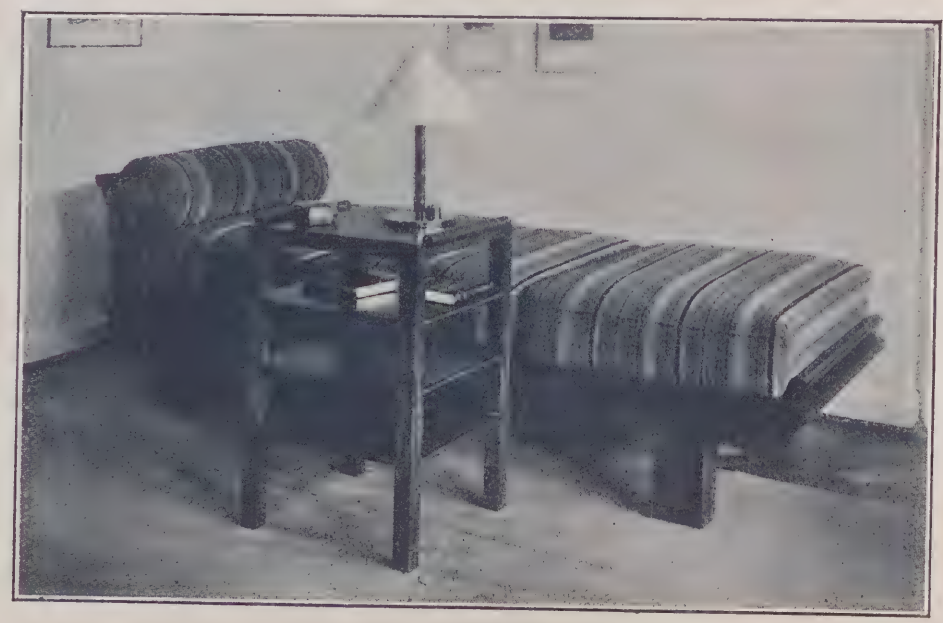
Se machacan 125 gramos de nueces y 125 de avellanas, todo junto. Mientras se machacan se remojan con una copa de coñac; luego se pone esta combinación en una vasija y se trabaja con 250 gramos de azúcar en polvo y 12 yemas de huevo; cuando resulte esta pasta esponjosa, se le adiciona seis claras montadas a punto de merengue, 75 gramos de harina y se pone a cocer a fuego suave en un molde redondo o liso que esté previamente untado de manteca o enharinado.

Cuando esté cocido se forra con una ligera capa de confitura de albaricoque, después se glasea al fondant de café, decorándole con medias nueces acarameladas.





Biblioteca.

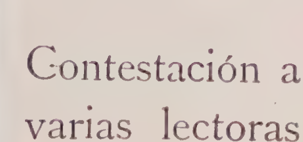


Cuarto de descanso.



Dormitorio.

Proyectos del profesor Paul Griesser.



Contestación a varias lectoras

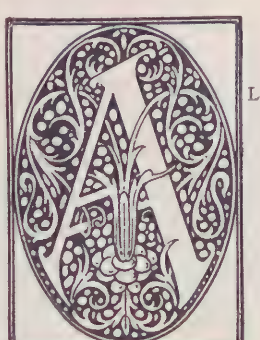
Por llegar sus cartas estando ya este número de COSMÓPOLIS en prensa, no puedo contestarles todo lo extensamente que desearía. En el próximo hablaré sobre los cuidados que deben prodigarse a cejas y pestañas.

1. Desde luego no se debe aplicar el «Taki» en las cejas.
2. Una buena crema para el cutis es la «Tokalon».
3. El «Cendres de roses» se vende en todas las perfumerías de Madrid. Hay dos tonalidades: para rubias y morenas.
4. El «Indian Ciloil» debe aplicarse en las pestañas con un cepillito y en escasa cantidad. No se usa de día, sólo por las noches antes de acostarse. Se vende en Madrid en casa de las modistas «Power», Fuentes, 9.
5. El «Tangee» es el lápiz para los labios más consistente y disimulado que conozco. También se vende en las mejores perfumerías de Madrid.
6. No recomiendo ningún líquido para los labios. En general, los reseca mucho y nunca queda bien por igual.

Ante la Pantalla



Los elementos con que cuentan los productores extranjeros y los que tienen los españoles



L enjuiciar—desfavorablemente, si se quiere ser sincero—la producción nacional es frecuente incurrir en una injusticia que ha adquirido ya fuerza de tópico. Me refiero a la afirmación, repetidísima, de: «En España no tenemos directores».

No voy a decir de un modo terminante lo contrario; nada más lejos de mi propósito que sentar tan temeraria conclusión. Lo que sí aseguro, sin miedo a que nadie pueda contradecirme con argumentos serios, es que en España «no sabemos» si tenemos o no directores cinematográficos.

¿Puede saberse si el artista que trazó un cuadro sobre lienzo de mala calidad, con pinceles deteriorados, ausencia de modelos y carencia de colores, es un pintor bueno o malo?... A buen seguro que no habría compañero ni crítico capaz de opinar con tan insuficientes elementos de juicio. A la vista de una obra, con esos medios y en esas condiciones ejecutada, lo más que podría hacerse sería colegir si el que aquello hizo podría o no triunfar de un modo definitivo cuando se le dotase ampliamente del material necesario para poder producir bien.

Y aun así sería más fácil equivocarse que acertar, pues lo probable sería que el que produjo peor con elementos deficientes—por no amoldarse a ensayos de esa naturaleza—realizase una labor extraordinaria al dotársele de todo, mientras que el discreto, el acostumbrado a constreñirse a lo que hubiera, teniendo el vicio originario de sacar partido a lo poco, se hiciese un jaleo con lo mucho y no supiese por dónde se andaba.

Pues en esas condiciones se encuentran nuestros directores cinematográficos. Todos, sin excepción, se han quedado sin saborear el éxito unánime, franco, merecido, cuando han trabajado dentro de casa. Benito Perojo, Florián Rey, José Busch, Eusebio Fernández Ardavín, Carlos Fernández Cuenca, Antonio Cabero, Agustín G. Carrasco—perdóneme el que olvide y considérese incluído; escribo sin elementos de consulta, a vuela pluma—no me



Esther Ralston

tas: «Está bien seguida la novela», como supremo encomio. Por regla general, el profano en cinematografía no profundiza, *motu proprio*, más; pero si se insiste en preguntarle por detalles, en inquirir mayor amplitud al comentario, tampoco es extraño que digan: «La fotografía es demasiado oscura. Y los actores, muy paraditos, poco expresivos», Claro que no les hablemos de *fundidos* ni de *floux*, porque de eso no saben ni una palabra y no los echan de menos, ni pueden apreciarlos.

Quedamos, pues, en que, técnicamente, nuestros directores fracasan en España. Cuando salen al extranjero, sin embargo, dan un rendimiento como el mejor de los americanos o alemanes; forzoso es aquí referirse a Benito Perojo—el único que se ha asomado al mundo—y citar *Boy*, *La condesa María* y, sobre todo, *El negro que tenía el alma blanca*. ¿Son buenos testigos?...

Pues si el único *metteur* español que ha trabajado en Europa lo ha hecho con tan admirables resultados, ¿a qué desconfiar de los otros?... ¿Por qué negar su existencia?... Preferible sería pedir que se les dotase de los medios morales y materiales precisos para competir, con probabilidades de éxito, con los extranjeros, pues a nadie se le oculta el absurdo de un duelo en que un adversario tuviese una ametralladora y el otro una honda de pastor.

Repasad las fotografías que ilustran esta crónica. ¿Habéis visto nada más encantadoramente gracioso que ese niño en el baño?... No se ve la cara del chico, ni apenas el cuerpo, ni casi la actitud, y la escena, deliciosa, hace sonreír con ancha sonrisa, feliz, de buen padrazo. Y ello es por el perro, por ese inteligente animal que sustituye a la niñera con cariño y cuidado ejemplares.

dejarán mentir; saben de sobra que con las producciones «rodadas» en España no han dejado nunca satisfecho *técnicamente* al público y, desde luego, mucho menos a ellos mismos.

He hecho hincapié en lo de que el espectador no ha quedado nunca satisfecho técnicamente, pues el solo hecho de la reiterada permanencia en los carteles de algunas cintas de producción nacional y la cantidad de personas que han desfilado para verlas ha dado la sensación de un éxito económico y hasta artístico que conviene explicar antes de seguir adelante. *La casa de la Troya*, *Currito de la Cruz*, *Malvaloca*, *La Hermana San Sulpicio*, pueden servir de ejemplos para esta clase de triunfos, que se han debido en su mayor parte a causas ajenas a la cinematografía: la principal, la popularidad del título y del autor.

Es corriente oír decir a los espectadores cuando salen de ver una de estas cin-



Adolfo Menjou contrasta violentamente con Emil Jannings.

Bebe Daniels.



El can y el pequeño son las figuras principales de *Teddles* y aseguran de antemano el éxito del *film*. Pues ni el perro ni el chico son cosa del director; el argumentista los necesitaba y se les buscó donde estaban, pagándoles a lo que hizo falta. En España no se encontraría ni uno ni otro; pero si los hubiese, ¿se les habría pagado?...

No hablemos de locales ni de luz artificial, en que España es una verdadera desdicha. Más fácil que construir un estudio o adquirir unos buenos focos es buscar una *estrella* que reuna las debidas condiciones fotogénicas, y no les es dable a nuestros directores intentar siquiera la busca de artistas de esta naturaleza. Cuando no son las trabas económicas—el presupuesto para cualquier cinta española haría sonreír a los cineastas extranjeros—es la voluntad decidida del capitalista la que impone la protagonista como condición indispensable para que la cinta se realice; y el director, ¿qué va a hacer sino sacrificarse y apencar con todo, resulte lo que resulte?

Quizás no sean primeras figuras de nuestra escena—¿por qué buscar los *ases* del teatro mudo entre los del hablado?—; pero es indiscutible que en España hay diez o doce mujeres guapas y con temperamento, que pueden encarnar las heroínas de superproducciones españolas de interés mundial. Con *estrellas* como Esther Ralston y Bebe Daniels, de rostro de líneas tan puras y expresivas, está adelantado el cincuenta por ciento en el camino del triunfo. ¡Cuántas y cuántas muchachas no habrá en nuestra península capaces de poder rivalizar con ellas!...

Y no hablemos de los galanes. Recientemente me contaba un productor nacional—uno de los contadísimos que aun creen que el *cine* necesita mucho dinero para gastar—su entrevista con un aspirante a «Valentino». Como era lógico, mi amigo preguntó al aspirante:

—¿Sabe usted nadar?...

—No, señor—le repuso.

—¿Y montar a caballo?

—Tampoco.

—¿Salta usted bien?...

—No...

—¿Tiene fuerza?

—Poquita.

—¿Guía un automóvil?...

—Muy medianamente.

—¿Patina?

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué tiene para querer hacer películas?...

Y el muchacho, muy serio, afirmó:

—*Smoking*, tres trajes claros, uno azul, *chaquet* y dos abrigos.

Eso es cuanto se cree necesario en España para un actor cinematográfico: buen tipo y ropa. Pero guardándola a esta última ciertas consideraciones: no se le ocurra a usted pedir a uno de estos galanes que se arroje al agua vestido de *frac*, que él no estropea, así como así, seiscientas pesetas.

¿Cómo convencer a estos equivocados de que para el *cine* cualquier tipo es bueno?... La elegancia desenvuelta, la gracia cínica y simpática de Adolfo Menjou son tan cotizables como la noble rudeza, la fuerte atracción de Emil Jannings, y Rodolfo Valentino fué tan célebre por su belleza como por su fealdad Charlie Murray; el secreto en el séptimo arte estriba—como en todo—en tener personalidad.

Y nuestros actores son todos iguales. Si no fuese por los nombres y por los rasgos fisonómicos, no se les distinguiría unos de otros. No os precipitéis a tachar de perogrullada mi aseveración; quiero decir que ninguno marca derroteros diferentes, propios, a su modo de actuar ante la cámara.

Por lo demás, tampoco se les dan amplias ocasiones para poder destacarse más. Los asuntos son todos similares y se desarrollan en reducidos escenarios. Automóviles lanzados, choques de trenes, incendios de suntuosos edificios, explosiones violentas, derrumbamientos aparatosos, no hemos rodado nunca en España. Para una superproducción nacional querrían nuestros directores esa locomotora en que simulan una trágica escena, durante un descanso de su trabajo, Alice White, Donald Reed, Arthur Stone y Lucien Prival. Aquí sé de un argumento que se devolvió a sus autores porque una parte entera se desarrollaba en un tren en marcha.

Con esta penuria de elementos, ¿cómo quieren que haya arte cinematográfico español?... No se puede pretender la obtención de una cinta discreta ni que surja la *estrella* o el *as* ni el *metteur*

famoso. Hay que proporcionar a todos campos en que producirse y no negar las posibilidades del *film* nacional porque hasta el día no se haya probado si hay artistas que lo dignifiquen.

Esperemos que, a fuerza de machacar en el hierro frío de la incomprensión ambiente, la realidad se abra paso con su fuerza avasalladora. En cinematografía—como en toda rama del Arte—España tiene que ocupar por derecho propio un puesto preeminente. No importa que hayamos empezado tarde, que nos quede por recorrer mucho del camino que los demás anduvieron ya. Si me apuran mucho, diré que esto es mejor para nosotros. Mejor, si nos apresuramos, si sabemos tomar la senda en el punto por donde los demás transitan, aprovechándonos de sus avances, adueñándonos de sus progresos. Podemos llegar donde ellos están sin haber sufrido sus tropiezos. Y ¿aun nos quejamos?...

Hay que ser justos y reconocer que los demás han trabajado para nosotros si sabemos ver. Lo que costó años y años conseguir hasta llegar de la primera cinta—aquella salida de los operarios de un taller—a las perfecciones de «Amanecer», «El séptimo cielo» y «La montaña sagrada» está al alcance de nuestra mano, lo tenemos al andar. Podemos dotar a nuestros cinematografistas, debemos dotar a nuestros cinematografistas de los medios mecánicos imprescindibles. Después vamos a juzgarlos fría, implacablemente. Pero después, ¿eh?... Antes es necesario lo otro. Y a ello hay que llegar pronto; hoy, mejor que mañana.

¿Procedimiento?... No hay más que uno para conseguirlo; recordar que un poeta dijo:

«En guerra y en amor, es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.»

y que, si hoy viviese, hubiera añadido:
«¡Y en cinematografía también!...

ADAME MARTÍNEZ

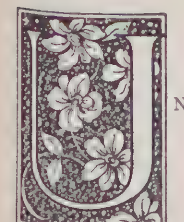


Alice White sufre una broma de sus compañeros Donald Redd, Arthur Stone y Lucien Prival.

Retrato de la duquesa de la Tremoille

UN GRAN ARTISTA ESPAÑOL

DOS JUICIOS AUTORIZADOS SOBRE LA OBRA DE FEDERICO BELTRÁN MASSES



Un triunfador del Arte y de la Vida. Federico Beltrán Masses tiene en sus pinceles el secreto del acierto, el del triunfo. En París, la Meca del artista, ha sabido imponerse con sus cuadros maravillosos.

¿Para qué insistir en un elogio que, por ser de admirados compatriotas, pudiera parecer excesivo?... Recojamos las palabras de algunos significados críticos extranjeros que pueden juzgarle objetivamente, sin temor a peligrosos apasionamientos. Son dos hojas, arrancadas al azar de la corona de laurel que ciñe las sienes del pintor.



Federico Beltrán Masses, durante su estancia en Los Angeles, retrata a Rodolfo Valentino, — el llorado «ídolo femenino—, «disfrazado» de caballista andaluz.



«La maja maldita».

Palabras de Maurice Donnay

Tengo un gran honor saludando a un gran artista moderno, gloria del arte pictórico español y de la pintura: Federico Beltrán Masses.

Dicho esto, yo no me atreveré a hablar de su técnica, de su labor, de sus armonías cromáticas y de ese azul, azul sombrío, intenso, profundo, que llámase ya el «Azul Beltrán». Yo no hablaré de la materia incomparable por medio de la cual *Gitana, Majas, Las damas del mar* son modelados los cuerpos de la mujer, haciendo pensar en los versos del poeta:

«Cuerpo de la mujer,
arcilla ideal,
¡oh maravilla...!»

y en estos otros, menos conocidos, del poeta Charles Cros, cuando aconseja a un pintor amigo suyo:



Retrato de Ramón Albarrán.

«Tú, amigo querido, píntala.
Da, generoso, su retrato en [mil telas.
con tonos encontrados sobre [pieles de serpiente
y en la faz de las estrellas...»

Desde el punto de vista visual, clásico, su obra es una irradiación. Desde el punto de vista intelectual, poético, lírico, su obra es una exaltación. Algunas de sus producciones hacen imaginar cuentos de España y de Italia, en los que hubiesen colaborado Musset, Baudelaire, Henri de Regnier y Maurice Barrés; tanto es lo que ellas contienen de realidad, de ensueño, de sensualidad, de misticismo, de suntuosidad y de belleza. Cierto, entre las criaturas humanas son las más bellas las que busca para pintarlas; pero diríase que bajo el influjo de su mirada todas se hacen más bellas. No es que las «interprete», como se suele decir; mas por su presencia, por su talento, por su genio, ellas se

sienten impulsadas a superarse. Y es que entre el pintor y su modelo debe existir, a mi modo de ver, una especie de colaboración. En el transcurso de una *pose*, si el pintor se siente cansado, un aire de cansancio se reflejará en la fisonomía y en la actitud completa del modelo; si el artista es vulgar, un barniz de vulgaridad. Así, es indudable que la expresión de un hombre que posa sentado delante de un pintor y con las manos en los bolsillos no será la misma que cuando se halla de pie y con una mano en la cadera. Al momento su cabeza toma un aire más noble y orgulloso. Y del mismo modo, si en lugar de estar vestido con un traje color de pizarra o de pan tostado, o de polvo del camino—que le sitúa en la moda y, por consiguiente, en el tiempo y, a veces, en el ridículo—, se envuelve dentro de la sobria dignidad de una capa negra, de donde se destaque la cabeza luminosa; así, por muy bello que sea, aparecerá más bello todavía. Siendo todo eso al tratarse de hombres, ¡qué no sabrá hacer cuando de la mujer se trata! Es usted, mi querido Beltrán, un mago, un animador, un creador de belleza.

* * *

Me han contado que, hace veinte años, dos viejos pintores hablaban:

—¡Ah!—decía uno—, vengo de ver una exposición organizada por unos cuantos jóvenes muy jóvenes. Son sorprendentes... No dibujan ya, no pintan, ignoran todo eso y así obtienen éxito; parece que no otro será el arte de mañana.

Entonces, después de un silencio, dijo el otro, melancólicamente y sin ambages:



Retratos de las señoritas Janine y Claude Raynaud.

—Estamos lucidos.

El hecho es que desde hace veinte años, bajo el pretexto de «bañistas», hemos visto tantas maritornes metidas en el agua sucia, y, bajo el pretexto del retrato, tantas groseras y banales muestras de la figura humana, que estamos tentados de gritar como el viejo pintor: «La pintura de estos individuos es basura».

Afortunadamente, mi querido Beltrán, usted viene a probarnos que la pintura existe aún; es usted uno de los más grandes artistas de nuestro tiempo, puesto que el artista verdadero es aquel cuya obra, sea cual fuere la forma en que se nos presente—escultura, pintura, música o poesía—, excita las más bellas facul-



Retrato de la señora Nini Heriot, a bordo de su «yatch».



Retrato de Lucrecia Bori, la famosa diva española del Metropolitan Ope a House.

tades del alma, despierta las ideas, ensancha el pensamiento y abre de par en par las puertas de oro del ensueño y de la imaginación.—*Maurice Donnay (De la Academia Francesa).*

Palabras de André Dezarrois

Hay en Beltrán Masses una opulencia de la materia y una luminosidad exuberante de la paleta. Es por esto por lo que traspasa España y sus fronteras. Y es por su genio personal por lo que se separa de todos los de su raza: esta fuga, este lirismo, esta pasión grave y segura de sí misma; esta necesidad de amor, de poesía, de mito, de leyendas y todo el sentir profundo de una intelectualidad tan sensual como desconcertante en los primeros momentos. Gustavo Moreau, Delacroix, Monticelli, de los cuales Beltrán es un pariente cercano, pictóricamente hablando, se hubieran apasionado por un arte tan ardiente, tan atormentado, tan frecuentemente hermético.

¡Qué difícil es juzgar una obra como la suya, gestadora de sentimientos tan contrarios! Motivos y temas eternos, fábulas antiguas, heroínas románticas o de Baudelaire, mujeres condenadas, cortesanas, gitanas..., todas aquellas cuyo templo preferido es el que tiene por cúpula la noche azul, donde sus ojos fulguran; imágenes de seres extraños de una viviente Cosmópolis, de un «dandys» decadente, sè ofrecen en toda su humana tragedia a este virtuoso de la técnica y al trazo seguro de su dibujo, en extremo personal. Este dibujo, que diríase nacido de la paleta y que, vibrando con ella, amplifica sobre nuestros nervios la gama de un colorido de resplandeciente esmalte, en el que son el índigo y el verde los elementos que dominan.

André Dezarrois,
(Subdirector del Museo Nacional del Luxemburgo)



Los cuadros de Federico Beltrán Masses durante uno de los viajes del pintor.



El tanto del empate, logrado por Libonatti con el consiguiente júbilo de sus compañeros (Foto Klarle.)

Futbol

El VI encuentro Italia-España

Al finalizar la lucha quedaron empatados italianos y españoles

En el espléndido estadio del Molinón, en Gijón, el acogedor puerto asturiano, miles de espectadores presenciaron el decepcionante VI encuentro Italia-España.

Ausentes a última hora, por lesiones, figuras de relieve en el bando español, fué preciso recurrir a una alineación de fortuna susceptible de desarrollar un buen juego o de fracasar rotundamente como conjunto. Desgraciadamente sucedió esto último. Y gracias a la labor espléndida de Zamora en los quince minutos iniciales del partido y a la activa intervención de Quesada, sostenida con seguridad en todo el curso de la contienda, pudo España ver llegar el final con un empate a uno. Subsiste, por lo tanto, una absoluta igualdad de resultados en el común historial de ambas naciones. El balance arroja en seis encuentros jugados entre sí dos victorias, dos derrotas y dos empates, con cuatro tantos a favor y cuatro en contra; en resumen, una igualdad absoluta.



Samitier, en su rostro retratado el dolor, es conducido a la enfermería (Foto. Klarle)

Marcó España de penalty en el primer tiempo. El defensa italiano Calligaris interceptó deliberadamente con la mano un peligrosísimo pase de Goiburu a Samitier. Y Quesada transformó el castigo en el único tanto español. Lesionado de importancia Samitier, en la segunda parte, cuando los españoles actuaban con sólo diez jugadores, Libonatti, después de una excelente combinación del ataque italiano, lograba el tanto de un empate que había de subsistir hasta el final.



El guardameta italiano De Pra no puede hacer nada ante el colocadísimo tiro de Quesada, que marcó de penalty el único tanto de España. (Foto Klarle.)



De Pra recoge un balón alto (Foto Klarle.)



Zamora despeja con los puños, acosado por Baloncieri (Foto Klarle.)



El equipo italiano (Foto Klarle.)

Desilusionó a los millares de espectadores el partido, porque confiaban, pese a las ausencias de elementos de valía, en una franca victoria española. Y esto no sólo no ocurrió, sino que el equipo nacional español, en una desgraciada tarde, dió una pobre impresión de conjunto frente a la rapidez y compenetración del bando italiano, que, poseído de un exaltado espíritu nacionalista, dió su máximo rendimiento, dispuesto a borrar con una acertada actuación la mala impresión producida en Europa por su aplastante derrota de una semana antes en Oporto, donde el equipo nacional portugués resultó vencedor por un rotundo 4 a 1. Y hay que reconocer que, en Gijón, Italia consiguió rehabilitarse a costa de España.

EDUARDO TEUS





El bando español (Foto Klarle.)

El paso del equipo olímpico argentino por España

La victoria de Madrid y la derrota de Barcelona

*



1



2



3



4

FASES DE LA JUGADA

que originó el primer tanto argentino en Madrid, ilegalmente concedido por el árbitro Díaz, reproducidas de la película del encuentro por autorización especial de la Metro Goldwyn.

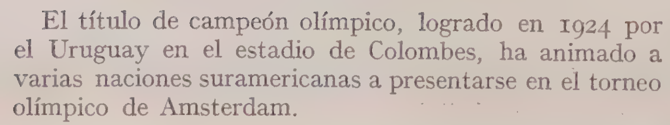
1.—El arquero español Vidal espera que el balón caiga, mientras el delantero argentino Ochoa corre para alcanzarlo.

2.—El delantero Ochoa, antes de que el balón caiga, se dispone a empujar al guardameta madrileño.

3.—El jugador argentino, cometiendo una indiscutible falta, desplaza y empuja con el cuerpo a Vidal, sin preocuparse del balón.

4.—Ochoa introduce claramente con el cuerpo dentro de su meta al arquero madrileño y le impide que alcance el balón.

5.—Gracias a la falta cometida, el balón, que no pudo ser despejado por el arquero Vidal, cae sobre la línea de goal, para introducirse en el marco del Athletic.



El título de campeón olímpico, logrado en 1924 por el Uruguay en el estadio de Colombes, ha animado a varias naciones suramericanas a presentarse en el torneo olímpico de Amsterdam.

Entre ellas se cuenta la Argentina, vencedora este año del campeonato suramericano, la cual, después de elegir cuidadosamente su equipo olímpico, lo ha desplazado con la conveniente antelación a Europa. De paso para Holanda, los argentinos han jugado dos encuentros en España, con fortuna distinta. Vencieron en Madrid, para conocer dos semanas más tarde la derrota en Barcelona. Ocupémonos de estos dos partidos.

En la capital de España, los argentinos se enfrentaron contra el Athletic, equipo clasificado en el último lugar de su grupo dentro del campeonato nacional. El bando cortesano suplió ausencias sensibles de algunos de sus jugadores destacados con elementos del Racing madrileño. El equipo así constituído era bastante modesto, sobre todo si se considera que iba a luchar contra una selección olímpica.

Sin embargo, pese a la lógica superioridad del conjunto argentino, el encuentro resultó competido. Se llegó al fin del primer tiempo con un empate a cero. En los comienzos de la segunda parte sobrevino la jugada reproducida en la serie de grabados que ilustran esta página; jugada que



5



El equipo olímpico argentino, que resultó vencedor en Madrid, constituído por Bossio, Bidoglio, Paternoster; Medici, Zumelzu, Monti; Perinetti, Ochoa, Ferreira, Cerro Orsi. (Foto Ortiz.)



El defensa Bidoglio protege a su arquero, cortando el camino al delantero Sastre. Foto. (Maymo)

valió el primer tanto a los argentinos, pese a su manifiesta ilegalidad. El árbitro argentino Díaz lo dió por válido ante las vehementes protestas del público, que llegó a invadir el terreno de juego. Consiguieron después los argentinos otro tanto magnífico, y esta vez perfectamente legal, de un tiro espléndido de Cerro, que, afianzó de esta forma el triunfo de su equipo, triunfo que aun esmaltado por estos desagradables incidentes, no puede calificarse de injusto, dada la natural superioridad de los olímpicos argentinos sobre un equipo de club.

Concertó la Delegación argentina un segundo y último encuentro en España contra el Barcelona. Seleccionado Samitier para el equipo nacional, lesionados Piera y Sagibarba, y teniéndose dispuesto, con vistas a los próximos encuentros finales del campeonato de España, a varios titulares de la valía de Arnau, Castillo y Más, entre otros, tuvo necesidad el Barcelona de recurrir a formar un conglomerado con elementos de otros clubs. Y esta selección, desde luego inferior al compenetrado conjunto del Barcelona, resultó vencedora por el amplio y convincente margen de cuatro a uno, logrados los cuatro tantos del equipo español por Arocha, y el único de los argentinos por Orsi.

Esta derrota del equipo olímpico argentino causó impresión en España. Es indudable que el triunfo del combinado que se les enfrentó fué absolutamente justo, dirigida la contienda por un árbitro argentino. Los jugadores y delegados argentinos la atribuyen a las adversas y desacostumbradas condiciones en que la lucha se desarrolló, bajo un temporal de agua que obligó a dar por finalizado el encuentro quince minutos antes de su término reglamentario. Es posible que a esta causa obedezca el descalabro; pero deben tener en cuenta los argentinos, en relación con sus posibilidades en la próxima Olimpíada, que en Amsterdam son frecuentes las lluvias en esta época del año, y que en Europa no se aplazan los partidos aunque los campos estén embarrados y la lluvia caiga sin cesar.

Este rápido paso de los argentinos por España imposibilita el sentar un juicio definitivo sobre su valía. Aplacémoslo, por lo tanto, hasta después de Amsterdam. Será lo más prudente. Limitémosnos por ahora a dar cuenta, como lo hacemos, de su poca brillante actuación en España.

E. T.



Posa ante el objetivo fotográfico, bajo la llovizna, el equipo olímpico argentino que había de ser minutos después ampliamente derrotado (Foto. Maymo)



El arquero Bossio desvía el tiro de Sastre, pero no puede impedir después el remate de Arocha (Foto Maymo)



Bossio despeja ágilmente con el puño un balón alto (Foto Maymo).



Entra valientemente el catalán Sastre al remate; pero Bossio sortea la acometida, bien sujetado el balón (Foto Maymo.)


PLATA
MENESES
MARCA DE FABRICA
Vda E HIJOS DE EMILIO MENESES
S EN C
Casa fundada en 1840
ÚNICO DESPACHO
PLAZA DE CANALEJAS 4, MADRID
FÁBRICA, CALLES DE D. RAMON DE LA
CRUZ Y NÚNEZ DE BALBOA
Sucursales ó corresponsales
en toda España
APARTADO DE CORREOS 186
PENAGOS
XXVII



La tripulación de Oxford termina la regata completamente agotada. *(Foto. Ortiz).*

REMO
LA APASIONANTE REGATA ANUAL ENTRE OXFORD Y CAMBRIDGE

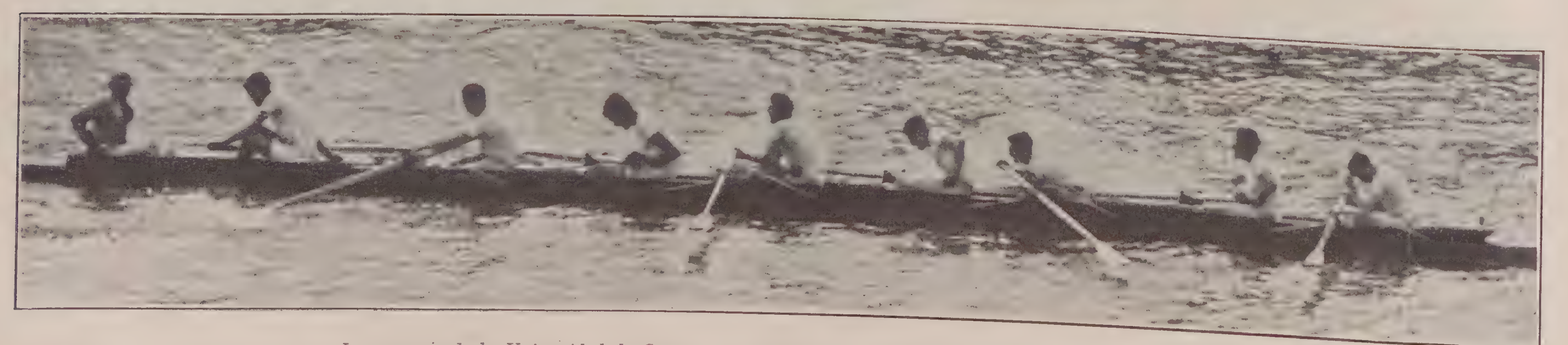
Una vez más falló el pronóstico. Los técnicos, los enterados, los que habían seguido con detenimiento el cotidiano entrenamiento de las dos tripulaciones no vacilaron en designar la embarcación favorita. Oxford tenía que ganar este año. Sus remeros habían demostrado poseer una mejor clase y los tiempos realizados en las sesiones preparatorias de la gran prueba les eran francamente favorables.

Y sucedió todo lo contrario. Cambridge, a la que se le concedía escasas probabilidades de vencer, triunfó en toda la línea. Siempre delante, fué aumentando su ventaja todo a lo largo del clásico recorrido que va desde Putney a Mortlake, tardando veinte minutos con veinticinco segundos en recorrer los 5.840 metros que separan estos dos sitios. Al final, la ventaja adquirida sobre la desalentada y agotada tripulación de Oxford excedía de diez largos.

Logró la victoria en forma rotunda el estilo americano adoptado por Cambridge. La remada fuerte, vigorosa, se adjudicó el triunfo sobre el cuidado estilismo de los de Oxford. Van celebradas 79 regatas; de ellas, 40 ha ganado Oxford, 38 Cambridge y una se anuló sin repetirse la prueba. La serie de éxitos obtenidos estos últimos años por Cambridge le aproximan peligrosamente en el historial al Oxford y no parece lejano el tiempo en que se registre una igualdad de victorias entre las dos grandes universidades rivales.



En los primeros momentos de la lucha, antes de que Cambridge tomara neta ventaja. (Foto. Ortiz).



Los remeros de la Universidad de Cambridge finalizan vencedores sin denotar extremada fatiga *(Foto Ortiz).*

LA COPA DAVIS, LA FAMOSA PRUEBA MUNDIAL

España elimina a Chile

El sorteo determinó que España comenzara su lucha en el torneo internacional de la célebre Copa Davis con su encuentro contra Chile.

Los hermanos Torralva representaban a la nación suramericana, mientras España concedía esta misión a los jugadores catalanes Sindreu y Juanico en los partidos individuales, y a la pareja Flaquer-Morales para el doble.

Dura y competida resultó la contienda. El primer día, España y Chile terminaron igualadas con una victoria cada una. Al siguiente, los chilenos vencieron en el «doble», único partido que se jugó. En la última jornada tenían los españoles que triunfar en las dos pruebas individuales, para clasificarse. Difícil tarea encomendada a Juanico y Sindreu. Éstos estuvieron a la altura requerida por las circunstancias, y en un admirable esfuerzo lograron el doble triunfo que permitía a España seguir adelante en la Copa Davis, a costa de la eliminación de Chile.

He aquí los resultados de los partidos:

Sindreu vence a D. Torralva, por 6-3, 6-2, 3-6 y 6-3.

L. Torralva vence a Juanico por 6-4, 6-2 y 6-2.

Hermanos Torralva vencen a Flaquer-Morales, por 4-6, 6-2, 6-2, 8-10 y 6-2.

Sindreu vence a L. Torralva, por 6-4, 7-5 y 6-4.

Juanico vence a D. Torralva, por 6-4, 4-6, 6-2, 3-6 y 6-1.

Han destacado en estos encuentros, por las excelencias de su juego, el chileno Luis Torralva y el español Francisco Sindreu.



Luis Torralva



Sindreu



La pareja Flaquer-Morales

Domingo Torralva



Juanico



Los hermanos Torralva jugando el doble (Fotos Maymo).

EL REGRESO DE PAULINO UZCUDUN A ESPAÑA



Paulino Uzcudun

En Guipúzcoa se le tributa una entusiasta acogida



El automóvil que conducía al popular boxeador vasco se abre difícilmente paso por las calles de San Sebastián, entre los miles de paisanos que lo aclaman. (Foto Carte).

Hace veinte meses partió para Suramérica Paulino Uzcudun, con su título de campeón de Europa, decidido a enfrentarse con Luis Firpo, el gigantesco argentino, el único que había logrado de un puñetazo lanzar a Dempsey fuera de las cuerdas en una memorable pelea.

Pero el argentino, retirado de la lucha activa, excesivamente gordo, con muchos kilos de grasa, no quiso recoger el reto de nuestro campeón, y Uzcudun tuvo que abandonar Buenos Aires, sin que el propósito que hasta allí le llevó lo viera realizado.

Camino de Nueva York, la moderna Meca del pugilismo, el formidable boxeador vasco abatió en pocos minutos en la capital de Cuba a O'Grady y Fierro, adversarios que se le opusieron. Después... creemos innecesario recordar su duro y difícil batallar en Norteamérica, seguido de sus menores detalles por la prensa española.

Vencedor en la mayoría de sus combates, sólo conoció tres veces el amargor de la derrota, frente a Risko, Delaney y Godfrey. Y de estas tres derrotas, en realidad sólo existió una, pues las otras dos que se anotaron en su historial, ante los últimos pugilistas nombrados, sólo fueron logradas con el auxilio parcial de los árbitros.

Triunfador del neozelandés Henney, calificado recientemente para combatir contra el campeón mundial Tunney, el vasco Paulino, el boxeador que nunca ha sido derribado en ningún combate, ha regresado aureolado por la fama a su patria, justificando el entusiasmo de sus paisanos al hombre que puso de relieve fuera de España la enorme fortaleza de la vieja raza vasca.



La llegada al hogar rodeado de su madre y hermanos. (Foto-Carte)



Una actitud casi fotogénica del rudo ex leñador de Régil. (Foto Carte)

Diversos acontecimientos deportivos



El chalet del aristocrático Club de Puerta de Hierro, donde se ha celebrado el encuentro de golf entre Francia y España.

(Foto Vilaseca-Contreras)

Golf.—Se ha celebrado en los «links» de Puerta de Hierro el encuentro Francia-España. La victoria correspondió a los jugadores españoles con un amplio margen de victorias. Representaban a las dos naciones los siguientes jugadores: Francia: Maneuvrier, Gobert, R. Le Quellec, San Le Quellec, Chaveau y duque de Mouchy. España: Javier Arana, José Ibarra, Pedro Catres, Luis Olábarri, duque de Bournonville y José Vallejo.—El resultado final fué favorable a España con 6 victorias y 2 empates, o sea 7 puntos; mientras Francia obtenía una victoria y 2 empates, en total 2 puntos.

Rugby.—Está en sus comienzos la práctica de este deporte en España. Nuestros jugadores, poco acostumbrados a los encuentros internacionales, apenas pueden aun oponer resistencia a sus vecinos los franceses. No es, por lo tanto, extraño que España fuera derrotada en Burdeos por 53 puntos a 5. Pero perdiendo se aprende, y contemplando las luchas entre grandes equipos se perfecciona una técnica. Por esto, nuestros jugadores vencidos en Burdeos se trasladaron a París, donde presenciaron el magnífico encuentro entre Francia y el País de Gales.

Hockey.—Jugóse en Madrid, en una tarde infame de lluvia y viento, el partido final del campeonato de España. Renovó el título de campeón el Athletic madrileño al vencer por 1 a 0 al Universitary de Barcelona.



Un momento interesante del partido jugado en Colombes entre Francia y País de Gales. (Foto. Consorcio Internacional.)





El equipo del Athletic madrileño, campeón de España de hockey por su victoria sobre el Universitary de Barcelona.

(Foto Álvaro.)



TRES PUNTOS ROJOS

Novela de aventuras
Original de SEE ADCOME,
Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

Ilustraciones de FEDERICO RIBAS

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Mientras lucía—siguiendo los consejos amistosos—el «doble» de su magnífico brillante en una cena en casa de los marqueses de los Almogávares, a la que sólo asisten, con ellos, los duques del Valle y un explorador inglés, los audaces ladrones que se ocultan bajo la denominaicón «Tres puntos rojos» le roban—según habían anunciado—el soberbio «pendentif».

Emilio Roldán, sagaz agente encargado de descubrir a los ladrones desde hace tiempo, se desespera ante su tercer fracaso frente a «Tres puntos rojos»; y más cuando, al salir del palacio de los marqueses, encuentra en un bolsillo de su abrigo una burlesca carta suscrita por «Tres puntos rojos».

III



Y hace mucho tiempo que la tiene el doctor en tratamiento?...

—Apenas tres semanas. Y, sin embargo, ya ha experimentado alguna mejoría.

—¡Oh, y la curará por completo!... Muñoz Cañal es una verdadera eminencia.

Ricardo Hernández hablaba con fervor de iluminado. Junto a él, silenciosa, arrebujada en los pliegues sedeños del abrigo, Soledad le oía, inmutable. Fulgían las blancas paredes y los muebles blancos—asepsia, antisepsia—de la salita de espera, donde media docena de pacientes aguardaban su turno. Abierta sobre las frondas del Retiro la vidriera del amplio balcón, gozaban, unos, de las caricias de un sol prematuramente vernal; leían las revistas o libros que sobre la mesita central se amontonaban, algunos, y charlaban, en voz muy queda, con sus familiares, los más.

—Es un psiquiatra maravilloso—proseguía el duque del Valle—. Neurastenia o locura, no hay forma de la debilidad cerebral que se le resista.

Esperanzado, su interlocutor oprimía discretamente la mano de su compañera, una muchachita rubia y paliducha, cuyas facciones, correctas, inmovilizaba en idiota expresión la parálisis progresiva. Y, con un temblor de emoción rompiéndola la voz, suspiró:

—¡Hágalo el cielo!... ¡Porque *esto,* a los tres meses de casados, es espantoso!...

* * *

La puerta que conducía al despacho del doctor se abrió sin ruido, y la figura albísima de una enfermera se recortó en el vano:

—El número veintitrés...

Ricardo tendió la diestra a su interlocutor, tomó luego del brazo a su mujer, y, tras ellos, la enfermera cerró lentamente. Avanzando, rápido, a su encuentro, Ernesto Muñoz Cañal no supo ocultar su sorpresa:

—¿Cómo?... Pero ¿eran ustedes?

—Debía usted esperarnos, doctor—repuso el duque, acomodando a Trinidad en una butaca y haciéndolo él en un asiento cercano—, ¿o es que no ha leído usted en la Prensa los hechos misteriosos acaecidos anoche en el palacio de Almogávares, mientras le sustraían en su hotel el *pendentif* famoso a Soledad Hontoria?...

—En absoluto. No he tenido en todo el día un solo minuto mío. Pero, en fin, lo esencial es que los nervios de mi enferma han vuelto a rebelársenos, ¿no?...

—Estuvo muy tranquila, muy dueña de sí mientras permanecimos con Bernardo y Emilia. Hasta ayudó a Soledad a atender a la Almogávares, desmayada por el susto y las emociones. Pero ya en el coche le empezó el ahogo y el temblor... Tuve que subirla a casa poco menos que en brazos. Y luego... ya sabe usted: risas, lágrimas, convulsiones...

—¡Exagera, doctor!—rectificó Trinidad—. Bien lo comprende usted. Cierto que me afectó mucho, que no soy muy fuerte, pero...

—Bien, bien. No es usted voto de calidad en este asunto, duquesa.

Mientras hablaba, Muñoz Cañal oprimió un botón, y la enfermera se presentó—siempre sin hacer ruido—por una puertecita disimulada en el zócalo de nogal tallado.

—Emilia, ayude a la señora duquesa a quitarse el sombrero y acompáñela al laboratorio.

Y en tanto que las dos mujeres se disponían a obedecerle, explicó al duque en voz baja:

—Unos minutos de sueño hipnótico y recobrará su energía. No se mueva usted de aquí; ya sé que le impresiona verla dormida...

Por la misma puerta secreta—encorvando su alta estatura para no tropezar con el dintel—, el doctor Muñoz Cañal salió de la estancia.

* * *

Ante un sillón de alto respaldo, Trinidad Hernández esperaba. Sus cabellos, negrísimos, libres de la prisión de la diminuta toca de paja y fieltro, daban mayor palidez al rostro que enmarcaban. Junto a ella, la enfermera no la perdía de vista, en previsión de cualquier accidente.

—¿La ha tomado usted el pulso, Emilia?—demandó el doctor.

—Está débil, pero puede resistir—susurró la interpelada.

—Veamos, veamos...

Su diestra se apoderó de una de las muñecas de la duquesa, que se estremeció súbita, con un calofrío de todo su ser. Imperturbable,



Ernesto escrutaba su reloj de pulsera; Emilia, tras de encender un potente reflector eléctrico, cerró el balcón inundado de sol y corrió sobre las maderas pesados cortinones, fabricando una noche artificial.

—Bien, bien—aprobó el psiquiatra, soltando el pulso de la enferma—. ¿Quiere usted tener la bondad de sentarse, duquesa?...

Parecía no oír Trinidad Hernández. Suave, capciosamente, la ayudanta fué conduciéndola al sillón, donde, al fin, quedó sentada; y a una seña de Muñoz Cañal, dejó solos a ambos.

Enfocó el médico al rostro de la paciente el rayo del reflector. Cerrados los ojos, casi exangües los labios, la duquesa del Valle parecía una muerta. Acercó una silla hasta colocarla frente al sillón en que ella reposaba e hizo que la luz le iluminase a él solo.

—Abre los ojos... ¡Mírame!—ordenó.

Semiinconsciente obedeció la mujer, y el terror se pintó en sus facciones. La voluntad poderosa de Ernesto Muñoz Cañal operaba, una vez más, el milagro que repetía varias veces al día; transfigurado su rostro, fijos los ojos en los de la enferma, cruzada la frente por un ancho pliegue perpendicular, aumentada la dureza del mentón en un reconcentrar de todas sus potencias, ya no era el hombre de mundo que todos conocían, sino el dominador, «el amo».

—¡Duerme!... ¡¡Duerme!!—apremiaba.

Aquellas pupilas dominadoras crecían, crecían incesantemente, apoderándose de su voluntad, de sus nervios. Opaca, densa la atmósfera, resonaban, secas, las palabras imperativas.

—¡¡Duerme!!... ¡¡¡Duerme!!!

Trinidad Hernández hizo un supremo esfuerzo por libertarse; pensó en Ricardo, que, unos metros más allá, la esperaba inquieto, desasosegado; quiso gritar y no pudo; pesadamente sus párpados se cerraron. Segundos después había entrado en los límites de la inconsciencia plena.

* * *

Aun bañaban los últimos reflejos dorados las azoteas del barrio de Salamanca cuando los duques del Valle abandonaban la consulta del doctor. Pálida todavía, Trinidad se sentía más fuerte, más segura, con una mayor sensación de tranquilidad.

—¿Vamos un rato al Retiro?—propuso al subir en el auto-móvil.

Se empeñó en llevar ella misma el volante, en que debían ir solos los dos. Ricardo no tuvo más remedio que ordenar al mecánico que esperase en casa su regreso y tomó asiento a su lado, dichoso de verla reír. ¡Aquel Muñoz Cañal era un verdadero sabio!...

Una, dos, tres veces recorrió, lento, el coche el amplio camino. Luego pararon junto a la Rosaleda, y con júbilo infantil, con carreras y risas de obrerita en domingo, tomó a su marido de la mano y se empeñó en subir al mirador rústico. El perfil madrileño comenzaba a difuminarse en el tenue rosa crepuscular, y el primer lucero parpadeaba, tímido.

—¿Qué tal desde anoche, duquesa?...

En la mano el sombrero flexible, Emilio Roldán se hallaba ante los esposos. Besó, cortés y ceremonioso, la mano de ella y continuó, al tiempo que estrechaba la de él, vigorosamente:

—No les creía tan amigos de la Naturaleza... Yo vine aquí para reposar un rato, para abstraerme de lo que me rodea, para olvidarlo todo...

—Y pensar sólo en «Tres puntos rojos»—insinuó el duque.

—Créame: eso es lo que más querría olvidar.

Avanzaba la oscuridad rápidamente y las cornetas de los guardas del Parque daban sus últimos toques avisando a los rezagados. A ruegos de los duques del Valle, el policía montó en su automóvil, aunque sin consentir que ninguno de los cónyuges le acompañase en el asiento posterior; empuñó Trinidad el volante y, antes de enfocar la calle de Alfonso XII, consultó:

—¿Dónde quiere usted que le dejemos, Roldán?...

—En mi casa, si son ustedes tan amables... Vivo en uno de los últimos edificios del paseo de las Delicias; yo les indicaré dónde, porque la numeración es un verdadero laberinto.

Guiaba bien Trinidad Hernández. Entre el tráfico incesante de aquella parte del Madrid fabril, el automóvil se deslizaba intrépido y precavido a un tiempo, acreditando un raro dominio del volante. Su marido, sin embargo, no perdía de vista ninguna de las maniobras que realizaba; aun no diciéndola nada, para evitar azoramientos peligrosos, estaba siempre dispuesto a intervenir, evitando cualquier accidente.

Ya muy avanzado el paseo de las Delicias—era noche cerrada y sólo, lejanos entre sí, los faroles rompían las sombras en el pequeño radio de sus luces azuladas—, Ricardo se acordó de su invitado y se creyó en el caso de insistir:

—Usted nos dirá dónde paramos, ¿eh, Roldán?...

Y como no obtuviese respuesta, volvió la cabeza y un grito se escapó de sus labios:

—¡Para, Trinidad, para!...

Frenó en seco la del Valle, y su asombro, su terror, fueron pares de los de su marido: en el asiento que ocupaba Emilio Roldán había un tarjetón con tres puntos rojos; *pero Emilio Roldán había desaparecido.*

IV

Unos golpes dados suavemente sobre la madera de la puerta le despertaron. Aún en las brumas del sueño, respondió de manera maquinal:

—Adelante...

Volvió a cerrar los ojos y pretendió seguir durmiendo. Repiquetearon unos pasos, menuditos y breves, sobre el *parquet* encerado; luego debió descorrerse alguna cortina, pues una luz vivísima, un sol cegador le obligó a cubrirse la frente con el brazo.

—¡Cierra, hombre, cierra!...

Como no le obedeciesen, se incorporó en el lecho y giró una mirada por la estancia, la sorpresa dibujada en sus facciones todas. ¿Qué alcoba era aquélla?... Porque la suya, estaba bien seguro de que no. Y Pedro, su criado, tampoco era—¡qué iba a ser, hombre!—aquella gentil doncellita que le acercaba una mesa sobre la que un espléndido desayuno constituía la tentación del más inapetente.

—¿No le gusta al señor lo que le he traído?... Como ignoramos sus costumbres...

Emilio Roldán se restregó los párpados, pellizcó su brazo hasta casi hacerse sangre. Aquello era un sueño; sí, un sueño. ¡Pero él no estaba soñando!...

Tomando, sin duda, por aquiescencia su silencio, la doncella se encaminó a la puerta; la detuvo en seco:

—Un momento, muchacha...

—María es mi nombre, señor—repuso volviéndose.

—Pues bien, María: ¿puede usted decirme dónde estoy?

Sonrió la sirvienta y movió la cabeza.

—No me está permitido, señor... y créame que lamento no poder complacer al señor.

—¡Bueno!... Pero al menos ¿le autorizan a usted para explicarme cómo he venido?...

—Eso tampoco lo sé yo, señor.

A Roldán empezaba a faltarle la paciencia; pero todavía insistió:

—Al menos dígame cuántos días llevo en esta casa...

—Apenas unas horas, señor. *Le trajeron* anoche.

El estupor le hizo enmudecer. Aprovechando su silencio, María salió de la alcoba.

* * *

Cuando se vió solo, saltó del lecho. Un pijama de seda sobriamente elegante le cubría; a los pies del lecho, un batín no menos a la moda. Se envolvió en él y, de modo maquinal, buscó la pitillera en el bolsillo. Al no hallarla, como de costumbre, sonrió de su puerilidad: había olvidado que Pedro no había podido guardarla en él.

Sobre una silla descubrió su traje, sus zapatos, su sombrero. Relucía el calzado y no había una mota de polvo en la ropa. En su lugar acostumbrado, la petaca, el encendedor, la cartera, la estilográfica, el pañuelo—lavado, planchado y con muy discreto perfume—, todo; todo... menos el revólver, naturalmente. Lo había buscado a sabiendas de que no lo hallaría.

Encendió un cigarro y se asomó a la ventana. Estaba abierta en una amplia fachada de ladrillos rojos y a una altura de doce o quince metros sobre el nivel del suelo. Ni una puerta en toda la pared; sólo otras ventanas similares a ambos lados y en los pisos superior e inferior.

Prosiguió el examen. Ante la casa, un extenso parque, un poco descuidado; quizás, por eso mismo, más atrayente. Unos árboles lejanos y de gran altura lo limitaban, al fondo, cubriendo—era lo lógico—la verja y la carretera. Tras ellos, la llanura, amarillenta, de Castilla; casi en la línea del horizonte, los hilos del telégrafo señalaban la vía del tren.

No quedó muy satisfecho del examen del paisaje. Desde luego, estaba seguro de que la finca en que le habían recluído era grande y que se hallaba enclavada en un pueblecito próximo a Madrid. En realidad era poco lo que creía saber; y ese poco lo sabía muy dudosamente.

Abandonó su observatorio, para pasar revista a la alcoba. Sobre poco más o menos, era del tipo acostumbrado en sanatorios y hoteles de segunda categoría: cama dorada, mesilla de noche, una descalzadora, dos butacones, una mesita, en la que le servían el desayuno, un armario de luna—sin doble fondo ni comunicación con la estancia contigua, lo comprobó separándole de la pared—, la puerta de entrada frontera al ventanal y, a la derecha de la cama, otra puertecita que cerraba un cuarto de baño completo.

Probó—también seguro del resultado negativo—a abrir la puerta que daba al pasillo. Aunque al desaparecer María no oyó ruido alguno de cerradura, estaba cerrada con llave. Acostumbrado a las situaciones difíciles y anormales, Emilio Roldán no perdió la calma. Arrojó el cigarrillo al parque y se dirigió al cuarto de baño. No tenía la menor idea de lo que le había pasado ni de lo que le iba a suceder; abrigaba, eso sí, la convicción de que estaba en poder de «Tres puntos rojos». Pero, de momento, necesitaba tomar una ducha, tonificarse. Aquello le ayudaría a poder pensar luego.

* * *

La caricia del agua fría y el desayuno—del que dió buena cuenta en pocos minutos—le devolvieron la lucidez. Hundido en la butaca, frente a la ventana, por la que entraba a grandes oleadas el aire perfumado del jardín, reconstruía los episodios de la jornada anterior.

Al salir de casa de los Almogávares, después de leer la anónima advertencia de «Tres puntos rojos», irritado por el fracaso y por la burla, vagó durante buen rato por las calles, que empezaban a renacer a la vida cotidiana. Meditaba su desquite, forjaba en su fantasía mil quimeras, las más disparatadas estratagemas para rasgar el misterio impenetrable. Cuando quiso darse cuenta, aquel caminar sin rumbo le había conducido a los alrededores de la Plaza de Toros. Volvió sobre sus pasos y en el primer *taxi* que encontró regresó a su domicilio.

Pedro le esperaba levantado. Compañero, amigo, más que criado, compartía con él los riesgos de su profesión; en más de una ocasión le había sido utilísimo auxiliar, y a su audacia e ingenio debió Roldán la salvación en momentos peligrosos. En una de aquellas aventuras, la bala de una *browning* le seccionó un tendón de la pierna derecha; su cojera le redujo desde entonces a una pasividad que soportaba resignado, siguiendo desde lejos los «asuntos» en que ya no podía intervenir.

Le quitó el abrigo y, sin pronunciar palabra, le siguió hasta el despacho, colocando ante él los periódicos del día. ¿Para qué preguntarle nada, si también los había leído y conocía el robo?... Roldán pasó toda la mañana encerrado, fumando sin descanso. Apenas si comió antes de salir a la calle para orearse, para respirar. En «Negresco» tomó café con varios amigos; ninguno quiso acompañarle al Retiro, y se fué solo; allí encontró a los duques del Valle, y montó con ellos en su automóvil para que le llevasen a su casa. Todo aquello lo recordaba bien, sí; pero ¿y luego?... ¿Y luego?...

Su cerebro se perdía al llegar a aquel momento. Buceaba entre las sombras, se esforzaba—en un esfuerzo que casi le producía dolor físico—en seguir pensando. Aun podía encontrar otra huella en su memoria: un automóvil gris emparejándose, al enfocar el paseo de las Delicias, con el que Trinidad Hernández guiaba...

Pero ¿y luego?... ¿Y luego?...

* * *

Previa autorización, María entró de nuevo en la alcoba. Traía la Prensa de la mañana en la mano y preguntaba:

—¿Quiere el señor repasar los periódicos?...

Quiso. La doncella, entretanto, ponía en orden la habitación, retiraba el servicio del desayuno, sin prestar al cautivo la menor atención; ni a él ni al grito que lanzó al abrir el primer periódico.

En realidad, más valía así. Porque el propio Emilio Roldán fué el primero en arrepentirse y sorprenderse de su necio asombro.



Aquello era lo lógico, debía esperarlo. Su extraña desaparición no podía pasar desapercibida, y los diarios dedicaban grandes titulares y mayor espacio al asunto, que prometía ser «de público», dar lugar a copiosa literatura folletinesca, a aumentar las tiradas, hasta—¡quién sabe!—a lanzar extraordinarios.

Similar el relato en todos: el encuentro, la invitación, la sorpresa de los duques, la denuncia presentada en el acto... La tarjeta de «Tres puntos rojos» encontrada en el asiento, confirmando la hipótesis del prisionero, no le dejaba lugar a dudas respecto a su situación. Ya había entrado la Policía en juego y existía una pista segura, según los reporteros. ¡Lástima que, para cada uno, fuese distinta!... Pero, eso sí, todas eran tan razonables, tan sensatas, que Roldán comprendía que ninguna podía ser verdadera. Y, desde luego, todos terminaban con la consabida muletilla: «Tendremos al tanto a nuestros lectores de cuanto ocurra en este misterioso asunto que de modo tan vivo ha de apasionar a la opinión.»

Aun había más: el comentario, la opinión de cada periódico. Al principio o al fin de las informaciones, en distinto tipo de letra del reportaje—«cursivas» o «negritas», para que destacase bien—, unas líneas explicaban el caso. Frases huecas, montones de tópicos, lirismos trasnochados, literatura de mala novela policíaca, cursi y sensiblera. A pesar de su situación, el protagonista de aquel folletín sonreía ante aquel fárrago de palabrería.

Hasta que hubo una editorial que no le hizo sonreír, sino que crispó sus dedos, arrugando la hoja impresa en donde se insinuaba que tal vez no se tratara de un rapto, que muy bien aquella desaparición podía no ser forzada, sino voluntaria, y que posiblemente después de aquel tercer fracaso «... Emilio Roldán hubiese decidido apartarse voluntariamente del camino de «Tres puntos rojos» si se habían esgrimido razones muy poderosas y convincentes para que no quisiera saber nada más de la poderosa banda».

¡Canallas!... «Razones muy poderosas y convincentes»... La insidia estaba clara, la pérfida intención se adivinaba fácilmente. ¿Dinero?... ¿Amenazas?... ¡Ah, eso allá el curioso lector!... En el aire flotaban ambas hipótesis y que cada cual se atuviese a la que fuera más de su gusto.

Entonces, sólo entonces sintió Emilio Roldán toda la angustia, toda la crueldad de su encierro. Cerca, muy cerca de la civilización—aquellos hilos del telégrafo acusaban su proximidad—, y, sin embargo, aislado de todo contacto humano, sin poder romper, con su presencia, la bola de nieve de la calumnia que amenazaba envolverle. Una vida entera consagrada al servicio de la justicia podía destrozarse en un momento por aquella especie bochornosa, lanzada, con peligrosa inconsciencia, a los cuatro vientos.

¿Tan mal le conocían?... ¿Sus actuaciones no habían servido para demostrar que era insensible al miedo y al soborno?... Para hombres de su temple no existía más que un lema: Vencer o morir. Y ahora más que nunca necesitaba vencer.

No estaba ya María en la alcoba. Quería llamar, ver gente, hablar con alguien. Oprimió el conmutador que pendía a la cabecera de la cama, y el globo del techo se llenó de una luz amarillenta, ridícula ante los resplandores solares. Gritó desde la ventana y sólo el eco respondió a sus voces. Al fin se lanzó sobre la puerta y la aporreó con rabia ciega, irreflexiva, loca, durante unos minutos.

Fueron muy pocos. De pronto la puerta desapareció como si la pared se la hubiese tragado, y otra, acolchonada, la sustituyó, apareciendo tras ella. Una mirilla en su centro, a la que se asomó ansioso, a tiempo que la batiente se abría y dos hombretones—cubiertos con blancos mandiles—entraban y le sujetaban fuertemente por los brazos.

Se oyeron unos pasos rápidos por el pasillo, y la figura de un anciano de nobles barbas blancas venerables hizo su aparición.

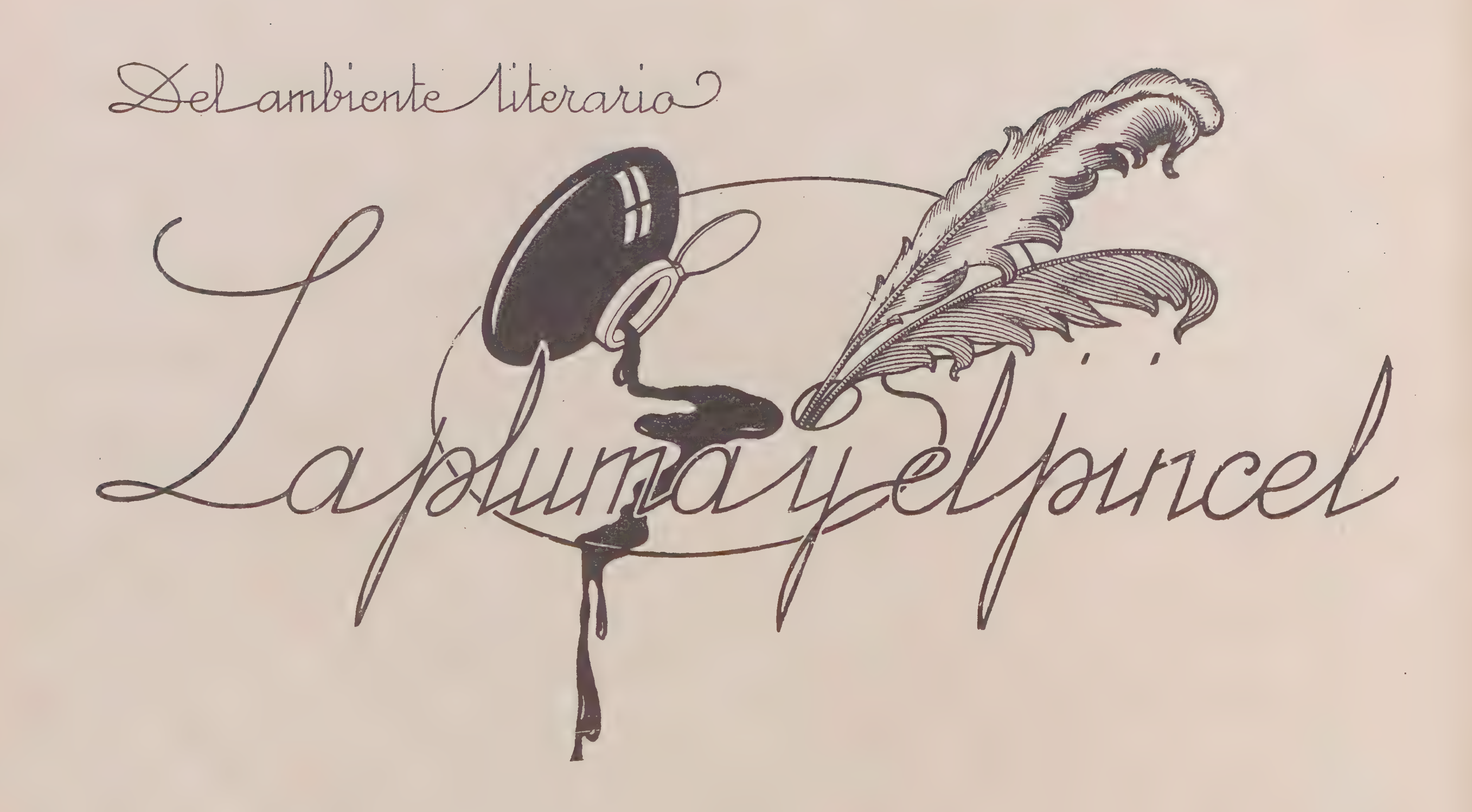
—Soltadle, soltadle—ordenó a los enfermeros—. Yo os garantizo que va a ser formalito.

Y, cuando los otros hubieron salido, tomó asiento en una butaca, y señalando la otra al asombrado policía, le dijo con tono amable:

—¿Quiere usted hacerme el favor de sentarse?... ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!...

(Continuará en el próximo número)







COMO en un gran número de escritores, la vocación literaria no se manifestó en mí rectilínea, sino fluctuante. Con más exactitud diré que sentí dos vocaciones, dos apetencias artísticas, que algunos hombres—muy pocos—han logrado satisfacer simultáneamente y con el mismo mérito: la literatura y la pintura. Es muy difícil encontrar un hombre, aun entre los colosos poliédricos del Renacimiento, del que pueda decirse que fué tan gran escritor como pintor. No hay escrito de Leonardo que haya alcanzado la fama de la Gioconda. La sonrisa de Mona Lisa es universal. Los versos del gran florentino y sus tratados de matemáticas son nada más lecturas eruditas. Por múltiple que nos parezca la figura de Leonardo, su rasgo dominante y su arista más saliente son los del pintor.

He buscado adrede este ejemplo ilustre. Para demostrar que, aun en el más insólito de los casos de pluralidad artística (Vinci era, la ciencia aparte, prosista y poeta, escultor y pintor), hay siempre un don primordial y señero. En Leonardo, el pintor. En Miguel Ángel, el escultor. En todas las épocas sucede igual. Así, para mi gusto y el de la generalidad de los críticos, la obra literaria de Eugenio Fromentin es más intensa y, seguramente, más durable que la pictórica. Fromentin es, ante todo, el autor de *Dominique*, una noble novela íntima, opaca y en *tempo lento*. En Jacques Emile Blanche—el retratista de Giraudoux y de Cocteau, el pintor—escritor de la *élite* de la *Nouvelle Revue Française*—, el pintor «manda» más, mucho más que el ensayista. Un dramaturgo galo, muy discutido—pero que ha compartido con Henri Bernstein el cetro de la dramaturgia francesa contemporánea—: Bataille, era pintor; un endeble pintor. En España existe un caso de dualismo artístico muy notable: el de Santiago Rusiñol, que hace dramas y pinta maravillosos jardines. Pero nadie daría, no ya un jardín, ni un arriate, ni una acequia, de Rusiñol por *El místico* o *El pueblo gris*.

En resumen: cada vez que se presenta un caso de artista dual, triple o hasta cuádruple, se produce el mismo fenómeno—cuando no en el espacio, o sea durante su vida, en el tiempo, o sea en su posteridad—de ver destacarse y regir uno de sus dones. Todos los caminos llevan al artista a la Roma de su ilusión, a la ciudad santa de los deleites líricos, que son su mejor—y acaso única—recompensa. Claro que todo artista, como Ingres, ese león de la pintura, tiene derecho a su violín... El arte en que el artista no pasa de *amateur* equivale a un descanso y como a un sueño en que se fortalece el otro.

Por mi parte, antes de escribir, dibujo. Para *entrenarme*. Dibujo mal, muy mal. Pero esas figuras *clandestinas*—y a las que aplico su sanción en el acto, destruyéndolas, a veces guillotinándolas con unas tijeras—me preparan las manos y el espíritu para la ardua labor del libro, donde también hay que dibujar y pintar. (Yo *cuadriculo* mis novelas y las voy *pintando* trocito a trozo).

* * *

¿Cómo, al contrario de Max Jacob—*quel poseur*—, que ahora deja la literatura por la pintura, renuncié yo al arte de Zeuzis por este de

escribir, tan difícil, tan grave, que exige del artista, inexorablemente, dos virtudes, dos *conditios sine qua non*, la soledad y el silencio?

He aquí:

En primer término habíanme inclinado hacia la pintura una idea falsa y un mal sentimiento. Se me antojaba que la pintura era más fácil y más «bonita» que las letras. Y que, siendo así, costaba menor trabajo manejar el pincel, instrumento y juguete, que la pluma, arma triste y aguda. De un lado, la paleta policroma, alegre; el estudio luminoso, la modelo que se llamaría Mimí; los amigos; la pipa en la boca, Montmartre o Montparnasse... Y de otro, la cisterna negra del tintero, las cuartillas áridas, y nadie, sino la musa, sino los libros ajenos, ¡abrumadores! con el artista.

Pintar. Pintar cantando, pintar amando, pintar riendo... Un arte fácil... ¡Ay de mí! No hay artes fáciles. No hay arte que no sea ingente y anfractuoso, como un peñasco que el artista ha de escalar y raras veces le brinda el asiento de su cumbre. Yo fracasé. Resbalé. Caí.

Era mi maestro un pintor de cuyo nombre no quiero acordarme, porque no fué un gran pintor. Sino un dibujante útil, concienzudo. Ilustró con pulcritud y sensatez muchos libros. Poseía una cultura general excelente, una conversación chispeante y una mujer celosa. Era feo y quijotesco. Fumaba mucho. Leía bastante más. Fué uno de mis maestros de literatura. Aunque él y yo, y mi familia, creyéramos que me estaba enseñando dibujo, perspectiva y colorido. Nada de eso. Él me enseñaba mi camino. Me decía:

—Es inconcebible, Alberto. No pintas nada... Menos todavía que yo. Dibujas algo. Quizá aprendas a dibujar. No sé.

Y cada vez que yo le traía una copia fragmentaria de Velázquez o de Goya, paraba los ojos, que tenía temblones y salientes, y estiraba el labio.

—No.

Era un «no» radical, glacial.

Dejé de ir al Museo, donde—debo decirlo—copiaba a hurtadillas, con vergüenza de la opinión de los profesionales de la copia (algunos se creen genios) y de los visitantes. Una mañana, ante un cuadro de Goya, escribí una página. Una página que leí a mi maestro. El cual, tras escucharla atento, soltó el lápiz con que dibujaba sobre madera, paró los ojos y estiró el labio, murmurando:

—Sí.

No fué un sí glacial. Sino discursivo y entusiástico.

—Mira—concluyó—suelta el pincel y agarra bien la pluma. Para eso sirves.

«Eso» era la literatura. Le obedecí. Desde entonces no he vuelto a tomar un pincel. Pero el lápiz del dibujante *pro domo*, del dibujante íntimo, secreto y por nada del mundo público, alterna en mis manos con la péñola del escritor. Los dibujos que mejor me salen son los «zoológicos». Y cuando hago la ficha de los personajes de mis novelas, sintetizo el espíritu de cada cual en ocho o diez líneas emblemáticas que representan un zorro, un tigre, un gato, un carnero. O un individuo de la piara de Epicuro, tratado, eso sí, con la benevolencia del más humano de todos los filósofos.

Alberto INSÚA



El lunes día 16 del pasado abril—dimos mayor amplitud al margen fijado por coincidir en domingo el día 15, anunciado como último en las bases—se cerró el plazo de admisión para los trabajos con destino a nuestro Concurso de Argumentos Cinematográficos.

Si no estuviéramos ya suficiente y firmemente seguros del éxito y de la difusión conseguidos por COSMÓPOLIS en su breve existencia —gracias al favor creciente y sostenido del público—, el resultado de nuestro primer concurso hubiese bastado a demostrárnoslo: nada menos que *trescientos cuarenta y siete* argumentos hemos recibdo durante los cuatro meses que el concurso ha estado abierto, y por ello testimoniamos nuestro agradecimiento a cuantos, acudiendo a él, nos han dado pruebas de la confianza que les merecemos.

Desgraciadamente, de los trescientos cuarenta y siete pliegos que nos han sido remitidos, cerca de las dos terceras partes han tenido que ser rechazados por no ajustarse estrictamente a las Bases: romper, los más, el incógnito en que debe quedar el nombre del autor; venir sin el obligado cupón; confesar que se trataba de adaptaciones de novelas u obras teatrales, han sido las causas que a tomar tal determinación—sensible para nosotros, en primer término—nos han inducido.

En consecuencia, han quedado aceptados para ser examinados por el Jurado competente—cuyos nombres se harán públicos a la par que el fallo que se dicte—los *ciento treinta y dos* pliegos cuyos lemas y número de orden se citan a continuación:

1: «El hombre y el artista». — 2: «Misericordia». —3: «La zagala de los Pirineos». —4: «Canuto, cazador». —5: «¡Quién triunfara!». — 6: «Cosmos». — 7: «Simplicissmus». — 8: «Danubio». —9: «Corazón». —10: «Farman».

11: «Vientos y dragones». —12: «Hacia mejores días». —13: «Lazarín». —14: «Castilla». — 15: «Chinita». — 16: «Pick-Fan». —17: «Alfa Try». — 18: «Mario Pez». — 19: «Opio». —20: «La belleza no es más que la personificación de la poesía».

21: «Rigoletto». —22: «Malagueña». —23: «La vida de muchas». —24: «Desengaño y locura». —25: «Veremos si pasa». —26: «Hernán Cortés». — 27: «Cinegráfico». — 28: «Eleele». —29: «Argos». —30: «Cosmopolitan».

31: «Sanmarval». — 32: «Eurídice». —33: «Águila mexicana». —34: «Zoraida». —35: «¡Madrid de mi alma!». —36: «Alonso de Ojeda». —37: «Rey Alcor». —38: «13 y martes». —39: «Error». —40: «Todas las religiones tienen un fondo de belleza».

41: «En alas de un sueño». —42: «Argumento telegráfico». — 43: «España». — 44: «Pamii». —45: «La donna e móbile... y el hombre, también». —46: «In illo tempore». —47: «Que lo filme Greta Garbo». —48: «Recuerdo». —49: «Ben-Alh-A» (número 1). —50 «Ben-Alh-A» (número 2).

51: «¡Vivir, soñar, morir!». —52: «¿Vicio? ¿Virtud?». —53: «Cómo se pierde un corazón». —54: «El amor y la ausencia». —55: «Loor a COSMÓPOLIS». —56: «¡Viva el *cine*!. —57: «Poema visual». —58: «Ensayo dramático». —59: «Caracolito». —60: «Cartagena».

61: «Otilocarac». —62: «Osnola». —63: «El destino». —64: «De los pobres es la audacia, no la fortuna». —65: «Atracción». —66 «Nila Mar». — 67: «La Pinta, la Niña y la Capitana». —68: «Babé». —69: «3». —70: «Cosmópolis».

71: «Triunfador». —72: «Pureza». —73: «Un cuadro del Greco». —74: «Dos civilizaciones». —75: «Espíritu libre». —76: «Aeternum vale». —77: «Juventud». —78: «Recuerdo». —79: «Vicisitudes». —80: «Arte».

81: «Lindaraja». —82: «Cholito». —83: «El frontero». —84: «La vida es pura casualidad». —85: «Uno cualquiera». —86: «Ignotus vincit». —87: «Acaso, sí; acaso, no». —88: «Original». —89: «Por si acierto». —90: «Miguel de Cervantes Saavedra».

91: «La divina comedia». —92: «Cuatrocientas treinta y ocho». —93: «Finix coronat opus». —94: «Rosalía». —95: «L'illusion». —96: «Hacia los tiempos pasados». —97: «Arquitecto». —98: «Dulzura, egoísmo y arrepentimiento». —99: «El séptimo arte». —100: «Vini, vidi, vici».

101: «Isabel y Lolita». —102: «To be or not to be». — 103: «Voluntad». — 104: «Amor triunfante.» — 105: «Utopías». — 106: «Bien está, si bien acaba». —107: «Allá vá». —108: «Abnegación». — 109: «Cumplir con el deber». 110: «Cineasta».

111: «Nuestra estrella». — 112: «El último bohemio». — 113: «De incógnito». —114: «Times is money». — 115: «Fra Diávolo». —116: «Trovador». — 117: «Amanecer». —118: «Dulce mensajera». — 119: «Barbarroja». — 120: «Adelfos».

121: «Robinssón». —122: «Gracia, Arte, Belleza». — 123: «Ora et labora». —124: «Fortuny». —125: «Arlequines». —126: «Omega». —127: «Yul Nolaw». —128: «Piccolo». — 129: «Mario». — 130: «Míster Bluink». —131: «Abelardo y Eloísa». —132: ¡Viva España!»

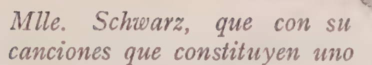
En el número correspondiente al próximo mes de junio se insertará el fallo del Jurado, comenzándose la publicación de los premiados—con el cupón correspondiente para que cada lector vote al que sea más de su agrado en el de julio, con arreglo a las bases 9.ª y 15.ª



¡Una, dos y tres!... «¡Voila!»... La graciosa «estrella» Dorothy Mackail se asombra de la sencillez con que la varita mágica de Jack Mulhall hace surgir de su boca una flamante bola de billar en una escena de «Lady Be Good».

FIGURAS DEL TEATRO EXTRANJERO

LOS QUE TRIUNFAN EN VIENA ACTUALMENTE



Mlle. Schwarz, que con su hermana interpreta graciosas canciones que constituyen uno de los mayores éxitos actuales.



La pequeña «estrella» de la pantalla Ria Klitsch, que sólo cuenta cuatro años de edad.



El primer bailarín de la Ópera, Willy Fraenz, el que, al frente de su compañía, se ha presentado en el Liceo de Barcelona.





La bella actriz Mlle. Leonora, luciendo el típico indumento ruso.

Arriba, a la izquierda: El profesor Goldeaski, director de la escuela de Danza de la Ópera, con sus más jóvenes alumnas.

Abajo: Las hermanas Epp, de quince y dieciséis años, que son las más admiradas y aplaudidas «vedettes» de las revistas.

(Fotos D'Ora)



El poeta Antonio Machado

ACABAN de publicarse las *Poesías completas* de Antonio Machado. El suceso es de los que merecen consideración muy especial y atenta. Antonio Machado ocupa lugar preferente en nuestro Parnaso, tan rico hoy en figuras y en obras. Rico como nunca lo estuvo de seguro. Y sobre rico, totalmente renovado. Paisaje distinto; otro horizonte, otras flores y otros laureles, otro sistema de conducción para el agua mítica de Castalia. Otro rumor en la fuente: otra música... Quien recorra el jardín de un poeta nuevo, puede acaso sentir la nostalgia de acostumbrados sonsonetes y podados follajes. ¡Aquellas frondosas, amplias, sonoras, simétricas estrofas de otro tiempo...!, pensará con ojos y oídos encandilados. Pero un punto de reflexión bastará a convencerle de que es ahora, precisamente ahora, cuando la Poesía le dice sus mejores cosas. Los cambios sufridos por la prosa no dan ni idea de las mudanzas experimentadas por el verso. Significan un mundo totalmente removido: de arriba abajo, de abajo arriba. De aquí el desconcierto de las gentes, el gesto de estupor, de ira o de burla... Las grandes revoluciones nunca se hicieron en paz y en gracia de todos. La revolución poética comenzó—¿quién puede discutirle la prioridad?—con Rubén Darío. Todos pueden recordar las protestas, las réplicas airadas, las parodias... Muy pocos años fueron suficientes para que Rubén Darío, sobrevenido a nuestra Literatura, «con temblor de estrellas» y saludable «horror de cataclismo», quedase incorporado a nuestra más pura tradición clásica. Juan Ramón Jiménez vino luego, afinando extraordinariamente la puntería, elevándola al cielo más puro, no entrevisto hasta él (San Juan de la Cruz y él: he aquí los dos mayores líricos de lengua castellana). Todavía la incomprensión apedrea. Pero la «inmensa mayoría» es prenda segura de la eficaz conquista. Y vino también Antonio Machado. Bien entendido que ni el uno ni el otro son poetas que deban a Rubén Darío—ni mucho menos la razón de su arte peculiar. La historia relacionará los tres nombres, porque ellos jalonan el nuevo camino. Pero cada cual ritmó con riesgo propio y por propia cuenta los respectivos puntos de vista. Prefiramos a las nuestras las palabras—exactamente autorizadas—de Antonio Machado, ya que a él, por modo especial, consagramos el presente comentario: «... Yo también admiraba al autor de *Prosa profana*, el maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en *Cantos de vida y esperanza*. Pero yo pretendí—y reparad en que no me jacto de éxitos, sino de propósitos—seguir camino bien distinto. Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu: lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo. Y aun pensaba que el hombre puede sorprender algunas palabras en un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes; que puede también, mirando hacia dentro, vislumbrar las ideas cordiales, las universales del sentimiento. No fué mi libro la realización sistemática de este propósito; mas tal era mi estética de entonces.»

Entonces es 1903: cuando Antonio Machado publica el gran libro que es *Soledades*. Las palabras transcritas son justas: enjuician bien el caso de quien las formula, hombre lúcido, poeta de conciencia viva. La «honda palpitación del espíritu» a que alude está sobremanera patente en los versos de Machado: registrada mediante instrumento poético de propia factura: necesario en todas sus piezas: bello con esa belleza mágica de lo adecuado y esencial, de la matemática del espí-

ritu. Mucho de fórmula, por lo preciso y suficiente, tuvo en todo momento el verso de Antonio Machado. Pero la depuración ha sido creciente, hasta llegar a sus últimas composiciones; apoteosis de lo simple y sustancial.

* * *

Nuestro poeta ha gustado de evocar su vida. Tanto la vida hacia fuera, en el escenario del mundo, como la vida hacia dentro, en los fosos del alma.

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro, donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla...

Exactamente: en Sevilla nació Antonio Machado: en 1875. Y en tierra castellana se ha nutrido su espíritu. Para comenzar a formarlo, contó con la mano diestra de su padre, prestigioso explorador del alma española, folklorista de los primeros que propulsaron estos curiosos y sorprendentes viajes por el país encantado de la copla y de la leyenda. La filiación importa mucho, porque alumbra allá una de las fuentes más caudalosas de la poesía de Antonio Machado y de su hermano Manuel, poeta que afirma su personalidad—y ya es victoria—junto a la de su hermano, sin mengua de los propios perfiles. El uno y el otro se definen por el contraste. Más gentil y alegre, Manuel. Más reflexivo y grave, Antonio. El autorretrato de éste no serviría para aquél sino en prueba negativa.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quién habla solo, espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía...

Así dice Antonio Machado. Manuel, por el contrario, habla con cualquiera. Prefiere, desde luego, el piropo a Eva transeúnte, pero se entretendrá hablando con quien se tope. Y si es forzoso, en momento determinado, hablar consigo mismo, buscará el escape del *cante jondo*, abriendo la válvula del *jipío*. Si Antonio se acoge al silencio y paz de una galería abierta a la visión de lo Absoluto, Manuel desea el bullicio de la fiesta que le brinde, en altas y claras cañas, licores de la vida. Cuando dice, en garboso verso, que hubiera querido ser banderillero, dice verdad. Y en la suerte de banderillas pensamos, en efecto, al leer poesías de Manuel Machado: alegres, gallardas, sueltas, rápidas y seguras de ejecución: facilidad y maestría. Es, sin duda, poeta genuino de Andalucía, de Sevilla, de la Giralda. Al paso que Antonio se ha dejado ganar por Castilla. Largos contactos con el alma de su historia y con las realidades de su adusto paisaje, han facilitado la captación, hecha, además, posible por afinidad indudable de caracteres. Antonio Machado—profesor del Instituto de Soria, ayer, y en el de Segovia, hoy—tiene aire reconcentrado y desdeñoso, de almena, encina y páramo. También desempeñó su cátedra en la andaluza ciudad de Baeza. Pero ¿no trasciende a Castilla esta ciudad dorada por soles de Renacimiento castellano...? Antonio Machado, cantor de Castilla, no ha necesitado cambiar de voz, música ni letra, para cantar la Andalucía señorial y altiva que ve nacer al Guadalquivir, llamado, tierras abajo, a más alegre y risueño destino. Hasta llegar a confundirse las imágenes en el recuerdo indistinto:

¿En dónde, sobre piedra aborrascada,
vieja ciudad de pardo caserío,
te he visto, y entre montes empinada?

Mas no extrememos el razonamiento. La sugestión andaluza, en último término, determina una gracia, una luz nueva, en la Estética y en la técnica de Antonio Machado. Conserva, sí, su aplomo castellano: no pierde la cabeza. Pero la Musa apercibe su oído para escuchar el jaleo de unas palmas bajo un emparrado. No se piense en un encuentro con Manuel. Las diferencias persisten. En la *juerga*, Manuel es el participante; Antonio, el testigo. Para el primero, la voluptuosidad del momento. Para el segundo, la melancolía y la sentencia.

Donde sí hallan los hermanos Machado el punto de contacto que funde sus inspiraciones es en lo dramático: campo neutral, mundo objetivo, en que los líricos deponen sus armas respectivas para referir lo que ven. ¿Y qué ven? Las andanzas de *Julianillo Valcárcel*, aventurero de adverso sino; las peripecias de *Juan de Mañara*, sangre de tenorio... Una obra reciente, no conocida aún por el público madrileño, *Las adelfas;* una refundición de *El condenado por desconfiado*, de Tirso: una traducción de *Hernani*, de Víctor Hugo, y algo más, integran el repertorio dramático de Antonio y Manuel Machado, colaboradores que reivindican su personalidad apenas deshecho el acorde eventual.

* * *

Volvamos a Antonio Machado *cadet*. Decíamos que en 1903 publicó *Soledades:* libro refundido en 1907, que dilató el ámbito de su ya logrado renombre. *Soledades, galerías y otros poemas*, destila esencia y zumos de la mejor poesía española. Las incorporaciones de lo nuevo y las creaciones de lo personal no estorban, antes bien realzan, el profundo sedimento de lecturas clásicas y románticas. Exquisita química espiritual la de Antonio Machado. Transmuta y crea. Desde este punto de vista es, hoy por hoy, nuestro poeta más nacional. De los primitivos, de Berceo, de Santillana, del Arcipreste, le llegan vigorosos alientos. La cuajada poesía del siglo de oro actúa también sobre el verso de nuestro don Antonio, más propicio, sin duda, a dejarse coger por la entretela de Quevedo, que deslumbrar por los esmaltes verbales de Góngora. (Y mucho místico, diluído en el aire). Los románticos no merodean en balde. Bécquer le transmite, como un elegido, su secreto:

La blanca cigüeña
dormita volando,
y las golondrinas se cruzan, tendidas
las alas agudas al viento dorado.
Y en la tarde risueña se alejan
volando, soñando...

No pensemos—huelga decirlo—en *pastiches*, sino en asimilaciones. Mejor aún: en superaciones. El romanticismo pomposo de Zorrilla aparece disciplinado, con otro designio, en *La tierra de Alvargonzález,* poema que pertenece al ciclo de *Campos de Castilla*, datado en 1912.

Otras fuentes alumbran aquí, para mayor fertilidad poética: fuentes muy hondas que Machado empezó a beneficiar desde muy niño. Lo revela él mismo: «Aprendí a leer en el Romance general que compiló mi buen tío don Agustín Durán...» Bien se conoce en la bizarra andadura. La brevedad y sentido de los «proverbios y cantares» labran una faceta más de este poeta, que no se agota fácilmente para la emoción del que lo lee, ni para el juicio de quien aspire a valorarlo. Dar una vuelta completa a su obra no es demasiado arduo, porque la cantidad no es grande. Pero las cualidades sorprenden a cada giro con insospechados reflejos. Los emitidos por *Nuevas canciones*—volumen fechado en 1924—denotan que no pasaron inadvertidas para Antonio Machado las conquistas de la llamada «Vanguardia». La imagen alcanza vida independiente: el repertorio de temas y el vocabulario tantean otras ecuaciones. El maduro consigue a este respecto lo que no consiguieron muchos poetas tiernos. Y cuando Enrique Díaz-Canedo pone de manifiesto lo que de un imprevisto *japonesismo* hay en Antonio Machado, acabamos de caer en la cuenta de que los ojos de Machado saben dar la vuelta para contemplar, un día, a Soria, fronteriza entre la tierra y la luna; otro, a Andalucía, lindera entre la mar y el sol; otro a Oriente, colgado de las alas de un pajarraco de laca. La *soleá* y el *hai-kai* se desposan.

Sentía los cuatro vientos
en la encrucijada
de su pensamiento.

—

Crea el alma sus riberas,
montes de ceniza y plomo,
sotillos de primavera.

* * *

De los libros aludidos proceden las poesías que se agrupan y organizan en el tomo recién recibido de Antonio Machado: Museo de rimas vivas. Más el *Cancionero apócrifo*, divertida y sugestiva fantasía que vale por un cumplido doctrinal estético. Con predestinación de flecha, esta Antología viene a clavarse en el blanco de nuestra más encumbrada Literatura. Blanco de nieve cimera.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

Un asunto de interés nacional



El avión de gran bombardeo, «Junkers» K. 30, en pleno vuelo.

Cómo funciona la Unión Aérea Española



L avión que me trae de Sevilla vuela ya por encima del aeródromo de Getafe. Abajo, en el fondo, se ven los barracones militares, y a un lado, unos grandes monstruos que brillan al sol: es la flota de la Unión Aérea Española. Dulcemente nos sentimos rodar sobre la hierba. Decididamente, este joven piloto que nos ha traído, en un abrir y cerrar de ojos, desde las orillas del Guadalquivir a los aledaños de la corte, es un maravilloso piloto. ¡Bien por José Ansaldo!

Al abrir la portezuela de la cabina, veo un rostro alegre y una mano decidida se me tiende:

—¿Cómo ha ido ese viaje?

—Maravilloso, señor Moreno Caracciolo. COSMÓPOLIS, gracias a su amabilidad, ha surcado media España, más cómodamente que en el más mullido asiento del expreso sevillano; y no digamos nada de la rapidez, porque aun me parece estar respirando el perfume del parque de María Luisa... Pero, ya que he tenido la fortuna de tropezarle, no se me escape usted y dígame cosas interesantes para contar a mis lectores, a quienes nada agradará tanto como saber las interioridades de la Compañía por usted presidida, en vísperas de la implantación del monopolio de las líneas aéreas.

Moreno Caracciolo fija en mí su penetrante y sagaz mirada y me responde:

—¿Qué voy a decir a usted que no sepan cuantos se interesan en estas cuestiones? Hace año y medio volamos diariamente las líneas de Sevilla y de Lisboa; hemos hecho viajes de propaganda por toda España; este verano acompañamos a los reyes en su triunfal recorrido por Galicia; hemos realizado el servicio de la Cruz Roja en la campaña de Marruecos; hemos arrendado nuestros aviones a la Compañía Española de Fotogrametría Aérea para hacer los planos de la cuenca del Ebro, y siempre nos ha acompañado el éxito más rotundo.

—Pero, si mal no recuerdo—le interrumpo—, ustedes debutaron con aparatos pequeños, ¿no es cierto?

—En efecto; en ese pobre *Marabú*, que puede usted ver allí abajo, un poco arrinconado ya, pero todavía en vuelo. Funciona desde hace siete años, y es un veterano de la guerra del Rif. Esto le prueba a usted una de las ventajas de la construcción metálica; en igualdad de condiciones, un aparato de madera y tela no existiría ya hace años.

—Pero las líneas regulares...

—Las líneas regulares exigían aparatos de tres motores y nos apresuramos a importarlos, pues así lo reclamaba nuestra topografía y consecuentemente la seguridad de los viajeros y la regularidad del



Interior de la cabina de un trimotor de pasajeros «Junkers»



Flota de la Unión Aérea Española en Getafe. — El trimotor de gran bombardeo, adquirido en Suecia (a la derecha).

convierte un pacífico avión como el que le ha traído a usted de Sevilla en la formidable máquina guerrera que tiene usted a la vista. No necesito, por lo tanto, decir a usted la conveniencia nacional de que estos *Junkers*, fabricados en Santander, sean los que realizasen el servicio comercial, pues en potencia, en ellos vendría aumentada la flota militar del país.

—Y el público veo que responde. Conmigo venían unas señoras y unos niños, encantados del viaje...

—Preciso es que así sea. Los *Junkers* llevan cerca de diez años funcionando por todo el mundo y aun estos trimotores no tienen sobre su conciencia la muerte de ningún pasajero. Ventajas de su magnífica construcción metálica, y sobre todo de la disposición de las alas, que, yendo por debajo de la cabina, absorben los choques más violentos, y son la más segura protección de los que viajan en ellos.

—¿Tienen ustedes confianza en que el Monopolio les sea adjudicado?

—No creemos que pueda fallar nuestra esperanza. Hemos probado que sabíamos volar y realizar líneas comerciales. Nuestra proposición no ha sido mejorada, ni siquiera igualada. Desde el primer momento pondríamos en vigor las líneas diarias, en ambos sentidos, Lisboa-Madrid-Barcelona y Sevilla-Madrid-San Sebastián, y en años sucesivos, las de Galicia, norte de España, costa mediterránea, etc., etc. Nuestras relaciones con los *Servicios Aéreos Portugueses* nos permitirían enlazar con *Porto* y *Vigo* y con América con la escala de las islas *Azores*.

Moreno Caracciolo pierde algo de su desconcertante frialdad y se va exaltando por momentos.

Los pasajeros de Sevilla han ocupado ya el autobús de la Compañía y se me aguarda para partir. Al salir del aeródromo contemplo por última vez los grandes trimotores *Junkers*, que, a medio enfundar ya, se preparan para un reposo bien ganado.

J. A.

servicio. He pronunciado la palabra importación, que de ahora en adelante deberá sustituirse por la de adquisición simplemente, pues los *Junkers* se van a fabricar en España, y para ello han conseguido el oportuno derecho los «Talleres del Astillero», de Santander.

—¿Y aquellos pilotos alemanes que antes tripulaban los aparatos de Unión Aérea Española?

—Han sido licenciados hace tiempo, pues contamos ya con personal español instruído en este servicio. Y ya que hablamos de pilotos españoles, le interesará saber que en ninguna de las líneas aéreas españolas ha habido nunca ningún accidente yendo conducido el aparato por un piloto español. ¿Casualidad? ¿Pericia? ¡En todo caso debemos felicitarnos de ello!

—Y ese gran aparato de guerra que ha adquirido en Suecia nuestra Aviación militar, ¿en qué se diferencia de estos trimotores mercantes?.

—Sencillamente en una parte central que se llama *centro de guerra*, y que es intercambiable con la cabina de pasajeros. En seis horas se



El general conde de Xauen, el Sr. Salcedo Bermejillo, el comandante Sr. Berenguer y el Sr. Atienza, director de «El Imparcial», descendiendo de un avión Junkers.

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

«¿Gustará?» (Madrid).—Excesivamente extenso. Envíe algo más reducido, a ver qué pasa.

«Quijano».—No remite usted ni un solo cupón para cuatro trabajos. ¿Comprende la consecuencia?...

A. A. (Santa Cruz de Tenerife).—Bueno ¿y qué?... Los cuatro versos primeros son gratamente prometedores; los demás... ¡como para ponerle a usted el termómetro!

J. F. L.—Su *Balada de invierno* será publicada.

G. O. G. (Zaragoza).—Admitido su soneto a *La victima de la fiesta*, aunque es un poco conceptuoso. «Llaneza, muchacho, llaneza, que toda afectación es mala...»

F. G. (Barcelona).—Por lo visto, usted no nos lee; porque si no, no nos mandaría eso que califica de *Nueva canción erótica*.

A. O. (Tarazona de la Mancha).—No publicamos nada dedicado; ya lo hemos indicado en otra ocasión.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta EXCLUSIVAMENTE desde las columnas de la revista; rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección "Los escritores nuevos".

J. A. (Madrid).—Tenemos persona fija y competente encargada de esos menesteres.

E. B. (Cartagena).—Entre los dos títulos que nos envía para «elegir» y poner el que queramos a su trabajo, preferimos no poner ninguno. Y es que el cuentecito vale bien poco.

M. de O. (Madrid).—Sabe usted escribir, señora o señorita. Tal vez demasiado. Un poquito menos de gongorismo y de *Azorín* sería muy beneficioso para su escuela literaria.

J. O. de V. (Cartagena).—¿Conoce las «rimas» de Bécquer?... Pues entonces ya sabe usted lo que ha calcado. ¡Y eso no!

C. M. J.—Muy largo. Además, la manera de poner los renglones no significa originalidad ni nada.

O. P. (Granada).—Publicaremos su poesía.

J. A. C. (P. D. Real).—Aceptado «¿Para qué?».

«Una mujer sin importancia».—Sus «Retazos» deben ser consecuencia de una «bronca» con su marido. Como tardarían en ser publicados y para entonces ya habrían hecho ustedes las paces, preferimos no darlo a la luz. Y usted nos lo agradecerá.

B. B. M. (Villalba).—Largo, pesado y sin interés. Total: que no nos sirve.

U. S. y *J. V. A.* (Crevillente).—Su poema es muy patriótico, pero también, ¡ay!, muy malo todo él. Por lo cual desistimos de juzgarle en detalle y de publicarlo.

«Amadís de Gaula».—Excesivamente extensos los dos trabajos.

LOS CABALLEROS DEL MENDRUGO

Parásitos inquietos, con alma de cretinos
y arcilla ponzoñosa de todas las edades,
son libres ciudadanos de todas las ciudades
y tercos centinelas de todos los caminos.

Tienen mucho de hampones y algo de peregrinos;
son lepra de conventos y tortura de abades;
y en el atrio, su lonja, venden por «caridades»
sus torpes tercerías y sus rezos mezquinos.

Son vagos, pendencieros, borrachos, parlanchines;
viven con los tahures y con los galopines,
y su zurrón va lleno de pícaras historias...

Al nacer, ¡todos nacen con la mano extendida!
¡Y su mano es la espada que cobra sus victorias
y el arado y el surco con que ganan su vida!

MILAGROS DE SANDOVAL

C. M. R.—También largo y muy crudo. ¿Pero es que no leen ustedes COSMÓPOLIS?...

J. C. A. (Buenos Aires).—Con el mayor gusto publicaremos originales suyos; pero tenga presente lo que indicamos respecto a la extensión.

«Pilar España» (Málaga).—No, señorita, no es eso. Y créanos que lamentamos tener que decírselo.

"COSMÓPOLIS"

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea

A. M. (Badajoz).—Los versos aconsonantados de los cuartetos asonantan entre sí. Además, la medida es desastrosa: el tercer verso tiene doce sílabas; quinto, noveno, décimo, doceavo y treceavo, diez, y el onceno, trece. ¡Un espanto!

«Ibero» (Albacete).—¡Por favor, hombre!... Ni «grandeza» y «sutilezas», «empíreo y desvarío», «arcano y magno» y «divino e himno» son consonantes, ni usted tiene la menor idea de la rima.

H. D. (Barcelona).—Cada original requiere un cupón. Estamos cansados de decirlo.

V. R. R. (Santander).—Con himnos como el que pretende colocarnos, no le va a hacer caso el dinero. ¡Ya lo verá! Si se lo mandase usted a Guerrero, a ver qué pasaba.

A. P. R. (Madrid).—Vamos a publicar «Mi aventura». Hay un escritor fácil y ameno en usted.

«Flor de Loto» (Santander).—Un poquitín cursi; pero de versificación no está mal. Insista.

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

R. D. (Madrid).—Francamente malo lo primero y lo segundo. Agradézcanos la sinceridad.

C. S. (Santander).—Agradecidísimos a sus fervorosos elogios. En cuanto al tríptico, denota buen estilo, pero carece de interés. Mándenos otra cosa, a ver...

«Gragilher».—Los originales han de tener un máximo de tres cuartillas, no de tres hojas de papel comercial como los que envía; y no los podemos publicar.

M. R. M. (Madrid).—Lea lo anterior, señorita; usted manda diez cuartillas.

M. V. S. L. (Valencia).—Los versos están mal medidos, unos; mal acentuados, otros.

F. M. (Gijón).—¡Otra poesía!... Y lo peor es que tampoco nos sirve.

«Gil Blas» (Madrid).—Fácil de versificación; ahora, que nada nuevo de asunto ni de ideas.

F. F. A. (Logroño).—Pueril y falto de gracia.

M. E. (Madrid).—Publicaremos sus dos sonetos.

J. D. C. (El Escorial).—Es posible que con más asunto luzca mejor el estilo que apunta en esos ensayos.

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

«Ataulfo Rey» (El Escorial).—Su «Romance de la vieja que recuerda» entra en turno de publicación, así como «Estampa de primavera».

R. F. (Valencia).—También vamos a insertar su soneto.

B. A. (Torrijos).—No queremos nada que suene a «dar coba», como dicen los castizos.

D. G. (Calzada de Calatrava).—Vamos a publicarle lo de la fuente, que es lo mejorcito. En el otro hay asonancias entre los consonantes.

J. M. G. L.—Una cosa «metiéndose» con los toros. ¡Muy nuevo, sí, señor!

F. P. V. (Motril).—Muy gracioso y original su cuento de brujas. Se publicará en seguida.

F. R. R. (Madrid).—Cuando se pudiera publicar el soneto, sería un *fiambre*. En cuanto a la otra pregunta, sí, se refería a usted lo de la sicalipsis.

G. M. E. (Caravaca).—Su dibujo, como habrá podido comprobar, llegó tarde. Pero, de todas formas, no se hubiera publicado: estaba usted de acuerdo con el autor de la poesía, pero no con el criterio artístico nuestro.

M. J. (Toledo).—Pasemos por lo de la tristeza. Y, en plan de concesiones, publicaremos «Yo, pecador». ¿Está contento?

F. O.—No es eso; se le parece bastante, pero no es eso. Posteriormente llegó «Camino adelante», que entra en turno.

C. R. (Madrid).—Tampoco usted es de los que aciertan.

R. H. T. (Madrid).—¡Usted es adivino!... Con su poesía (?) pasó lo que en la carta auguraba. ¡¡Maravilloso!!

«Maribel».—Discreto, pero suponemos que puede hacer algo mejor y quedamos esperándolo.

J. L. R.—Se publicará a su debido tiempo.

B. C. B. (Badalona).—Demasiado extenso.

F. J. M.—Lo sentimos, pero no nos gusta.

A. M. G.—Se ha hablado tanto de las «novelas para mujeres»... Es tan vulgar lo de las «revues»... ¿Entiende?...

R. L. (Madrid).—Para ser lo primero, no está mal; pero sí para publicarlo.

Oriente «Sen-Chu».—No es eso; ¡ni parecido!

J. S. M.—En realidad, no están mal sus artículos; pero son flojitos, vulgares. ¿Por qué no hace algo más sólido?

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



MARÍA CUSTODIA

Por ser tu santo—amor—,
que es para mí como si fuera mío,
esta mañana, en Calpe, para ti,
compré a Rubén Darío.

Me lo dieron por doce
monedas, que saqué del corazón;
la señorita «Judas» dependiente
me lo vendió a traición.

Y luego, dueño ya
del alma del maestro americano,
lo condené a morir sobre la cruz
de tu andaluza mano.

Agonía divina de Rubén,
muerto mientras tus ojos de sirena
sobre los versos de su libro ardían
como un milagro de la Nochebuena.

Por ser tu santo—amor—,
que es para mí como si fuera mío,
esta mañana, en Calpe, para ti,
compré a Rubén Darío.

RAFAEL DUYOS GIORGETA

Dibujo de Varela de Seijas.

Cuento intrascendente

La señora de C... torturaba en vano su imaginación. El rostro de su visitante no le era desconocido. Estaba segura de que aquel hombre hacía mucho tiempo que se presentara en su vida... ¿Quién era? Pasó revista mentalmente a todos sus amigos, pero fué inútil.

El caballero parecía conocerla mucho. Hablaba de todas sus amistades y hablaba con gran confianza. La señora de C... cada vez estaba más intrigada.

La tarde, una tarde nublada de invierno, moría lentamente. La oscuridad aumentaba.

—Con su permiso—dijo la señora de C...—voy a encender la luz...

—No te molestes... Yo encenderé...

Y al oírle andar en la oscuridad, la señora de C... recordó por fin.

Aquel hombre era su marido.

MARIANO ROJAS

JIRONES

La muestra de la guantería

Un día que íbamos por la calle, mi amigo me señaló un balcón de un primer piso.

De la barandilla colgaban cuatro rojas y enormes manos que presentaban hacia abajo sus dedos como guindillas puestas a secar.

Y si aquélla presentaba el gesto castigador de la mano de Dios, aquella otra se desmayaba fláccida como una mano cortada a un asesino o como la mano quemada de Scévola. Otra mano tenía puesto un guante, rojo con trencilla negra, que tenía en la palma una abertura junto al botón, en la cual daban ganas de poner muy doblado un billete del tranvía, como hemos visto hacerlo a muchos señores.

Y la cuarta mano, ¡qué elegante saludando!, ¡qué adiós más amable decía cuando el viento la impulsaba!

Las cuatro manos, desde el balcón, atraían a la gente, la adormecían con su gesto de hipnotizador, y parecía que querían absorberla para entrarla por el balcón.

Ante el cuádruple gesto de ¡alto!, rojo y autoritario—con estas manos debían sustituir los faroles rojos—, nos paramos en la acera.

—¿Sabes de qué es esa muestra?—preguntó mi amigo.

—De una guantería.

—No; la guantería se traspasó. Ya no está. Pero se han aprovechado las muestras. Ahora vive una zahorí, adivinadora del futuro, que echa las cartas y lee en las rayas de las manos.

PEDRO GARCÍA ORMAECHEA



Síntesis de toda una época, gráfica representación de la Raza. La guitarra es española, no de españolada. Hace un siglo, con la guitarra abrazada, el español lanzaba al viento la copla en que compendiaba sus amores, sus recelos, sus odios... La sátira, el comentario, el «mentidero» eran aquellos cuatro versos que cantaban la dignidad transparente del aire.

(Dibujo de Ricardo Marín



La Cruz de Mayo de Sevilla

El cielo ha vestido sus galas mejores
y ha envuelto a Sevilla en manto de tul;
las hadas tejieron su nimbo de amores
con blancos encajes en un fondo azul.

La luna ha besado las aguas del río,
y ellas, orgullosas, el beso al sentir,
con cintas de plata, en rico atavío,
vistieron las aguas del Guadalquivir.

Las almas amantes, ¡que son almas bellas!,
queriendo que sea su dicha inmortal,
vuelan hasta el cielo, combinan estrellas,
y escriben sus nombres con plata y cristal.

De la Cruz de Mayo es la noche hermosa,
la noche en que juegan la luz y el color;
noche que destila fragancias de rosa;
noche que nos habla con ritmo de amor.

En el patio alegre, con plantas y flores,
el altar adornan y forman la cruz;
y cien farolillos de vivos colores,
formando guirnaldas, irradian su luz.

Empieza la fiesta... Suena una guitarra...
Cesa por encanto la murmuración...
Una moza altiva, los brazos en jarra,
comienza entonando su triste canción...

Por entre el bullicio surge una pareja,
que con reverencia saluda a la cruz;
el centro del patio un mozo despeja,
y alegre comienza el baile andaluz.

La moza que canta pone en su garganta
dardos de una flecha que a clavarse van,
con el tono triste del cantar que canta,
en ingrato pecho de altivo galán.

Cesa la guitarra, donde mano experta
bordó con sus cuerdas un trino de amor,
y como la sombra de una cosa muerta
huye la figura triste del dolor.

Entre la que canta y el altivo mozo
pronto cambia el tono de aquella canción,
y tras un murmullo de dichas y gozo
huye la tristeza de su corazón.

De la Cruz de Mayo es la noche hermosa,
en la que la Virgen consuela el dolor
de toda muchacha que amante y piadosa
a la Cruz de Mayo confía su amor.

Y el cielo, vistiendo sus galas mejores,
envuelve a los novios en manto de tul;
las hadas les tejen el nimbo de amores
con blancos encajes en un fondo azul.

BUENAVENTURA L. VIDAL



Por los teatros de Europa

El Arte de la Presentación Escénica



En *La Princesa Bebé* dice Benavente que «la decoración es la mitad de la comedia en la vida como en el teatro», y pocas veces se ha dicho verdad tan rotunda y palmaria. La comedia, el drama, el bailable, la pantomima, el cuadro vivo, tienen por necesidad que encajar y producirse dentro de un escenario y sobre un fondo que armonice con el pensamiento, el desarrollo, los caracteres, la atmósfera intelectual y moral de una obra determinada. El teatro es algo más que literatura, interpretación personal por parte de los actores, música, danza y copia servil de paisajes y objetos de la naturaleza y de la industria. El teatro es también plasticidad, ritmo, color, luz, entonación cromática... El arte de la presentación escénica comprende las cinco bellas artes clásicas, el baile, los preceptos de la oratoria, la armonía en los gestos, movimientos y ademanes, y por encima de todo un soplo unificador de acuerdo con una doctrina estética, a su vez concorde con una tesis filosófica y social.

El arte teatral moderno, que aspira a la unidad entre la obra y el marco plástico y arquitectónico que la contiene, se origina en las ideas de Wagner. Puede decirse que el músico-poeta de Leipzig ha sido el iniciador de todo este cúmulo de doctrinas escénicas que culminan en los bailes rusos y vienen a constituir para los escenógrafos modernos problemas curiosos, pero siempre difíciles, de geometría descriptiva y de óptica.

El arte moderno de la presentación escénica es únicamente un capítulo del arte moderno en general, y como éste se caracteriza por las formaciones geométricas proyectadas en un plano, en sólo dos dimensiones y por los caminos de una estética deductiva y no inductiva, resulta que la decoración teatral lleva en sí dichos caracteres generales. La alianza de la geometría y el arte se ofrece con mayor claridad que en ninguna otra escuela en el cubismo; pero toda manifestación de arte moderno, sea o no cubista, es en el fondo un problema de matemáticas.

Los modernos abominan del escenario naturalista, estereoscópico, profundo. Nada de árboles que sean árboles; ni de puertas de madera; ni de muebles auténticos; ni de perspectivas que simulen parajes lejanos... El realismo con que hace cuarenta años admiraba Emilio Mario a los españoles en el teatro de la Comedia de Madrid es la antítesis, lo contrario, lo antagónico al gusto moderno. Para él, la estética va supeditada a la geometría descriptiva y a la óptica. Todo director de escena que quiera seguir las modas actuales de Europa ha de poseer estas dos ciencias. De otro modo será un empírico; jamás un técnico de su profesión. El arte teatral moderno consiste en aplicar estas dos ciencias matemáticas a los distintos espíritus de las obras, a los varios ambientes de la inteligencia, de las costumbres y de la sociedad que las obras revelen y a las conclusiones de psicología y de arte que en el texto palpiten, todo ello reducido al esquema, a la idea madre, a las líneas precisas, a la determinación de las cosas en su solo aspecto geométrico. El arte de nuestros días estiliza, no reproduce; sugiere, no expresa; abstrae, para luego simbolizar las abstracciones con ángulos, arcos de círculo, cosenos y tangentes; reduce a sus fórmulas más escuetas todo el espectáculo del mundo visual.

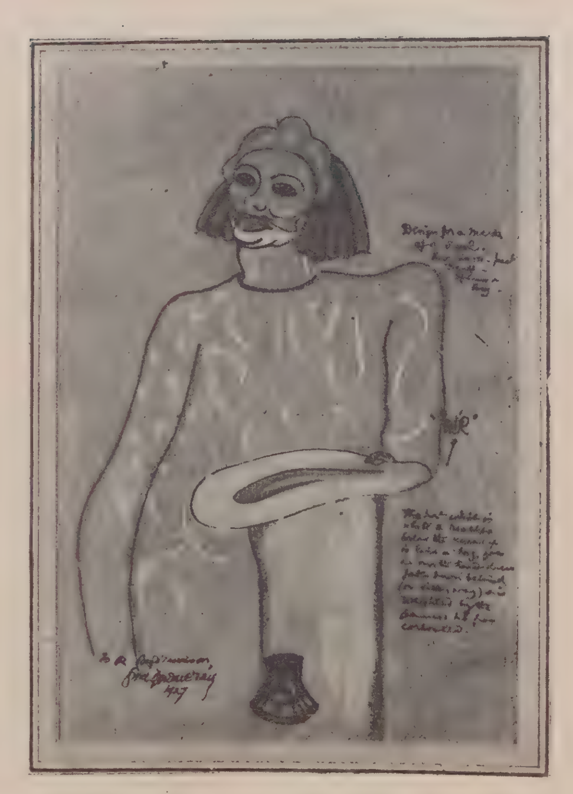
Al lado de esta tendencia y en íntima armonía con sus principios, aunque de primera intención pudiéramos imaginar lo contrario, hállase el colorismo, la riqueza cromática, la suntuosidad, la magnificencia propia de los bailes rusos. Sergio Diaghilev y Leon Bakst ocupan puesto de honor en el arte teatral moderno. Sus métodos coinciden con los de Appia, Egorof y Gordon Craig.

* * *

Los países que van a la cabeza del arte teatral moderno son Alemania, Rusia e Inglaterra. Las demás naciones siguen los impulsos que de allí reciben. Para orgullo de España, figura entre los refor-

madores de la escena un español: Mariano Fortuny, hijo del pintor famoso. Ha inventado un sistema de alumbrado escénico que casi permite prescindir de la batería. Se trata de un aparato eléctrico con telas y vidrios de colores para producir la reflexión y refracción de los rayos luminosos, más o menos intensos, según lo requiera la obra que se está interpretando. El aparato recibe el nombre de «cúpula Fortuny»; se coloca en lo alto del escenario y resuelve numerosos problemas de óptica. Los tratadistas de arte teatral moderno—tengo a la vista una bibliografía de sesenta y siete obras entre libros, revistas y catálogos especiales—tributan a Fortuny muchos elogios. Menos mal que los españoles no estamos ausentes por completo en esta manifestación del arte escénico moderno, tan rica y fecunda en otros países.

Antes de que soñásemos en Occidente con los bailes rusos, en 1899, aparecía en Alemania una obra fundamental en este género de estudios. Llevaba por título *Die Musik und die Inscenierung*. Su autor era Adolfo Appia. La doctrina de Appia es una consecuencia del wagnerismo en lo que atañe a la unidad de todos los elementos teatrales y a la interpretación plástica del poema escénico. Las decoraciones han de seguir el ritmo del actor y todo ha de disponerse para acusar la «presencia viva» del personaje. Appia pretende libertar la escena de las condiciones propias de la pintura. «El principio de la pintura—dice—es una superficie plana. ¿Cómo llenar con ella un espacio en sus tres dimensiones?» La luz y el decorado han de supeditarse a la persona, y el juego de sombras y de luces debe ir comentando, subrayando, advirtiendo el valor de cada una de las situaciones. El sistema de Adolfo Appia ilustró las óperas de Wagner: la *Tetralogía*, el *Lohengrin*, el *Tristán*. Las decoraciones se reducen a dibujos lineales que va transformando el juego de las iluminaciones. Aquí el verdadero dibujante es el electricista, que ha de ser muy perito en asuntos de óptica.



Máscara: proyecto de Gordon Craig.

Diez años más tarde, en 1909, marcan en Alemania la evolución del arte teatral moderno los libros respectivos de Georg Fuchs, Fritz Erler, Paul Legband y Max Littmann. El primero es el más importante. Preconiza la unión de los actores con el público, el teatro popular, el decorado sencillo, escueto; la escena en relieve, no profunda y ajustándose lo más posible al plano, a las dos dimensiones. En opinión de Georg Fuchs, el teatro ha de vivir en armonía con la cultura del país y del tiempo en que se produce. Parece inclinado a veces a la división del público en dos categorías: los elegidos que se sientan en el escenario, como en tiempos de Shakespeare y de Molière, y la masa del patio y del paraíso.

Fritz Erler ha realizado prácticamente en su Künstler-Theater de Munich las ideas sobre arte escénico expuestas en su libro *Ausstellung des Bühnenentwürfe*. Fritz Erler coincide con Appia en la importancia del personaje, al que deben ir supeditadas las decoraciones y los juegos de luz, y sigue a Fuchs en las ideas de sencillez. Es otro partidario de la escena en relieve, no profunda, y un enemigo acérrimo del naturalismo. Su teatro de Munich, con el escenario dividido en tres partes y las numerosas combinaciones de bastidores y los efectos lumínicos, resuelve en la práctica problemas que satisfacen más a la inteligencia fría que al sentimiento.

El Deutsche Theater de Berlín tiene por alma a Max Reinhardt. La persona, la obra y las doctrinas artísticas de este famoso director de escena pueden ser estudiadas a fondo en el libro de Stern y Herald *Reinhardt und seine Bühne*, en el de Sayler *Reinardt and his Theatre* y en el de Carter *The Theatre of Max Reinhardt*. Es difícil resumir sus tendencias y la labor considerable que su nombre rememora. En Max Reinhardt, como si se tratara de un filósofo jefe de escuela, conviene distinguir el pensamiento, la tesis doctrinal, de la práctica y los medios materiales con que toman cuerpo sus ideas. Pocos han observado como él parentescos y distancias entre las facultades de un actor y un estilo de arte determinado. Tal vez la palabra *teatro* tenga, en opinión suya, un alcance demasiado extenso que a la postre daña la claridad y la precisión. Una de las características llevadas por Max Reinhardt a la escena está en los célebres escenarios giratorios. Su sistema parece enraizarse en Rembrandt y los prerrafaelistas. El sentido del color, en que descuellan Sergio Diaghilev y León Bakst con sus bailes rusos, tiene ya en el artista berlinés un representante insigne. La disposición de un teatro es, desde el punto de vista de la maquinaria, bastante complicada. A ejemplo de todos los decoradores modernos, Max Reinhardt se fija mucho en la verdadera naturaleza de las imágenes desde su aspecto objetivo y en las formas varias y engañadoras que a veces revisten los objetos. El director del Deutsche Theater es maestro en la ciencia del *camoufflage*, siempre ligada para él a una doctrina estética.



El cementerio en «El pájaro azul», tal como se representó en Londres. (Decorado naturalista).

Los teorizantes del teatro ruso en el capítulo de la presentación escénica son Meyerkhold y Stanislavsky. Su artista práctico es Egorof. Las estilizaciones de Egorof son, a mi juicio, el paso más fácil, acertado y suelto entre el clasicismo y la modernidad en el arte. Sus dos decoraciones de cementerio para *El pájaro azul* de Maeterlinck puede decirse que contienen el arte clásico hasta un grado evolutivo en que se pierden las esencias anteriores. Egorof no rompe con la inspiración tradicional. La apura, la sintetiza, la reduce, la contrae, la resuelve en una fórmula sencilla, la lleva el borde de un proceso de abstracción muy sutil, pero jamás la quiebra, y establece soluciones de continuidad entre las formas clásicas corrientes y las estilizaciones gratas al gusto moderno. Los símbolos del agua y del fuego, que él ha sabido animar ajustando trajes de fantasía al movimiento rítmico de los actores, se recomiendan por su originalidad y su gracia. Los rehacios en comprender y sen-

tir el arte moderno tienen en Egorof la mejor guía. Cabe indignarse, verbigracia, contra la arquitectura religiosa de los Perret. Unos cuantos siglos de formación clásica excusan, por lo menos, la indignación. Arremeter contra Egorof equivale a incapacidad absoluta para sentir el arte en su esencia en el hálito inmaterial que valoriza las producciones, las obras concretas.

El jefe del arte teatral moderno en la Gran Bretaña es el actor Edward Gordon Croig, hijo a su vez de una actriz ilustre: Ellen Terry. Como los maestros alemanes antes citados, Gordon Craig es antinaturalista. Los tres manantiales del arte son, a juicio suyo, el sonido, la luz y el movimiento. En el lenguaje escénico se llaman estos tres factores voz, escenario y acción. Todo en el teatro debe ir ajustado al espíritu de la obra. El director de escena ha de armonizar ya en la primera lectura de la comedia los movimientos, los ritmos, los tonos y los colores que traduzcan la intención y las ideas del dramaturgo con todos sus resultados lógicos. Gordon Craig es un psicólogo de plasticidades que transpone a la extensión las sutilezas y sugerencias del pensamiento. Sus decoraciones son comentarios, análisis profundos del alma de los personajes y de la comicidad, dramatismo y emoción de las escenas. Se vale para ello de medios sencillos. Es otro propugnador del teatro sintético. Órgano de su sistema es la revista *The Mask*, que dirige John Semar.



Un sátiro; modelo de Lovat Fraser.

* * *

Entre todas las escenografías modernas, la que ha llegado más a España y la que mejor conoce nuestro público es la de Sergio Diaghilev y León Bakst en sus bailes rusos. El principio que los informa, la base estética en que descansan y sirve de razón suficiente para el arte, se halla en la armonía de todos sus elementos: asunto, música, decoración, ritmo, cambios de masas y, sobre todo, sentido admirable del color. Los bailes rusos han traído a Occidente la conciencia decorativa, la borrachera del color, la suntuosidad cromática que aprovechó la Iglesia católica en la liturgia y que después copiaron de los venecianos las escuelas pictóricas de Flandes, de Holanda y de Inglaterra.

Algunas derivacionos de los bailes rusos pecan de prurito arqueológico y se distancian con tal motivo, hasta rayar en lo antagónico, de la esencia del arte moderno, que nada quiere entender de arqueologías. Así la bailarina Nyota-Nyoka, reproduciendo en sus danzas con toda fidelidad los relieves egipcios de Sakkarah, alarmó en París a los partidarios de la estética moderna, que la aconsejaban la intuición y el arte de sugerir y no la reproducción exacta de escenas y movimientos que resultaban falsos a fuerza de exactitud arqueológica.



Proyecto de castillo para «Macbeth», de Laurence Briadshaw. (Decorado moderno)

Los bailes rusos interpretan con arreglo a normas modernas pensamientos, situaciones y fábulas de otros siglos. Sus directores no son tan rigurosos en el respeto y adhesión al modernismo como los teorizantes y jefes de escenografía práctica líneas arriba mencionados. Diaghilev y Bakst armonizan la estilización con el arte decorativo, no lejos de Puvis de Chavannes y del español Anglada Camarasa. A la misma escuela pertenecen los dibujantes ingleses de indumentaria teatral: un Lovat Fraser, un Aubrey Hammond, un Reginald Leefe, un Doris Zinkeisen... Encuentran aquí los ojos ritmos y superficies en color en los que se deleita el sentido, se satisface la fantasía y descansa unos instantes la inteligencia. Todos hemos visto a la compañía auténtica de los bailes rusos interpretar *Las sílfides, Carnaval, El espectro de la rosa*. Las decoraciones y los trajes que en ellos se empleaban hace diez o doce años diríanse un atentado a las ideas de Fuchs, Erler y Gordon Craig. ¿Cómo coordinar una y otra tendencia, a fin de que el arte teatral moderno no se parta en dos mitades antagónicas? La solución está en los mismos bailes rusos y en las obras de otros decoradores, como Laurence Bradshaw, cuyo castillo de *Macbeth* es un excelente modelo de escenografía.

* * *

¿Qué debemos pensar de todo el movimiento artístico que atañe a la decoración teatral? ¿Significa un adelanto o una moda que pasará pronto? ¿No habrá en él mucha dosis de *fumisterie* y de afán por las extravagancias?

La contestación a estas preguntas tiene que referirse al arte moderno en general.

Los artistas de la nueva escuela incurren en varios defectos: el de limitar las artes plásticas a teoremas de geometría; la incomprensión y el despego hacia otras tendencias y formas corrientes perfectamente bellas, admisibles y legítimas; el de fundar la estética en un proceso deductivo, cuando en realidad es una ciencia de inducción; el desprecio a lo que pensaron y ejecutaron los grandes artistas de otras edades y la ilusión de que el arte es factible de renovación y perfeccionamiento, después de su apogeo en Grecia y Roma y en los siglos clásicos de todos los países europeos.

Al lado de estos inconvenientes, la estética de ahora ofrece positivas ventajas. En ella se analizan con toda profundidad y todo detalle el espíritu y los elementos constitutivos de las obras. Se encauza la fantasía con la razón *more geométrico* de manera que las mismas extravagancias van siempre razonadas para satisfacernos a todos. Se llevan a las artes plásticas problemas muy curiosos de psicología y en el arte teatral se subrayan y ponen de relieve los pensamientos sutiles del autor y el alcance de frases y situaciones dramáticas. Se afina la inteligencia y la sensibilidad. Se conocen con método más depurado la esencia de cada una de las producciones y el principio a que responden y se marcha con la seguridad de una norma científica. La mecánica, indispensable en toda postura escénica, ha de cumplir mejor su cometido cuando el escenógrafo procede conociendo la geometría descriptiva y la óptica que sirven de base al arte teatral de nuestros días.

Luis ARAUJO-COSTA

LOS AMORES DE ELENA

Novela original de M. Hungerford,
traducida directamente del inglés por Beatriz Galindo



Continuación

Ilustraciones de García Ormaechea.

Resumen de lo publicado

A Brooklyn, posesión de la familia Masserene—John; su mujer, Leticia, y su hermanastra Elena, «Nena» para los íntimos—, llega el oficial de húsares Tedcastle Luttrell, íntimo de aquél, que se enamora de Elena, de la que, tras muchos incidentes, se hace novio.

Luttrell pregunta a «Nena» en cierta ocasión por qué no dice a su abuelo que la invite a pasar con él una temporada. Su novia le contesta que, por razones familiares, no se trata ni le ha visto nunca: el abuelo no ha perdonado a su madre que se fugase para casarse con su padre, dejando plantado a otro novio que tenía.

—Hizo bien—afirma Elena.

Pero no es muy seguro el acento de Luttrell al aprobar con un «Claro».



LGUNA tenía que haber — dice Nena.—Imaginemos que después de algún tiempo de estarnos tratando nosotros yo conociera a alguien que me gustase más que tú; pues no tendría más remedio que casarme con él.

—Nena—con voz dolida.

—¿No dices tú que el amor triunfa de todo?—murmura ella con aviesa intención; y luego, arrepentida, inclinándose hacia él y cogiéndole de la mano—: Vente más cerca, donde no te dé el sol.

Luttrell obedece, y ella, cogiéndole con la punta de los dedos la barbilla, le obliga a levantar la cabeza.

—¿Estás contento?—le pregunta.

—Sí—dice él sonriendo, pero con una sombra de tristeza en la mirada.

—¿Muy contento?

—Sí.

—¿Tanto que no te sería posible serlo más?

—Sí—riendo francamente—. ¿Y tú?

—Yo también; pero hablemos de la finca de mi abuelo. Yo sé que se llama Herst Royal; y dime: ¿es muy grande?

—¡Magnífica! De no serlo, y de no tener tu abuelo una renta anual de veinte mil libras esterlinas, no creo que hubiera quien quisiera tratarle. Es tan poco amable; y lo curioso del caso que no está contento si no tiene la casa atestada de invitados. Eso sí, él no desperdicia ocasión de mostrarse grosero con ellos. A mí me ha convidado a pasar los meses de septiembre y octubre allá.

—¿Y piensas ir?

—No lo sé. Estoy invitado a otras fincas en donde tengo amigos mucho más amables; pero Herst Royal está más cerca de aquí y podría venir a verte, si me lo permitieras.

—¡Claro que sí!—exclama cordialmente Nena—, y así podrás contarme todo lo que se hace en casa de mi abuelo. Supongo que conocerás a mi prima Marcela; ¿es guapa?

—Sí; pero no es mi tipo. Resulta demasiado escultural, poco expresivo. ¡Tú eres mil veces más bonita!

—Y a Felipe Shadwell, mi primo, ¿le conoces también?

—Mucho. Él es guapo también, pero muy reservado, muy frío, ¿Tú no tienes más primos hermanos que ésos?

—Por parte de mi madre, no. El abuelo sólo tuvo tres hijos: mi madre, la de Felipe y el padre de Marcela, que se casó con una actriz italiana, cosa que, por lo visto, no se ha tenido en cuenta. Yo he sido la única víctima.

—Y eso—dijo Luttrell—que, según tengo entendido, tu madre era la hija predilecta.

—Tal vez fuera esa la razón de su ira hacia ella. Marcela supongo yo que será la heredera universal.

—Eso dicen, por más que a mí me han asegurado que la finca será para Felipe. Los dos están siempre con su abuelo, aun cuando la madre de Marcela vive aún. Felipe estuvo algunos años en un regimiento de caballería, pero contrajo muchas deudas y se retiró.

—Tú debiste enamorarte de Marcela, Teddy.

—Muchas gracias; te prefiero a ti. Además, no me hubiera servido de nada el intentarlo, porque tiene relaciones con su primo. Hasta que te conocí no sentí jamás deseos de poseer una fortuna; ahora, sí.

—¿Eres muy pobre, Teddy?

—Muy pobre. ¿Me querrás menos por eso?

—Al contrario, tal vez te quiera más—contesta ella con dul-

Los amores de Elena

zura—. Los hombres más simpáticos no suelen tener fortuna. Tampoco yo tengo un cuarto, y si lo tuviera me lo gastaría. De manera que estamos en la misma situación.

—¡Nena mía!—exclama Luttrell con ternura—. Eres distinta a todas las mujeres que he conocido hasta aquí. Otras chicas lo primero que quieren saber es la fortuna que poseen sus admiradores. Tú no le das a eso la menor importancia.

—Yo sé que tienes tu sueldo de teniente.

—Y una pequeña renta de quinientas cincuenta libras esterlinas. Si no fuera por eso...

—¿Tienes una renta de quinientas cincuenta libras esterlinas y te quejas?—exclama Nena—. Yo creía que eras mucho más pobre.

—Debería de tener seiscientas; pero perdí un poco cuando estuve en la India.

—¿Al juego?—preguntó, llena de curiosidad, Elena.

—Sí; no teníamos nada que hacer allá, y Potts nos llevaba a las carreras de caballos para probar suerte. A mí me fué adversa.

—No me agrada nada ese joven—dice Nena con aire severo—. Tú no cesas de hablar de él; pero, a lo que veo, siempre se le están ocurriendo locuras.

—¿A Potts?—dice Luttrell, sorprendido—; pero si es la esencia de la honradez y de la bondad y de la fealdad. Tiene la nariz roja, el pelo lo mismo y...

—No digas más; debe de ser horroroso.

—Él y yo nos hicimos muy amigos después que Penthony Stafford contrajo matrimonio y se marchó.

—¿Tú conocías a la señora de Stafford?

—Lady Stafford Penthony tiene el título de barón. Sí, la conocía y sentía gran admiración por ella. Fué un casamiento muy extraño. Con decirte que aun cuando llevan casados tres años él no la ha visto nunca a ella.

—Imposible.

—Es la verdad. Me consta porque ella es prima mía y prima hermana del barón. Hace tres años ella no tenía ni un solo céntimo, y un tío de los dos, que murió entonces, les dejó toda su fortuna, a condición de que contrajesen matrimonio.

—¡Qué horror!

—Ellos se conocían entonces; pero al enterarse de la última voluntad de su tío sintieron tal repugnancia que se negaron a todo intento de aproximación. Al mismo tiempo sentían perder la fortuna, y al fin mi prima Cecilia propuso el que Penthony la entregase una tercera parte de los bienes y se quedase con el resto luego de contraer matrimonio y con la condición expresa de que no se tratarían nunca como esposos.

—¿Y él qué hizo?—preguntó Nena con viva curiosidad.

—Accedió. ¿Qué más le daba? La boda se celebró en confianza, y Cecilia se presentó a la ceremonia con el rostro cubierto por un velo tupido; de manera que el marido no tiene la menor idea de su belleza. Apenas verificado el enlace, él se marchó al extranjero y no ha vuelto por Inglaterra.

—Debe de ser un hombre de hielo. Mira que no tomarse la molestia de ver a su mujer.

—Por el contrario, se trata de un hombre encantador y muy sensible. Ahora, que, a juzgar por una carta que me escribió antes de su boda, creo que se halla bajo la impresión de que Cecilia es una mujer vulgar y fea.

—¿Y lo es?

—¡Quiá!, es preciosa. Pequeñita, rubia, con ojos azules.

—¿Y qué hace?

—Divertirse cuanto puede. Ha tomado una casa en Londres y recibe mucho.

—¿Por qué no le dijiste tú que era bonita?

—Porque yo estaba entonces en Irlanda y luego me parecía indiscreto. El otro día me han asegurado que piensa volver dentro de poco.

—Pues no es difícil suponer lo que ocurrirá cuando se encuentren —dijo Elena.

—Ella piensa ir a casa de tu abuelo durante el otoño.

—Ah, pues ten cuidado, Teddy, no sea que te enamores de ella..

—Ya es tarde. Mi corazón no me pertenece, ni Cecilia lo aceptaría. Hay centenares de hombres que le han hecho la corte; pero, a pesar de su anómala situación y de no contar más que veintitrés años, se ha mostrado indiferente a todos. Lo malo es que a nadie puede asegurarse contra el amor. Para ella, como para los demás, puede llegar el día fatal... *menos pensado...*

—Lo ideal sería que se encontraran ella y el barón y se enamorasen el uno del otro.

—Lo más probable es que ocurra lo contrario—contestó Luttrell riendo y disponiéndose a recoger el cesto de fresas y a seguir a Nena hacia la casa.

Al llegar al lugar preferido de Elena, junto al arroyo, se detienen.

—Me gustas—dice ella, sentándose y echándose atrás el sombrero por modo que los rizos dorados se escapan, formando una aureola de luz sobre el rostro exquisito—. Me gustas—repite. Y viendo que Teddy trata de acercarse—: No te aproximes. He dicho sólo que me gustas, *no* que te quiero. ¿Y sabes por qué? Pues porque eres muy joven, representas menos años que yo.

—No creas que me agrada. Bonita cosa el haber cumplido veintisiete años y representar diez y nueve.

—Hace demasiado calor para discutir—contesta Nena—y creo que debería de satisfacerte el saber que posees una cualidad muy de mi agrado. Te advierto que por lo demás... siempre he preferido los hombres morenos. La única desventaja que tienen es la de representar mucha más edad que la que realmente tienen. En cambio, los hombres rubios resultan muchas veces insulsos. ¿No te parece?

—Cuando tú lo dices—contesta Teddy, algo ofendido.

Nena le mira de soslayo, con picaresca sonrisa. Hay unos momentos de silencio profundo.

—¿Te has dormido?—pregunta al fin Elenita, sin mirar a su novio.

—Yo no. ¿Y tú?

—Yo sí, he estado soñando.

—Pues los sueños son los hijos de las mentes ociosas.

—Eso lo dijo Shakespeare. Me alegro que te gusten los clásicos y que sepas lucir tu erudición. Ahora que conmigo... no hace falta Y... por lo que más quieras, Teddy, deja de morderte los labios, que vas a hacerte daño.

Teddy se acerca a ella y dice riendo a pesar suyo:

—No sé por qué no te odio. Eres mi tormento y mi encanto. Unas veces me halagas y enloqueces con tu ternura y otras me rechazas con tus frases. Nena, dime, ¿me quieres un poco siquiera?





Los amores de Elena

—Entonces es que yo soy muy torpe. Me acusas de ser coqueta. ¿Puede serlo quien no tuvo jamás ocasión de coquetear?

—En esto, como en muchas otras cosas, no estamos conforme.

—Pero... —cual si ansiase saberlo—, ¿qué es coquetear?

—¡Coquetear!—replica Teddy, indignado—es burlarse de un hombre. Es fingir que me quieres sabiendo que, en el fondo, no te importo nada.

—Que yo sepa no he pretendido quererte *nunca*—contesta Elena con un acento que colma de desesperación a su novio.

—Está bien, no hablemos más de ello—exclama él, apartándose de su lado—. Si no me quieres no hay por qué hablar más. Procuraré olvidar mi sufrimiento, y si no lo consigo, ¿que vamos a hacerle?, no seré el primer hombre a quien haya arrastrado a la desesperación el capricho de una mujer.

Nena le mira estupefacta; luego, con los ojos inundados en lágrimas:

—Eres cruel—le dice con tan triste voz que Teddy se arrepiente de su pasada vehemencia—. Muy cruel—insiste.

—No discutamos—replica Luttrell, arrepentido, pero tratando de mantener una actitud digna—. Siempre volvemos a lo mismo. Por lo visto, no podemos hablar sin reñir.

—Tú dirás quién tuvo la culpa esta vez—y Nena clava sus ojos en los de Teddy con insistencia tal que éste se conmueve.

—¿Es cierto lo que me has dicho?—pregunta—. ¿Pretendes hacerme creer que soy para ti lo mismo que los demás hombres?

—No creas nada—dice ella, acercándose—más... que... una sola cosa. ¿Cuál? Que soy tu Nena.

—¿Es cierto? ¿Es cierto, Nenita de mi alma?—responde él con voz temblorosa—. Eres más que todo, mi vida y mi cielo; pero si algún día me olvidaras me causarías la muerte.

—No lo haré—dice ella con dulce solicitud—; te lo prometo.

—Si quisieras formalizar nuestras relaciones—propone él; y viendo que ella se prepara a negarse—: Déjame que al menos hable de elloa mi padre. Quiero que lo sepa, que te conozca, que nos ayude.

—No... no—grita Elena, alejándose de él y emprendiendo el camino de la casa—. No quiero deberle nada a nadie. Lo único que te autorizo es que empieces a ahorrar para que después de nuestras boda podamos hacer un largo viaje.

—Iremos donde tú quieras. Donde a ti se te antoje—responde Teddy siguiéndola, dispuesto, en verdad, a robar si preciso fuera, antes que negarla el más leve capricho.

Y Luttrell refuerza su pregunta estampando un beso apasionado sobre las manos de Nena.

—¿Quién te ha autorizado a besarme?

—Nadie, pero no importa. Contesta a lo que te he preguntado.

—¿Cómo que no importa? No tienes derecho.

—Bueno, pues perdóname. Te prometo que no volveré a hacerlo.

—¡Ah!, pero es que lo hecho hecho está y yo no quiero.

—¿Qué puedo hacerle ya?

—Creo que lo mejor... es... que te lo lleves—dice Nena con irreprimible sonrisa, ofreciéndole la mano y luego retirándola a toda prisa.

—Contéstame ahora—insiste él—. ¿Me quieres un poco?

—Yo qué sé, hombre ¡Yo qué sé! Tal vez al final de la vida, cuando me esté muriendo, pueda decirte que sí o que no, según sea el caso.

—Nena, no hables de morirte—contesta Teddy con horrorizado acento.

—Tienes razón—acercándose a él como una niña asustada—. Me da miedo la muerte.

—Dime que me quieres.

—Te querré—dice ella acariciándole el rostro con una de sus manos—si me prometes nunca obligarme a hacer aquello que me contraría. Soy una rebelde incorregible.

—Y yo estoy dispuesto a prometerte lo que quieras, siempre y cuando me digas por lo menos que no te gusta ningún otro hombre más que yo.

—Hasta la hora presente me gustas más que nadie—contesta ella con maliciosa sonrisa.

—Eres la mujer más coqueta que he conocido—dice él con vehemencia.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú.

—Elena contempla en silencio y no puede por menos de reír al ver con qué ira muerde su novio el tallo de una flor.

—No te comprendo—dice al fin.

—¿No? Pues lo que he dicho no es difícil de comprender.



Los amores de Elena

Por una extraña coincidencia, el mismo día y a la misma hora en que los novios hablaban de su porvenir, John y Letty comentaban el creciente interés de Luttrell por Nena y hacían cábalas acerca de lo que ocurriría al desventurado joven si Elenita se negaba a hacerle feliz al fin, y al mismo tiempo en que Teddy y Nena discutían respecto a la actitud del abuelo de ésta para con ella, John y Letty recibían una carta de dicho señor rogando al matrimonio que enviase a su nieta a Herst Royal para pasar allí una temporada.

La estupefacción de John y de su esposa fué tan grande como la de los novios cuando se enteraron de la novedad.

—¿Has dicho tú algo allí?—pregunta John, dirigiéndose con gesto iracundo a Luttrell.

—Te juro que no—contesta Teddy.

—Debe de estar próximo a la muerte—dice Letty—. De otro modo no se le hubiera ocurrido semejante cosa. Yo creo, John, que debe Elenita ir.

—Naturalmente—replica su marido, el que no puede, empero, reprimir cierta ira y temor de que el viejo egoísta, que no se ha preocupado de su nieta en los años de su infancia, quiera reclamarla ahora que se halla en el momento más perfecto de su juventud y su belleza.

—No quiero ir—dice de pronto Nena con voz emocionada—. No quiero separarme de vosotros, que habéis sido todo para mí.

—No, no, Nenita. Estaría mal que no fueras. Es justo que conozcas a la familia de tu madre. Es muy posible que tu abuelo quiera ahora compensar el daño que hizo a tu madre y a ti—responde su hermano.

—¿También tú quieres separarte de mí?—pregunta Elena a su cuñada.

—Naturalmente. Sólo se trata de unas semanas, y aunque te hemos de echar muchísimo de menos...

—Volveré antes de que os hayáis dado cuenta de mi marcha—exclama Nena—. Si no encuentro otro medio, me portaré tan mal que acabarán por echarme.

—Eres capaz de todo—dice riendo su hermano, y Letty aprovecha su buen humor para últimar detalles de la marcha de Nena y obligar a John a contestar al abuelo.

Continuará en el próximo número



Durante el pasado mes...



... ha sido una verdadera desdicha la organización de los actos para conmemorar el centenario de Goya. Apenas si se ha hecho algo más que conferencias en que el espíritu del pintor de Fuendetodos ha sido múltiplemente tergiversado, y agrupar cuadros y apuntes del glorioso artista, festejo para la vista, éste, del que podemos gozar ordinariamente los madrileños.

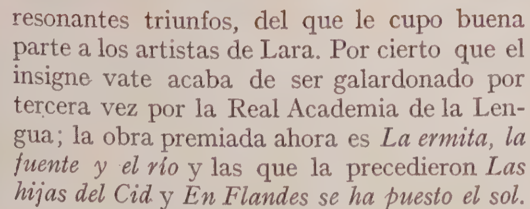
Maravilla y entristece pensar lo que en Inglaterra, Alemania o Estados Unidos se habría hecho en ocasión semejante. Una propaganda seria, bien orientada, encaminada directamente a la atracción del turista, y una serie de festejos en que la época de la vida de Goya se reprodujera fielmente, con el concurso de todos los artistas españoles; algo, en suma, digno del pintor y de su patria ha debido intentarse.

* * *

... comenzó la temporada teatral de primavera con múltiples estrenos y presentaciones. Todas las obras gustaron mucho; pero, luego, el público no va a verlas. ¡Misterios!...

De la norma general,—y como excepción que la confirma—se escaparon *La vida es más* y *¡Eureka!* El glorioso poeta Eduardo Marquina nos ha dado nuevas pruebas de la elevación de su estro poético en la flamante comedia que ha constituído uno de sus más





resonantes triunfos, del que le cupo buena parte a los artistas de Lara. Por cierto que el insigne vate acaba de ser galardonado por tercera vez por la Real Academia de la Lengua; la obra premiada ahora es *La ermita, la fuente y el río* y las que la precedieron *Las hijas del Cid* y *En Flandes se ha puesto el sol.*

La revista del Alkázar, *¡Eureka!*, es alegre, frívola y simpática.

* * *

... todo giró en torno al teatro. Hubo trastueque de actores, se anunciaron disoluciones. ¡La sangre primaveral!

De todo, lo más sensible es la desaparición de la compañía titular de Lara. Muchas y muy poderosas razones han pesado en el ánimo de Yáñez antes de decidirse a dar el paso que dió y que ha motivado la retirada de la eminente Leocadia Alba a la vida privada y que Emilio Thuillier deje de ser cabeza del cartel que prestigió durante tanto tiempo.

* * *

... se falló el concurso de noveles abierto hace un año por nuestro querido colega *A B C*. En él obtuvieron el primer premio, con su comedia *De la noche a la mañana,* José López Rubio y Ugarte Pagés.

A principio de la temporada próxima dirá el público su fallo al verla representar en el Reina Victoria.





EL EJERCICIO DE LA MEDICINA
Y LAS MUJERES

NUNCA me sorprende el hecho de que los extranjeros no comprendan a los ingleses. ¡A veces los ingleses encuentran difícil comprenderse!

Esta reflexión se debe a la noticia que nos ha dejado estupefactos—a nosotros, los mismos ingleses—de la proposición de revisar el reglamento de nuestros más importantes hospitales londinenses en el sentido de prohibir, en lo futuro, la participación del sexo femenino en el curso del estudio de Medicina.

Jamás hubiera sospechado que en el fondo fuésemos tan reaccionarios. La evolución y el progreso hacia la independencia absoluta de la mujer ha sido la nota distintiva de la vida moderna de estos últimos diez años. La mujer, por su trabajo espantoso en los duros años de la guerra, había obtenido bien una victoria. Siguió conquistando su progreso paso a paso y siempre con el apoyo y la buena voluntad de todos. Actualmente casi no hay profesión ni comercio donde no se encuentren las mujeres funcionando con normalidad y hasta con distinción. En el campo de deportes es la misma historia: Es una mujer la que vence a las corrientes del Canal de la Mancha, una mujer la que acompaña al pobre Hinchliffe en la tentativa de atravesar el Atlántico en aeroplano; las mujeres las que juegan al *tennis,* al *golf,* las que cazan, las que andan a caballo en los *steeple-chases* y las carreras. Tenemos nuestras abogadas, como también nuestras arquitectas, para no citar las contadoras, las *chauffeures,* las modistas y las comerciantes de todas clases.

Y ahora vienen los gobernadores de los hospitales —London, Charing Cross, Westminster y King's College—, con su proposición absurda de no permitir la entrada de las muchachas en el círculo de la medicina. El hombre, según parece, siendo médico de profesión, puede operar, sin sacrificar su pudor, sobre el cuerpo de una mujer; pero no la doctora sobre el cuerpo del otro sexo. ¡Qué barbaridad! ¡Qué punto de vista reaccionario! Tienen ustedes razón, señores extranjeros, en llamarnos una nación incomprensible y en hacer caricaturas de John Bull, siempre vestido en la moda del año 1750. ¡Y nos creemos avanzados, nosotros mismos, que hace unas semanas hemos enterrado con pompas y ceremonías el muerto pedazo que fué el corazón de Thomas Hardy!

¿Qué me dicen de todo esto?

LA NUEVA EMBAJADA DE ESPAÑA

La Embajada de España se trasladará en estos días a su nuevo edificio, en Belgrave Square, quizas el distrito más aristocrático de todo Londres. Nueva no lo es, en el sentido de que la casa es uno de los más antiguos palacios de nuestra metrópoli. Perteneció a la distinguida familia de Downshire y lleva su nombre, Downshire House, y hace unos años que esta familia no la habita. La casa actual de la Embajada, en Grosvenor Gardens, cerca de la estación de Victoria, aunque adecuada para uso normal, es un poco pequeña y no tiene las comodidades aptas para la clase de reuniones sociales que suele organizar. Tengo entendido que S. M. el rey de España ha autorizado una remesa de muebles y cuadros famosos de su propiedad, y, ade-

más, que el Museo del Prado enviará también artículos de mucho interés para el adorno de la nueva Embajada.

El Sr. Merry del Val y su familia tienen muchas e íntimas relaciones entre nosotros. El embajador es un personaje muy simpático y muy popular en este país. Deseamos todos que tenga muchos años felices y triunfales en su nueva dirección, en Downshire House.

Habíamos esperado que la selección de la nueva Embajada caería en Dorchester House, de acuerdo con los rumores que circulaban el año pasado; más tarde se nos aseguró que el Gobierno italiano había comprado Dorchester House para su embajador. Es una lástima que los dos rumores hayan resultado ser falsos y que Dorchester House vaya a convertirse en un hotel espléndido para los millonarios americanos y suramericanos que vienen a visitarnos breves momentos en el curso de su viaje a París.

¡QUÉ HORRIBLES ESPECTÁCULOS TEATRALES!...

Me pregunto, después de visitar una media docena de teatros en Londres recientemente, si es posible que uno puede ser cínico sin saberlo. Hoy en día me presento en el teatro con la determinación de divertirme, de no ser demasiado crítico, de fijarme bien en lo que hay de mérito en la pieza y de ignorar lo malo. Es inútil: salgo desesperado, más convencido que nunca de que, actualmente, estamos pasando por un momento en que el gusto popular, en lo que se refiere al teatro, toca al abismo. Puede ser, lo admito, que los demás tengan razón y que sea yo el único loco. Pero ¿adónde llegamos cuando se nos ofrece el espectáculo de un doctor loco que organiza choques de automóviles para conseguir víctimas para sus experimentos de vivisectar una silla eléctrica (modelo Sing-Sing), un «nigger» sin lengua y un «hombre sin cara», todos en una sola pieza?... Si es lo moderno divertirse en el teatro con las deformidades físicas, yo retiro todas mis pretensiones de modernidad.

Creo, por otra parte, que es significante el éxito de la representación de *Back to Methuselah*, de Bernard Shaw. Si vivimos otros veintiocho años podremos presenciar la celebración del centenario de Bernard Shaw. ¡Quién sabe si no lo haremos hasta con mayor entusiamo que actualmente celebramos el centenario de Ibsen!

No me atrevo a predecir si su *Back to Methuselah* será incluído eventualmente en la categoría de las obras clásicas de Bernard Shaw. Pero sé bien que Shaw es un dramaturgo que difícilmente será desvalorizado en lo futuro. Provocante, cáustico, sardónico, satírico... bien; pero el hombre sabe expresar sus pensamientos, y le hace pensar a usted, esté o no de acuerdo con sus teorías. Es un síntoma sano, a mi juicio, que el público inglés, en su mayoría, quede siempre fiel a su Shaw, a pesar de las distracciones presentadas por las numerosas tonterías importadas desde los Estados Unidos.

Pero tenemos que admitir que la influencia americana viene aumentándose en otras cuantas fases de la vida. Especialmente quizás en la América latina se nota la extensión rápida y comprensiva de los intereses yanquis; en Europa, incluída Inglaterra, ocurre lo mismo, aunque en menor escala. Notamos, por ejemplo, la americanización de nuestros teatros y *cines*, de nuestro idioma, de los bailes y de las canciones. En la vida doméstica son americanas la mayoría de las nuevas invenciones en el campo de higiene y de «cortatiempo». ¿Cuánto por ciento de las heladoras actualmente en uso en toda la Europa son americanas? Automóviles, maquinaria agrícola y de toda clase, anteojos en concha de tortuga, publicidad... un verdadero ejercicio que nos inunda, gracias a los millones de dólares que los debemos.

La única película que me permito recomendar—y lo hago sin reserva—es *The Last Command*, en la que Emil Jannings desarrolla, en forma muy simpática, su concepción de una intensa tragedia. Este *film*, con sus escenas de la Rusia en vísperas de la revolución, es soberbio.

LOS REYES DE AFGHANISTÁN REGRESAN

Los reyes de Afghanistán, S. M. el rey Amanullah y su preciosa reina, llegan al fin de su visita. Sería interesante poder saber realmente las impresiones de nuestra vida nacional que los acompañarán al regresar a su patria. Han visto una barbaridad de cosas interesantes e instructivas; pero no sabemos si las han comprendido bien. Los reyes no dominan ninguno de los tres idiomas inglés, francés y alemán; así que ha sido necesario hacer uso de intérpretes: y, a menos que los intérpretes estén muy bien informados sobre todos los detalles técnicos de los espectáculos que presencian, la versión que comunican podrá ser muy distinta de la verdad. Sería una lástima, por ejemplo, que los reyes regresen a su patria montañosa con la convicción de que su majestad el sol nunca visita a estas islas.

Seguramente veremos en Londres ahora una nueva moda: el bigote a lo Amanullah.

Pero para ellos ¿no será un poco difícil reacostumbrarse al régimen oriental? Espero que nuestros huéspedes habrán sabido apreciar en su verdadero valor los esplendores y las modernidades de nuestra vanagloriada civilización del Occidente, confrontada por la paz idílica y la filosofía serena del Oriente.

PEEJAY

Abril 1928.



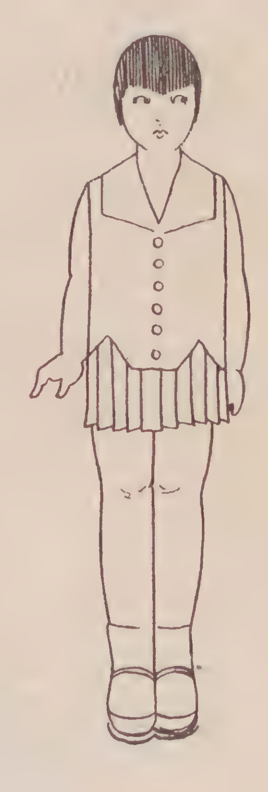
Señoritas tiradoras pertenecientes al «Iris Club» de Londres, probando sus rifles.

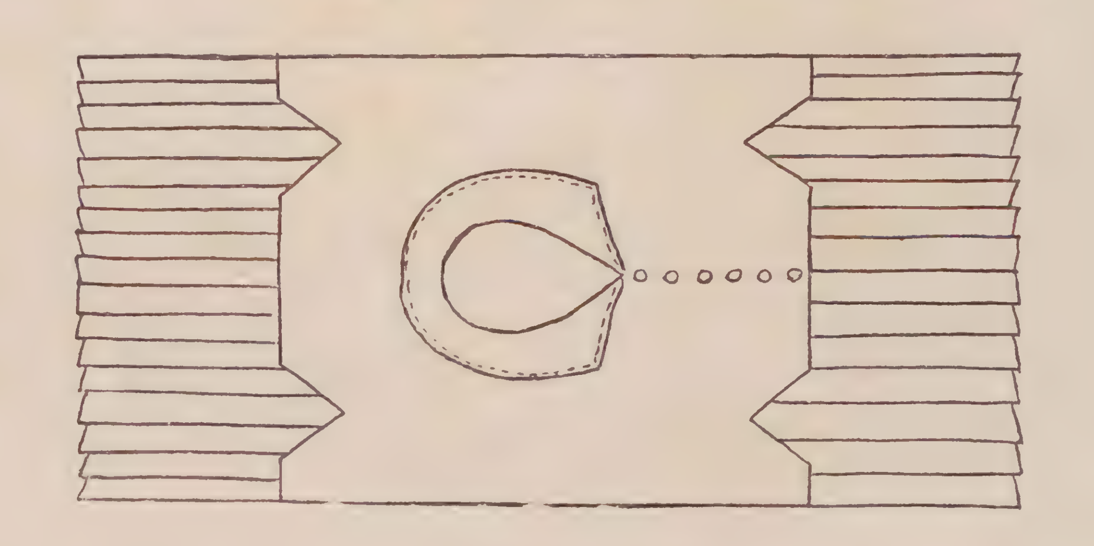


OTRO vestido sencillito. El modelo es tan claro que apenas si requiere explicación. Además, váis siendo tan prácticas en estos asuntos que os basta ya con una simple ojeada al patrón.

Como véis, los bordes del vestido son plisados y las mangas «brillan por su ausencia». Plisados y botones constituyen el único adorno; por eso hay que tener cuidado en el corte, pues es un modelo que no disimula nada.

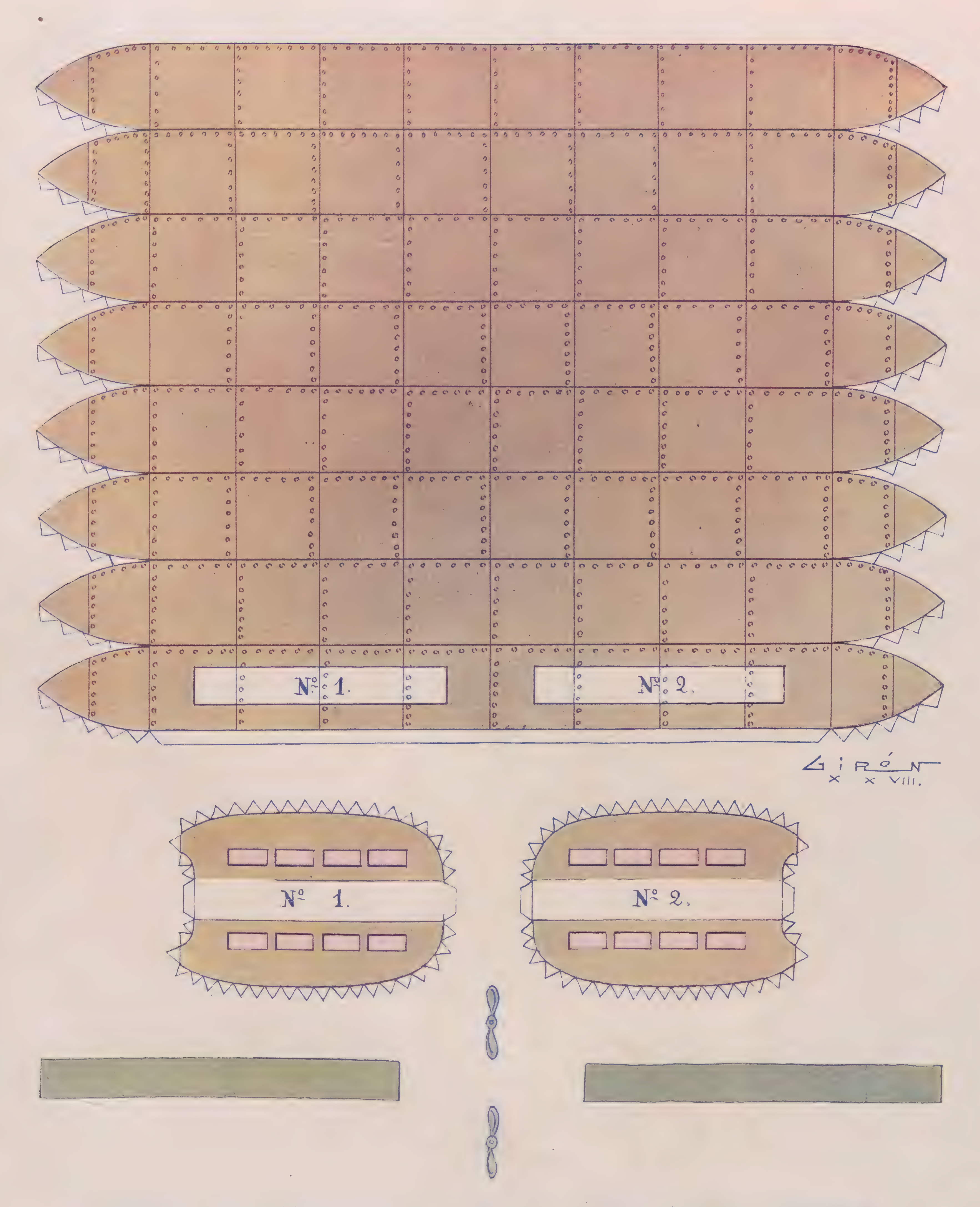
¿Color?... El que más os guste; pero siempre entero y muy claro. Blanco o marrón muy claro serían los preferibles.







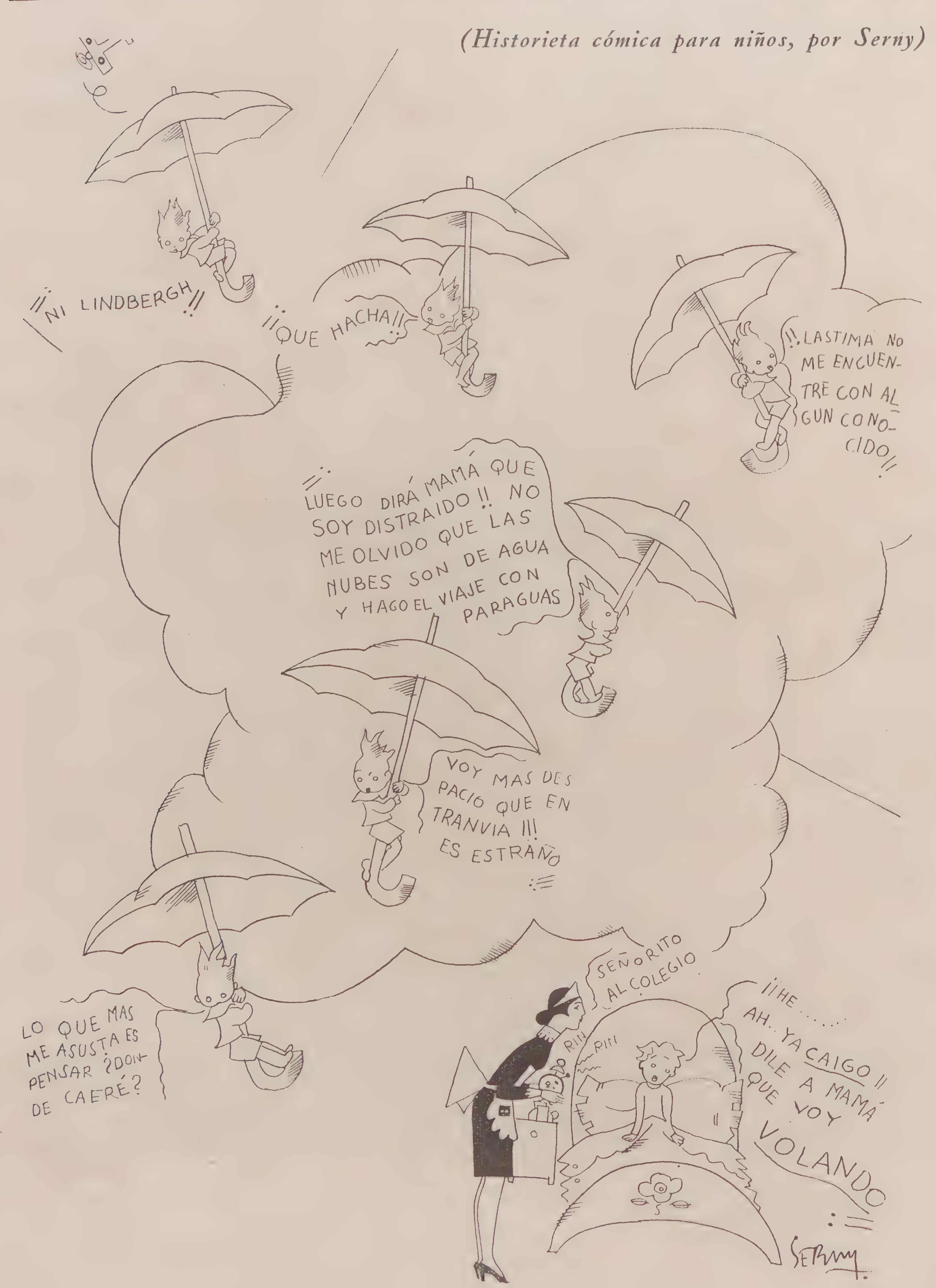
¡Ya llegaron los alegres días de sol!... Pochita goza de las delicias veraniegas y salta y corre y se divierte. Pero el bueno de Calzonete no las tiene todas consigo: el «visitante desconocido» que se ha posado en su lomo no parece hacerle mucha gracia.



Es fácil de armar este dirigible. Claro que con él no podéis intentar la travesía del Atlántico con probabilidades de éxito; pero para divertiros un ratito, sí que sirve.

El sueño de una noche de verano

(Historieta cómica para niños, por Serny)



VLON
VOLITA
SEGRE TER

N.º 1.—Lucharon cuerpo a cuerpo con los franceses.



Por FRAMARCÓN

PIA
NOTA X NOTAS
ARMI Y DIEZ SILBADO

N.º 2.—Fin de Murat.



N.º 3.—Aquí, en los días 27 al 29 de julio de 1809, fueron derrotados los franceses.

500
N. GRITA.

N.º 4.—¿Qué hicieron con el invasor Murat los napolitanos?





N.º 6.—Nació en Ajaccio (Italia) en 15 de agosto de 1769 y murió en 5 de mayo de 1821.



N.º 5.—El 11 de agosto de 1809 contendieron aquí nuestras tropas con las napoleónicas.



N.º 8.—Mártir.

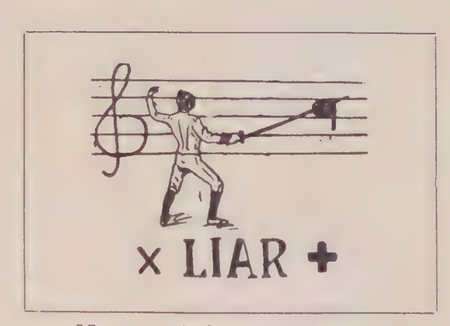


N.º 7.—Fin del invasor Murat en Nápoles.

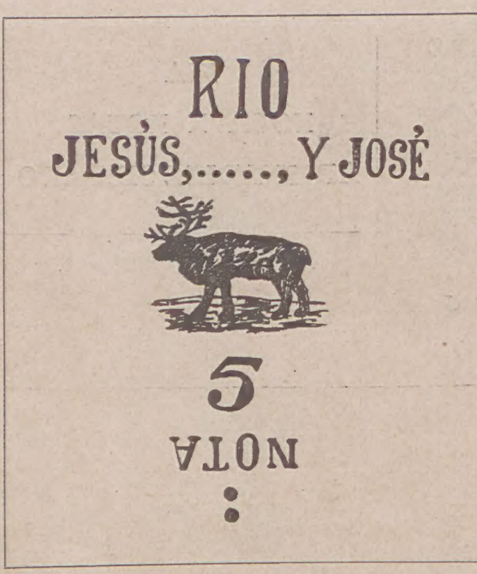
Ciento veinte años ha que el invicto pueblo español demostrara al mundo entero que no eran invencibles las huestes de Napoleón.

Conmemorar tan gloriosa epopeya es un deber de patriotismo: y un deber de conciencia dedicar un sentido recuerdo a los mártires que, luchando por la independencia de su patria, hallaron la inmortalidad.

Inducido, mejor obligado, por tan poderosas razones, he formalizado la presente sección a base de asuntos relacionados con tan gloriosa epopeya, honra del valeroso y laureado pueblo español.



N.º 9.—Así acabó Murat.

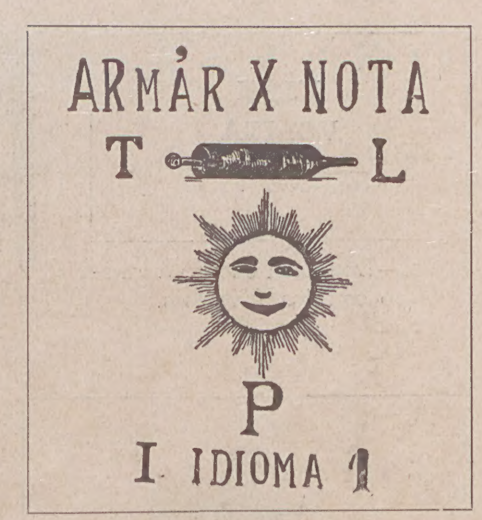


N.º 10.—Se destacó por su valor luchando contra los franceses en la puerta de Sancho, de Zaragoza.

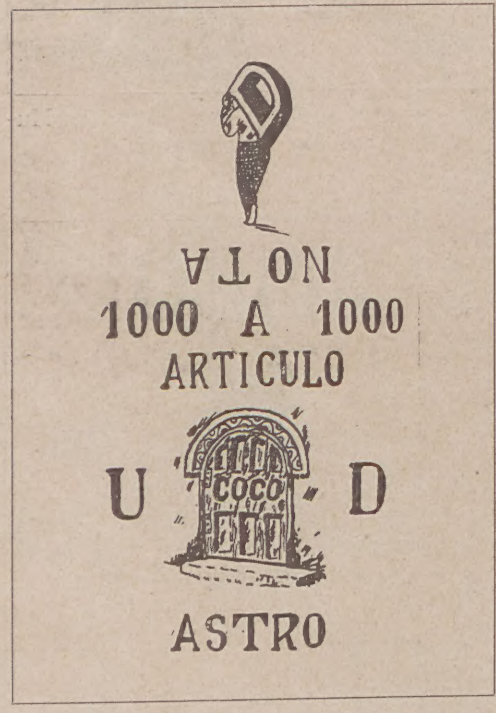


N.º 11.—¿Cómo murieron Daoiz, Velarde, Ruiz, etcétera, etc?

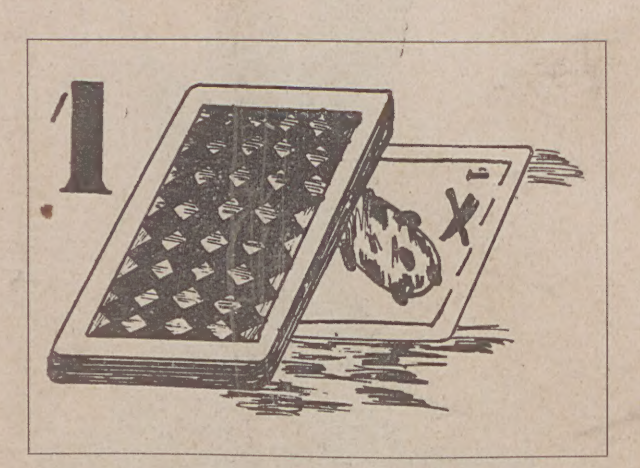
En el próximo número aparecerán, conforme a la norma establecida, los dedicados al archipiélago canario.



N.º 12.—Así procedió en Zaragoza Juan Martín Díez, el Empecinado.



N.º 14.—Conocidísimo cuadro de Goya.



N.º 13.—Lo obtuvo el pueblo del 2 de mayo.



N.º 16.—Esto hizo un soberano con Murat después de decapitarlo.



N.º 15.—Convento que volaron las tropas napoleónicas, en venganza a habérseles obligado a levantar el sitio de la ciudad de Zaragoza.



N.º 17.—Daoiz, Velarde, Ruiz.

CORRESPONDENCIA

Atendiendo insistentes súplicas de infinidad de concursantes de provincias, se amplía hasta el día 20 del actual mayo la fecha de admisión de pliegos a este concurso; condición ésta que también comprenderá a aquellos concursantes cuyos trabajos criptográficos se incluyen en el presente número.

Por último: Interpretando los deseos de nuestros concursantes, a partir del número de junio, los CUPONES de esta sección se darán en forma conveniente; evitándose con ello, al recortarlos, inutilizar parte del texto o grabados de la misma.

J. Sicilia (Cartagena).—Como habrá leído usted anteriormente, su ruego queda atendido. No me fué posible hacerlo constar en el anterior número, por estar ya el original en la imprenta cuando recibí su atenta carta.

A. V. Hidalgo (Madrid).—Mi amigo: es usted un *as*, sí, señor; por ello lamento muy de veras no entrara en concurso.

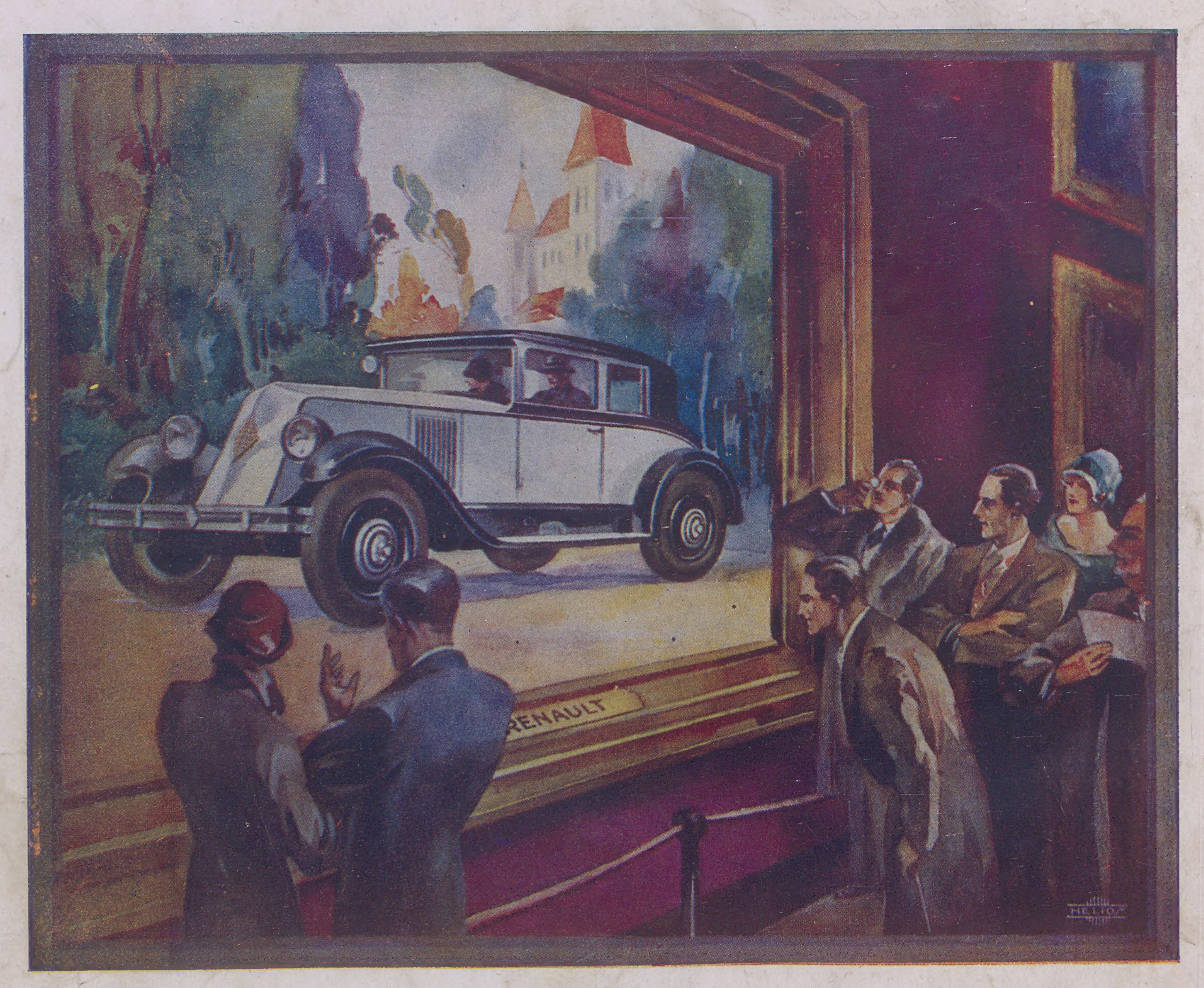
Ánimo y adelante, amigo *Incórdiez*; usted llegará a figurar en el «abono». A partir del número de junio queda complacido en lo referente al CUPÓN: podrán coleccionar la revista sin deteriorarla.

J. S. Domínguez (Villanueva Minas).—¿Quién informó a usted de que Goya no era hijo de unos labradores?; un amigo sin duda, ¿verdad? Pues ese amigo no es amigo de usted; le engañó cínicamente y hasta es posible se haya reído de la gracia.

M. Cano (Madrid).—Muy agradecido a sus alabanzas, que considero inmerecidas; no obstante, el hecho de serme dirigidas por un *as* me sirven de orgullo profesional.

"COSMÓPOLIS"
Sección criptográfica

Este y otro CUPÓN habrá usted de acompañar a todo pliego de soluciones que envíe.



ALDUS, S. A., SANTANDER

Confección y grabados de A. DURÁ, director artístico de esta revista.

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm